OBRAS COMPLETAS

VUELO DE CISNES



Ramón Sopena, editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

Obras completas de J. M. Vargas Vila

VUELO DE CISNES

EDICIÓN DEFINITIVA
DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA
POR EL AUTOR

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

Obras completas de J. M. VARGAS VILA

VUELO DE CISNES

DÍPTICO PASIONAL

EDICIÓN DEFINITIVA



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, Editor
PROVENZA, 93 A 97

A MANERA DE ADVERTENCIA

¿ Prólogo ?
no lo es :
¿ Epílogo ?
tampoco ;
no hay para ellos espacio en la estructura ya finida de este libro ;
apenas lugar hay — y muy pequeño—, para una ACLARACIÓN ;
y en volandas he de hacerla, mal que me pete.

... ...

Finaba el año de 1916 ;
yo, en Madrid ;
cúpome entonces en suerte, entrar en relaciones comerciales con la Casa Editorial Sopena, de Barcelona ;
para iniciación de nuestros negocios, pidióme un libro ;
no lo tenía inédito ;
y, ofrecile éste, formado de dos novelas desglosadas de mi trilogía : El Alma de los lirios, *publicada años atrás, y, que al andar de los tiempos, hemos de editar de nuevo, una a una, debidamente corregidas, aumentadas y prologadas, al incorporarlas en la colección de mis* Obras Completas, *que esta casa edita ahora ;*
circuló el libro ;
gritó la Crítica, diciendo : «eso, inédito no es» ;
y, ¿ quién dijo tal ?
otro título ;
no otro libro ;
yo lo hice ;
no la Casa Sopena ;
las razones son mías ;
un día volveré sobre ellas ;
y, hasta entonces.

VARGAS VILA.

En 1919.

EL CISNE DE LA AURORA...

TAN BLANCO COMO EL ALMA DE LA AURORA, VOLABA SUAVEMENTE HACIA LA LUZ...

Fué en los esplendores de un crepúsculo malva, en la pradera silente, blonda de luz, sobre la cual la tarde expiraba, en el estremecimiento portentoso del último beso de amor de un sol lejano, que mis ojos la vieron por la primera vez; avanzaba en las tonalidades amatistas del paisaje, con una belleza de Madona, cual si se desprendiese de un cuadro de devoción, peregrina hacia el milagro, por la esmeralda obscura de la campiña mística;

en la beatitud languideciente de la hora y la calma augusta de la escena virgiliana, ella era como una gran flor de nieve, un lirio de ópalo, abriendo sus pétalos eucarísticos en la penumbra densa del bosque rumoroso;

la triste evaporación del crepúsculo ponía un velo de bruma sobre su cabeza blonda,

coronada de flores, formando un tenue halo radioso al esplendor de sus cabellos lunares; sus grandes ojos extáticos de un gris azuloso de gema, gris metálico, luminoso, ignescente, como el de las olas del golfo de Salerno, tocadas por el sol, se densificaban, ennegreciéndose bajo la sombra de las pestañas, que los entenebrecían como bosques de encinas circundando lagos de estaño;

en la atmósfera lánguida, pesada con el calor de la hora, el viento susurraba como una arpa en el silencio profundo; grandes flores silvestres agonizaban a la vera del monte adusto, donde pájaros presurosos abatían el vuelo, como abanicos sedosos, plegados por las manos de hadas somnolientas;

ella, avanzaba descuidada, soñadores los bellos ojos visionarios, con un gesto sonambúlico, por el sendero estrecho, bajo los grandes sauces que inclinaban sus cabelleras románticas sobre el agua silenciosa y desierta de las zanjas, de la cual nada alcanzaba a turbar el infinito enojo;

absorta, en no sé qué sueño como de cosas lejanas, ella no me había visto, y al hallarse así, ante un jinete inesperado, en la senda estrecha, sobre el campo inmenso y solitario, tuvo un movimiento de sorpresa, cuasi de

miedo, y se detuvo, quedó un momento inmóvil, abrazando el delantal lleno de rosas rojas, que abarcaba con sus dos brazos, como asas maravillosas de una ánfora etrusca;

contestó apenas a mi saludo, con una leve inclinación de cabeza, azorada, llena de una vergüenza casi infantil, que teñía su rostro de las coloraciones delicadas de un geranio, y desapareció en el recodo inmediato del camino, así, coronada de flores montaraces que fingían sobre su cabeza, extrañas cinceladuras de plata, entre los ramajes estremecidos, haciendo sonar bajo sus pies, las hojas secas, que parecían morir felices, en fiebre de holocausto, besando las plantas trituradoras, en una caricia de muerte voluptuosa; y desapareció en la sombra trasparente teñida de una luz vaga, dejando en pos de sí, algo de misterioso y de solemne, que emanaba de la armonía de su belleza, del esplendor sagrado de sus pupilas profundas.

quedé solo, en el silencio engrandeciente, viendo perderse allá lejos, el oro de esa cabellera que el crepúsculo incendiaba sobre la espalda como una púrpura real, y, la forma ondulosa y blanca que desaparecía en la arboleda triste, como un rayo de luna sobre una esmeralda pálida.

*

Temblé como ante algo misterioso, alzado cerca de mí, en el fondo obscuro de la selva;

¿quién era ella?

¿de dónde surgía esa flor radiosa de belleza, encarnando en la euritmia de sus líneas, todo el Ideal, toda la poesía, y todo el Deseo de la vida, centellando en el fondo de la noche divina que se desprendía de sus pupilas de abismo?

yo no la conocía;

habiendo regresado a la aldea hacía poco, después de tres años de ausencia, pasados en la vida monótona y la estéril austeridad de un colegio lejano, me sentía en ella como un extranjero, solo, armado ante la hostilidad muda, inevitable del país natal;

¡oh, el tedio de las campiñas nativas, el espantoso horror de los horizontes patrios!

me oprimía todavía la sensación de naufragio inmenso, de insoportable angustia, que me había apretado el corazón a la vista de los campanarios grises y ruinosos y de las casas miserables, sucias y destartaladas, que forman el pueblo hosco y frío que me vió nacer;

la patria no se escoge, se acepta; como no se la puede cambiar con honor, es preciso soportarla con valor;

ciertas almas, ponen en sufrir su patria, tanta abnegación como otras en defenderla;

vivir en ella, sería un sacrificio mayor que morir por ella;

así, a la vista de la mía, yo había puesto tristemente mis manos sobre los ojos, y había llorado, en la inmensa obscuridad de todo lo radioso que moría detrás de mí;

sentí, ante aquel horizonte de ignorancia, de bajezas y de lapidación, todas las fuerzas ciegas y adversas del Destino aglomerarse sobre mi cabeza;

yo, no sabía su grandeza terrorificante; no la sabía pero la presentía; y estupefacto, vi la aldea alzarse ante mí, como la obra ciega del odio y de la persecución;

su presencia, semejante a una suprema derrota, pobló mi corazón de sombras y terrores;

comprendí, por la rápida acuidad de mi visión interior, cuán lejos estaba yo, de todos esos seres, cuya animalidad, presuntuosa y celosa, me contemplaba con tenacidad, cuasi con odio;

y, en el inconmensurable antagonismo, me sentí divorciado para siempre de aquella patria que no acariciaba mi corazón, ni lograba hacerlo latir por ella, y antes bien, lo hacía alzarse, lacerado entre los dos, como un muro de tinieblas y de separación, como un abismo de odio;

y, rebelado ya contra la patria hostil, fuerte en mi individualismo poderoso, me aislé, viviendo de mi propia vida, sintiéndome vibrar como un instrumento en el silencio, escuchando el grito de mis presentimientos, que engrandecían en la inmovilidad, hablándome de glorias futuras, de cielos iluminados de apoteosis;

algo de fuerte y de terrible, — el milagro del pensamiento — empezaba a crecer en mí, con vuelos vertiginosos, más sonoro a causa de la soledad, más cargado de revelaciones,

a causa de la distancia inmensa de los hombres;

y, en el recogimiento de la soledad yo sentía el Infinito mezclarse a mis pensamientos, tocar a mi corazón, como un mar taciturno de silencio;

fuerte, en mi invencible orgullo, continuaba en desafiar los sarcasmos de la aldea, de pie sobre mi aislamiento, que ya parecía una cima; y en mi decisión augusta de separación definitiva, forzaba el odio a contemplarme;

el vértigo de la soledad me coronaba de infinito;

es en la soledad que vive el genio;

sólo la soledad es fecunda, sólo en ella se halla la línea de perfección, la grande armonía silenciosa de las fuerzas primordiales, el tesoro enorme de los pensamientos huraños e inmortales, que como pájaros de grandes vuelos, no viven y no vuelan sino en lo inaccesible; procesión de verdades inmortales, que escapan a la vista de los hombres; es de su sombra borrascosamente confusa, que brotan la palabra, que es luz, y el color y la forma, la plástica canción de la Belleza;

el soplo de la soledad nos envuelve en una radiosidad animada de cosas, dentro de la cual, sólo podemos confiar a la Eternidad el

secreto de esas cosas inmortales que nos animan;

la soledad está lejos de la vida, por eso es piadosa, y está lejos de la vulgaridad, por eso es noble;

mi corazón coronado de naufragios, triste campo de derrotas prematuras, sangraba ante la intensa miseria interior de los seres que me rodeaban, y se cerraba impenetrable ante ellos;

odiaba a los hombres como tumbas, y los esquivaba como a espectros;

la ternura de mi madre me iluminaba como una alba, me protegía como un escudo, pero no alcanzaba a consolarme, a llenar todo lo infinito de mi corazón insatisfecho, a calmar la inexorable ansia nostálgica del beso, hermano de la caricia;

su seno suave y calmado, como un remanso de aguas dormidas, era el único reposorio a mi frente ya soñadora de aureolas, visionaria de halos radiosos;

y, su corazón era el único vaso donde yo vertía el tesoro de mis ternuras, la sorpresa divina de mis palabras, cuando mi alma ebria de visiones, como de un vino de estrellas, buscaba su regazo y me reclinaba en él, son-

riendo al deslumbramiento de grandes cosas futuras;

y, ella era la única que penetraba en mi alma;

he ahí por qué la madre arraiga tan profundamente en el fondo de nuestra vida; porque ella es la única que entra a nuestro espíritu en la hora tenebrosa del misterio, en la gestación laboriosa del pensamiento, bajo el azul fecundo y vago del ensueño;

pero, su amor no es el Amor;

y, mi alma se alzaba, como una flor odorante y clamorosa, llamando ese sol desconocido que tardaba en asomar;

entonces fué que la visión radiosa apareció en mi camino, y mi aspiración fué hacia ella, como una sombra alzada del fondo de todas las profundidades; y la coronó de sus tinieblas;

aquella noche, al volver a casa, pregunté a mi madre, quién era la visión blonda que había deslumbrado mis ojos, en la penumbra del bosque;

—Es Delia, la hija del nuevo Juez, que hace poco ha venido, me dijo mi madre, con su voz calmada, que parecía un cántico; y, luego, con un ritmo de admiración que no era fingido, exclamó:

—¡Oh, como es bella! ¿No es verdad que es muy bella? hijo mío;

—Muy bella, respondí;

y, callé, replegándome en la sombra de mi corazón, como para ver mejor la visión evocada por el ritmo del verbo maternal;

después me extasié en pleno sueño, un vago ensueño, que tenía algo del esplendor de lo divino, y el estremecimiento portentoso de lo real;

—Es necesario adorar, dijo el alma envolviéndose en un velo de crepúsculo.

❧

Florecían los farolillos, como tulipanes de luz, en las ramas de los árboles: pendían como abalorios incendiados, de las puertas rústicas y las ventanas, donde como cestas de clavellinas, lucían los rostros alegres de las muchachas del pueblo; circuían como una enredadera de fuego el amplio pórtico y la torre vetusta de la Iglesia, sobre la cual las chispas de los cohetes disparados fingían cascadas de rubíes en la noche negra; se elevaban los globos aerostáticos en el aire calmado, como grandes pájaros estacionarios, con el pico de fuego, prontos a devorar la tiniebla aterciopelada y láctea del firmamento, que se desplegaba como grandes gasas húmedas, salpicadas de oro; las campanas sonaban enloquecidas, venturosas, gritando sus salmos

metálicos en la gloria de la noche franjeada de estelas blondas, como gritos de fe, como palomas escapadas a la sombra del Santuario incendiado, batiendo alas desesperadas, sobre los lampadarios y los corazones ardientes de piedad;

la gran sinfonía del metal entusiasmado, vibraba en cántico de alegría bajo el azul sereno, sobre la plaza rumorosa y llevaba hasta el valle profundo, ahogado en la beatitud de las sombras, su apasionado cántico, vencedor del silencio y las tinieblas;

como un relicario maravilloso, que contuviera rubíes de Calcedonia y topacios de Esmirna, engarzados en viejas cinceladuras de argento pálido, el templo abierto dejaba ver la iluminación multicroma de sus altares, donde el oro viejo de las molduras se hacía radioso en la fulguración de millares de cirios que ardían al pie de los ídolos grotescos, radiosos ellos también, bajo sus grandes halos de metal; los lirios, como ostensorios de pureza, alzaban sus vírgulas de oro entre las ondas azulosas del incienso, que flotaban como nubes de un lago, bajo el calcio inmaculado de los pequeños arcos góticos, festonados de laurel;

afuera, en la plaza negra, la multitud

campesina hormigueaba, extendiéndose y contrayéndose como los pliegues de un manto, y formando con los cirios agitados en las manos, ondulaciones de moluscos fosforescentes llevados por la onda negra; y, la iluminación movible, estriada, prismática, de aquel gran rebaño humano, semejaba la luz intermitente de una bandada de cocuyos en una selva dormida;

y, aquella ola negra de bestialidad adoratriz, se estrechaba, se compactaba en contracciones de vipera, chocaba contra los muros, en ondulaciones de marea, y se arrojaba, se agrupaba, al pie del ídolo procesional, como bajo el disco de una estrella, o el bronce de un escudo, rumorosa, suplicatoria, llenos los labios de plegarias desesperadas, encorvada, la frente triste de bestia ciega encadenada a un mito;

la Virgen, sobre las andas doradas, todas llenas de laureles y plantas del monte, avanzaba, llevada en hombros, radiosa de piedras falsas y de estrellas de papel, más estrellada que la noche lujuriante en cuya cúpula profunda, se perdían los rumores de su apoteosis; con movimientos lerdos de autómata, oscilaba, siguiendo el ritmo desigual de los hombros que la llevaban, blanca y azul, bajo

la corona flameante, emblanqueciendo por momentos bajo la lluvia sedosa de pétalos que manos piadosas le arrojaban desde los balcones, y, que ondeaban, voloteaban como nieve menuda, y caían lentamente sobre el manto, y a sus pies, como un homenaje mudo de las pálidas rosas;

el aire se poblaba de clamores, de repiques y de plegarias, como el rumor creciente de un río de adoración;

en la casa de mis tías, una vieja casa conventual, blanca y florida, en la cual germinaban en perpetua floración, las plegarias y las lilas, de rodillas sobre los amplios balcones que daban a la plaza, estaban muchas familias de los *notables* del pueblo, título con que el servilismo aldeano cosquilleaba el orgullo agreste de los ricos del poblado;

y, allí, en esa sombra de cabezas inclinadas, estaba *Ella*, divinamente bella, con su belleza de leyenda, así como una rosa blanca, caída entre frondazones crepusculares;

su hermosura, amarga y dolorosa como un poema de lágrimas, irradiaba en esa penumbra, con los tonos áureos y blancos de esas nubes de poniente que el otoño finge sobre los cielos tristes;

su forma inmóvil y blanca, que parecía un

diseño tumular, se destacaba apenas en su fragilidad inquietante y linearia, como una evocación mortuoria, como un lirio de mármol sobre una tumba de basalto;

estaba de rodillas, vestida en blanco, como la Virgen que iba en andas, pero el manto que la cubría era obscuro, de tonos violáceos, que hacían resaltar más sus palideces asiáticas de ídolos de marfil;

sus labios tristes, como camelias pálidas de sufrimiento, como lilas exangües de dolor, como geranios mustios, en cuyos cálices tenebrosos hubiera vertido la Noche, todo el licor amargo del Silencio, se movían lentos, con un ritmo de pétalos estremecidos;

oraba, y de sus labios meditabundos, se desgranaba la plegaria como un rosal de rosas de Infinito;

sus brazos cruzados como si abrazasen con sus largas manos marmóreas todas las cruces negras del Sacrificio, todas las coronas del Escarnio, todas las flores del Dolor y de la Desolación, parecían prontos a abrirse como alas de Redención, en un gesto abnegado de crucifixiones, sobre pináculos de desesperanza, en horizontes glorificados de aureolas trágicas;

en sus ojos magnificados por el éxtasis, se

extendía, como en una noche boreal, la melancolía de las lagunas septentrionales, de las grandes landas desiertas, donde llora la soledad, de los amplios mares brumosos donde el invierno canta;

el oro flúido de sus cabellos lactescentes, con una irisación de espigas otoñales ya muertas por el frío, se tornaban a las luces lunares, en un blondo de ceniza, con reflejos de ópalo, se hacían casi blancos como auroras de cristal, y le formaban un limbo indefinible de heliotropos, sobre el cual se hubiera espolvoreado todo el fulgor astral de las noches del trópico; era como una gran gardenia, sobre la cual una araña del cielo hubiese tejido una red de oro;

se diría que el silencio le hacía un nimbo;

un halo de palideces imprecisas, flotaba en torno de ella, como el alma vasta y fría de las soledades, como el fondo de una gruta de perla, donde se obstinara una alba perpetua;

yo contemplaba aquel mármol vivo, inmóvil en la luz lunar que caía sobre él, como una lluvia de pétalos;

y, tuve la sensación de que mi alma se ahogaba y desaparecía, en ese grande océano de tristeza, que eran los ojos enigmáticos de

aquella virgen, que parecía hecha toda de sombra y de melancolía;

un divino, un inmenso amor nació en mí, por aquel ser frágil y puro, que parecía temblar en el dolor;

y, en la sinfonía triste de las cosas, mi alma preludiaba la paráfrasis de los amores irremediables, gritando a la noche negra, las palabras victoriosas: *Yo amo...*

... ...

la procesión llegaba a su fin;

la Virgen desaparecía, hundiendo su silueta luminosa en el Santuario incendiado, entre la adoración crepitante de los cirios, entre nubes de incienso y bajo los pórticos coronados de rosas, como escapada al gesto de los brazos tendidos, de las manos crispadas hacia ella, en ademán suplicatorio; el rebaño humano la seguía con murmullos prolongados y refluía hacia el templo empujándose, estrujándose contra los muros blancos, con un rumor de selva y de océano... por última vez, ya allá lejos, en la gloria ígnea del altar, bajo el ábside con aureolas de laurel, se vió la imagen volverse sonriente hacia la multitud, tendiendo a ella sus manos cargadas de bendiciones, en un gesto de sembrador arrojando sobre el surco de la fe la semilla de la espe-

ranza; su manto azul osciló como el peplum de la aurora, y, ya inmóvil sobre el altar, su cabeza centelleó en la apoteosis, como un sol;

y, las puertas del templo se cerraron;

todos se pusieron de pie, y la vida renació, bajo los cielos nimbados de oro, sobre el campo saturado de aromas lujuriantes;

ella entró a la sala, con su marcha rítmica, como fascinada de sueños, con ondulaciones y esbelteces de un junco índico, con la mansedumbre lánguida de un cisne meditativo en la paz religiosa de un bosque, bajo un firmamento nacarado, en el turbador silencio de la noche luminosa;

parecía más grande y más feble, vestida de blanco, en los reflejos moarés de su abrigo violáceo que hacían una penumbra amatista a la cera pálida de su rostro, y a las luces tristes de sus ojos, llamas moribundas sobre un bosque muerto;

avanzaba feérica, luminosa, como un rayo de luna filtrado en los follajes, como la ondulación de una ala nívea, silenciosa, toda blanca, en la pompa milagrosa de la noche ecuatorial;

y, al verla avanzar así, radiosa y misteriosa, un verso de la *Vita Nuova* brotó en mi cere-

bro, y dijo a mi alma: *He ahí venir aquella que debe establecer sobre ti su dominación;*

y, valeroso fuí hacia ella;

una de mis tías me la presentó, y al tomar en la mía su mano blanca, que era una claridad, sentí que mi vida se ligaba a esa rosa pálida, y que mi corazón se rendía al flúido turbador, que se escapaba de aquel ser calmado y bello, triste como una noche sin aurora;

y, al inclinarnos para el saludo, nuestras dos almas se inclinaron también, tocadas de un vértigo extraño, para mirar el abismo tenebroso de la pasión, que se abría ante nosotros; y, sin pronunciarla, dijeron la gran palabra, que canta eternamente en el corazón y en los labios de los hombres: el Amor;

y, el Amor fué en nosotros;

la palabra musical, no fué dicha; pero, nuestras manos al desenlazarse, habían ya sellado el pacto eterno, frente al Dolor, al Destino y a la Muerte.

*

Ondas de una vibración extraña descendían sobre mi alma solitaria;

la dulce tristeza del Amor, que pasa sobre el jardín de los sueños, como el hálito del lago taciturno sobre las flores que duermen en el agua, abriendo en el silencio el esplendor de sus colores lejanos, cayó también sobre mí como una sinfonía que era un encanto, ¡la tierna melopea, de las liras irresistibles y cautivadoras!

en la mendicidad de afectos en que vivía mi corazón, este estremecimiento delicado, esta alba de amor, cuasi divina, abría un cielo inesperado a mi triste alma claustral, y ella obedecía a la llamada irresistible, que le venía de esos cielos irrevelados y vibrantes;

mi soledad, poblada hasta entonces de

grandes sueños hoscos y rebeldes, se pobló de sueños tiernos y consoladores, que vinieron a halagar mi gran miseria moral, a poblar de encantos mi brutal aislamiento... pero, del fondo de ese abismo de felicidad, se alzaba la insoportable, la terrible angustia, como la noche implacable devorando las púrpuras del cielo;

la eterna melancolía, extendió sobre ese primer idilio de mi vida, su manto de sombras, que tanto se parecía a la muerte;

y, la alegría, ese sol de primavera, que debía alumbrar aquel gran desgarramiento que el amor hacía en nuestras almas, fué velado y triste, sus rayos triunfales hicieron apenas una alba pálida sobre nuestro cielo desierto, que parecía un sudario;

pero, no era de mí, que partía aquella tristeza insondable y extraña, que enduelaba nuestra pasión como una gasa fúnebre, extendida ante nuestros ojos sediento de infinito;

era de Ella, de su alma de silencio, de su figura blanca que parecía una flor;

y, en el gran rito de Amor, que celebraban nuestros corazones, en el rayo de gloria que nos bañaba, ella permanecía triste, como la vaga esfumación de un sueño en el crepúscu-

lo, como la sombra de la noche sobre las floraciones dormidas;

y, así paseábamos, en las tardes inermes, por los senderos solitarios, en los caminos rectilíneos, entre la monotonía perfumada de los rosales, y la pompa del llano multicolor, que semejaba la superficie de una mar calmada;

ella, muy grande para su edad, con su palidez de ámbar y el nimbo de oro de su cabellera lunar, parecía un dibujo prerrafaelita, un diseño del Luini, avanzando en el llano desnudo, en la calma argentada del paisaje;

y, las manos en las manos, nos hablábamos largamente, tiernamente, bajo las arboledas seculares, en los caminos desiertos, cerca a los estanques grises, que semejaban escudos de batalla que el poniente envolvía en una magnificencia de gloria;

mecido por las palabras que cantaba su boca, me sentía absorbido, como desaparecido en un sueño de paz y beatitud, en el enervamiento delicioso del flúido cautivador que se escapaba de ella;

su belleza exquisita, de una perfecta euritmia de formas, encadenaba mi alma a la contemplación muda y creciente... y, sentía el vértigo de Ella;

y, mis ojos, cargados de enternecimiento, devoraban la figura radiosa, vibrante de ideal, enigmática como el Misterio, y, rosas espirituales, rosas de Adoración, nacían en mí, y pétalo a pétalo, las desfloraba a sus pies, como las notas de un cántico... y, mi alma la besaba castamente, armoniosamente, en limbos supraterrestres de una espiritualidad perfecta;

bajo los macizos florecidos, en el bosque saturado de odoraciones de fecundidad, exuberante de savia vegetal en fermento, ante la calma bestial de la Naturaleza, llena de efluvios de voluptuosidad, mis sentidos se turbaban a veces... y, ante su cuerpo casto, que envolvía el lino púdico, en pliegues armoniosos, ante el cielo de sus ojos, que fingía la coloración pálida de un levantar de astros, estrechando en las mías, sus manos sensitivas y temblorosas, como dos pájaros enfermos, viendo en el nacimiento del cuello y de los brazos la pulpa adorable y suave de la piel, sentía ante esa contemplación plástica, el aliento malsano del deseo alzarse en mí, y, la serpiente impura envolver con caricias de llama, mi cuerpo adolescente;

y, mientras ella quedaba serena, hierática, en el ritmo de sus gestos calmados, que eran

una música, como envuelta en una nube de cosas inmaculadas, yo me debatía en el torrente pasional, bajo sus olas fangosas, terriblemente triste y humillado, ante los gritos inmundos de mi animalidad desesperada, tratando de libertarme de ella, con la evocación de pensamientos altos y nobles, bajo el encanto lenificante de aquellos ojos tan admirablemente serenos;

y, mi corazón se levantaba, purificado de la miseria de su lepra, por el flujo de pureza y santidad que se escapaba de aquella alma inefable, de aquellos labios sobre los cuales el poder del verbo tenía extrañas sonoridades irresistibles;

y, mi espíritu, como resurgiendo de una cripta, milagrosamente lleno de blancuras, se alzaba hasta ella, hasta el cielo contemplativo y místico de su alma enamorada; y, todo mi amor, hecho de dolor, de amarguras y de melancolía, iba delirante hacia ella, hacia la paz y el esplendor que rayaba en su rostro de virgen, y hacia la eucaristía de sus labios, donde en la plenitud del silencio palpitaban sin abrirse las flores de la inmortal consolación;

la tristeza que venía del campo y caía de los cielos en desolación, envolvía nuestras almas; y en el duelo solemne de la hora, en

el crepúsculo que envolvía la tierra y ahogaba los montes, nos abrazábamos estremecidos, en un gran gesto de espanto, en el profundo silencio que sólo interrumpía el grito de los pájaros, la cadencia de las fuentes, sonando en la soledad, bajo el abismo celeste, y el ritmo de nuestros corazones, que vibraban como liras de eternal melancolía, en el oro glauco de la noche, que se alzaba ya sobre los estanques lívidos.

*

Huérfana de madre, sin hermanos, Delia había engrandecido en la soledad, bajo la mirada casi indiferente de su padre, hombre frívolo, sensual, al cual su viudez le pesaba como una carga;

el gran sol de la ternura, no había alumbrado nunca sobre ella, y, su corazón aterido de ese frío mortal, permanecía cerrado, como un botón de rosa esquivo a abrirse bajo el sol taciturno del invierno;

y, la niña, inclinada la cabeza como un pistilo frágil, me contaba la pena de su vida, con ojos terrificados por el dolor, y su voz que tenía como un crepitamiento de llama;

su madre había muerto, horas después de haberla dado a luz; en el delirio de una fiebre intensa, había ido a arrojarse en un río cer-

cano a la casa campestre donde le había sorprendido el alumbramiento; ya en meses anteriores, durante la preñez, había intentado arrojarse al mismo río, en horas de perturbación mental, ocasionada por las brutalidades de su marido; su cuerpo rígido, extraído de las ondas, fué la primera visión, que se grabó en aquel cerebro virgen; crecida al lado de su abuela, no viendo a su padre sino muy rara vez, consagrada al culto de su madre muerta y a la rememoración de la tragedia violenta en que aquella había desaparecido, llegó a los catorce años, llena de una exaltación dolorosa, que no hacía sino aumentar diariamente; la muerte de su abuela, la entregó a su padre, que no pudo nunca ocultar el enojo que esta carga le ocasionaba;

así llegaron a nuestra aldea; el padre, ebrio consuetudinario, politicastro rural, olvidaba por completo su hija, y se ausentaba del hogar semanas enteras, entregado a una nueva concubina, con cuyos amores escandalizaba por entonces el pudor bravío de aquel nido de castidades aldeanas;

así abandonada vivía ella;

y, nuestro amor se entristecía de la tristeza de su vida; y, nuestros ojos cegados por extraños presentimientos, parecían no alcanzar

a ver las costas luminosas del país de la ventura;

pero, la gran tristeza venía de ella, de la melancolía de sus pensamientos, de sus palabras que parecían temblar ante la vida, de sus amplios gestos litúrgicos, que parecían marcar, como inmensas alas agoreras, todo el circuito de la desolación inolvidable;

inclinada sobre mi corazón, dejaba correr la fuente de sus tristezas, que iban del fondo de su alma hacia la mía, como una corriente obscura que arrastrase pétalos odorantes;

—Yo te he encontrado como un árbol de vida, en mi camino hacia la muerte, me decía; yo iba a ella como por un bosque de laureles hacia la mar calmada; yo iba a ella con avidez; es allí que habita la ventura; el resplandor engañoso de la vida, no deslumbra mis pupilas atónitas, ni prende auroras de deseos, en el rubio de esta cabellera, que semeja un sudario; sólo tú has podido detenerme en la vida, con tu voz de encantamiento; sólo tú has podido encadenar mis alas, en vuelo hacia el reposo; la persuasión divina de tu amor, me hace vivir; tentadores misericordiosos y elocuentes, tus labios me atan a la vida; la red luminosa de tus palabras ha inmovilizado mi vuelo hacia el gran río profundo del

Silencio; la fuerza imperiosa de tu amor, me hace vivir; es tu corazón toda la inmensidad de la vida;

¿cómo podría yo vivir fuera del cielo que tú has hecho para darme la alegría? mi pobre alma dormida en las profundidades, despertó a tu voz, y, te sigue como un resucitado a su profeta; como una luz en la obscuridad, como una melodía en las tinieblas, tú me guías a través de la sombra; eres para mí, luz y armonía; eres toda mi zona de sol; fuera de ti, la tiniebla y la muerte.

—Calla, calla, le gritaba yo, sellando en los labios el horror de la palabra fatal, acariciando con ternura apasionada sus manos que temblaban como alas heridas.

—La felicidad existe sobre la tierra; tiene como las plantas su hora propicia; es la hora de la felicidad, gocémosla.

—¿Cuánto dura la vida de esa planta? decía ella, y callaba.

su visión obsesionante era el agua; permanecía largo tiempo absorta, mirándola correr; inmóvil, como sugestionada, se inclinaba sobre la gran mole de las aguas, como tendiendo el oído hacia voces lejanas, como si oyese llamadas irresistibles venir a su corazón;

—El agua tiene una alma, me decía, una

alma tierna y melancólica que solloza en el fondo de los ríos; el agua tiene labios; el agua llama y besa; nada hay igual a la atracción de las aguas calmadas; su extraña fascinación finge todos los mirajes; yo siento que me llama, que me atrae y tiende brazos visibles hacia mí; son los brazos de mi madre; ella me llama desde el fondo del abismo donde encontró la calma;

y, vibrante, estremecida, se refugiaba en mi pecho, como para expulsar las visiones de la obsesión fatal;

y, aterrados ambos, nos sentíamos como llevados por las ondas de un río negro, bajo un cielo más negro todavía, sin gritos, sin esfuerzos, en una extraña aspiración de descanso y de agonía.

*

¿Por qué mi alma incomprensible, inquieta y atormentada, empezó a sentir entonces esta sed infinita de ideal y de emociones, que ha sido la fuente de todos los placeres, y los dolores de mi vida?

¿qué condiciones de atavismo, de carácter y de medio, podían llevarme a esas vagas aspiraciones, a esa tristeza exclusivamente intelectual, que se apoderaba de mi ánimo?

¿por qué no despuntaba en mí, la sabia y bestial resignación, la mediocridad apacible y desarmada de todos mis antecesores, héroes de la gleba, muertos al pleno sol, después de sus grandes victorias sobre la Naturaleza, en la tierra domada, vencida, y fecundada por ellos?

¿por qué ya aparecía yo, como uno de aque-

llos tristes predestinados a vencer o a morir en la espantosa batalla de la vida?

¿por qué ciertas almas, como ciertas flores, no se abren sino bajo acres brisas de borrasca, que han de llevar lejos, sus gérmenes deletéreos y violentos?

¿por qué sin presentirlo siquiera, ciertas almas nacen enfermas, del mal de su época, el *mal del siglo*, sin estar ligadas para nada al vasto movimiento de las costumbres de su tiempo?

yo había nacido en una zona de barbarie, en un país casi absolutamente separado de la civilización, agrupación híbrida de indígenas analfabetos, casi en nada distintos de la bestia primitiva, y de semiletrados pavorosamente imbéciles, que no habían educado sino sus apetitos, y ocultaban bajo el sombrero, los cráneos más desmesuradamente idiotas, y bajo el vestido el más monstruoso corazón de bárbaros;

¿por qué sin elementos tradicionales que la informaran así, mi alma, como tocada por la fiebre de su siglo, se apartaba de la gran miseria ambiente, e iba como arrastrada por fuerzas ocultas, recorriendo extrañas etapas morales, hacia zonas más extrañas de pensa-

miento, hasta entonces no conocidas por los míos?

yo, no era fruto de una raza decadente, empobrecida por los vicios, gastada por los placeres, agotada por la predominancia cerebral de grandes genios;

mis antecesores paternos, todos habían sido campesinos robustos, sanos, ignorantes, que por generaciones de generaciones, habían nacido, crecido, vivido y muerto en esos campos, sin ver más horizontes que aquel que delineaban los llanos verdáceos, los bosques tornasoles, los lejanos cerros meditativos; su corazón de grandes niños, no había sentido otras pasiones que el delirio del trabajo, el dolor de la muerte y el amor legítimo que era para ellos como un placer mezclado de religiosidad en el rito sagrado de la procreación;

su cerebro no se había agotado en abstrusas elucubraciones filosóficas, en el dédalo de las teorías políticas, en sueños quintesenciados de pasión, en subtilidades emocionantes de arte, en refinamientos de voluptuosidades morbosas; ni sabios, ni escritores, ni artistas, ni hombres de Estado, había dado aquella raza de vigor animal, de hombres sanos y fuertes, crecidos y muertos sobre el surco fecundo, cerca al arado heráldico, en me-

dio de sus vacadas apacibles, mugidoras, ante el horizonte espléndido de sus cosechas, que como esclavos sumisos, inclinaban ante ellos sus espigas cargadas de oro, cuando domadores de la tierra, pasaban al trote de sus potros indómitos, recorriendo esos campos regados por su sudor, fecundados por el trabajo recio de sus manos;

muy niño aún, yo recuerdo haber acompañado a mi abuelo, por el campo recién arado, tras de los bueyes grasos, llevando talegas llenas de simiente, que él, arrojaba en el surco ávido, con un gesto de bendición, cuasi litúrgico, con una gravedad sacerdotal, atento cual si escuchase salmos de vida salir de las entrañas desgarradas de la tierra, majestuoso en su grandeza de labrador octogenario, perfilando su alta silueta de patriarca en la severidad inmutable del paisaje, en la calma idílica de las llanuras asoleadas;

y, ese era para él, no un trabajo, sino el gran placer de su ancianidad, cuando ya se inclinaba hacia esa tierra que había amado tanto, y que aun laboraba antes de desaparecer cargado de hijos, y de bienes crecidos bajo él, con la multiplicidad prodigiosa de los patriarcas amados de la Biblia;

mi padre, tenía la pasión de la Naturaleza;

la amaba con un delirio de fauno; era una alma pánida, ferozmente enamorado de su tierra madre; era agricultor por atavismo, por temperamento, por placer y por constitución; tenía el horror de la ciudad y del poblado; aislado en sus campos, vigilando él mismo sus cosechas, lleno su corazón del amor a la tierra, a mi madre, y a mí;

¿por qué de esa selva de cuerpos robustos y almas sanas, tan poderosamente arraigados en la tierra, rebeldes al vuelo y la visión, surgía yo, niño enfermizo como mi madre, meditativo, tenazmente abrazado al pensamiento, pertinazmente atento a las grandes cosas silenciosas y graves de la vida?

¿por qué el alma colectiva de mis abuelos, no cantaba en mí, el himno del trabajo, y mis manos y mi cuerpo, en quietud estéril, rehuían la faena recia y no se tendían hacia el gesto augusto de los grandes campesinos que habían inmovilizado sus siluetas rudas, sobre ese mismo horizonte de paz y de quietud?

¿por qué mi ser adolescente comenzaba a ser torturado por extraños dolores morales, por aspiraciones incoherentes, por sueños fragmentarios e imprecisos, que volaban en un ambiente abstracto y difuso, como grandes

pájaros desterrados de la aurora, fuera del tiempo y del espacio?

¿por qué en la miseria de mi vida interior, mi corazón empezaba ya a lanzar grandes llamadas imprecatorias al cielo y al destino, ensayando en el infinito cruel, levantar la cabeza contra todos, y contra todo?

¿por qué mis manos se tendían hacia el muro de sombra, deseosas de aprisionar el infinito azul?

¿por qué un orgullo inconmensurable, me lanzaba ya al encuentro terrible de la existencia, como si fuese capaz de cortar e inmovilizar ya las garras invisibles de todas las cosas de la vida?

¿por qué ante el medio ambiente impersonal y hostil, ante el asalto de la banalidad agresiva, yo no sabía borrarme o capitular, y resistía bruscamente, refugiándome en la violencia y en la soledad de mis sueños?

¿por qué mis labios tomaban ya el gusto amargo del odio, y con una emoción de cosa sagrada, amaba atraerlo sobre mí, cual si fuese la forma amada de la gloria?

en la intensidad aguda de mi deseo por realizar grandezas ocultas, en un mundo exterior que huía a mis miradas, viendo mis sueños animarse y respirar en una atmósfera de

infinita crueldad que los inmovilizaba, mi corazón sangraba, mi pensamiento se sentía asesinado y las lágrimas subían a mis ojos, como una protesta muda, ante el horizonte impenetrable del Destino;

mi alma insatisfecha, enormemente triste, sentía ya la formidable laxitud, que hace temblar el rosal pensante, bajo el insoportable enojo de la inercia;

mi voluntad, emocionada, imperiosa, hacía señales de partir hacia la vida, hacia la acción, en un bello gesto de sueños realizados;

y, de las claridades desmesuradas del futuro, una grande, una inmensa esperanza, caía sobre mi corazón, abierto como una flor;

mi madre había adivinado mi amor; y la delicadeza exquisita de su alma maternal, supo adornar de flores el reposorio de mi corazón; acaso pensó también que bajo la bondad acariciadora de sus ojos, ese amor sería más puro, y que un deber moral, le mandaba velar por aquella niña sin madre, abandonada, desarmada ante la pasión violenta que inspiraba a su hijo;

ello es, que Delia, por llamamientos de mi madre, se hizo más asidua en casa, y que era allí, mientras mi madre bordaba tras de los emparrados que guarecían el corredor, que

nosotros platicábamos en el jardín, entre los rosales tupidos, a la orilla del río profundo y traidor que corría a nuestros pies con perfidia silenciosa, bajo el estremecimiento de los follajes, en la paz atenta de las cosas;

dulcemente, devotamente, castamente, yo le tomaba las manos, mientras caía a mi lado como una cascada el oro flúido de su cabellera que fingía en las blancuras del traje, un resplandor de luna sobre la nieve casta;

en la violencia aguda de mi deseo, yo quería despertar su alma, para el amor feliz, su alma blanca, que parecía la muerte, su alma triste, que parecía el dolor;

¡oh, la sonrisa inenarrable de sus labios evocadores de la pena, cuando yo le hablaba de nuestra felicidad futura y alzaba ante ella el miraje de nuestro amor poderoso y triunfador en los campos sonrientes de la vida;

y, me estremecía ante el silencio de esos labios, de los cuales no salía un grito de esperanza, y, yo, sufría de la desolación que castigaba tan rudamente aquella alma amada;

¿por qué no creer en la ventura?

¿por qué no abrir su corazón a la magnífica esperanza que brilla como un sol, y designa más allá del dolor, el camino de la salud, en la gloria triunfal del esfuerzo, o los

grandes silencios del ensueño, los limbos iluminados del ideal?

¿por qué cerrar los ojos al deslumbramiento de la ventura que se alza como una aurora desconocida, en las extrañas decoraciones y las solemnes magnificencias, que el deseo de los corazones alza en los horizontes flotantes de la fantasía?

¡oh, lo que yo sorprendía en sus ojos, en el misterio enloquecedor de sus pupilas de abismo! ¡oh, es algo sombrío, cambiante, inasible, que pasaba por ellas como un reflejo terrible, como una serpiente de esmaltes en la serenidad de un campo de rosas!

mi mirada, sondeadora de almas, no podía asir nada, *de eso*, en el fondo de la suya, sin embargo, tan trasparente y tan pura cuando se alzaba hacia mí en un vuelo de éxtasis;

su rehusa de creer en la ventura, su melancolía brumosa me invadía también, y después de haber vaciado la urna de nuestras confidencias, como rosas tristes de adoración, sobre las cuales habían cantado nuestras almas, como dos ruiseñores en delirio, nos abrazábamos, como para sentir unidos nuestros corazones, y uníamos nuestros labios como un secreto ante la quietud de los campos próximos,

solemnizados por el rumor inmenso de la noche y el fragor distante de los torrentes...

y, en esa hora magnífica de tristezas, llena de encantos, en el semisilencio que subía hasta nosotros y ahogaba la cadencia de nuestras voces en su duelo solemne, lágrimas consolatrices y purificadoras caían de nuestros ojos;

y, nuestras melodías pasionales, subían en el silencio como una melodía de pájaros perdidos en la noche.

*

Todo pensamiento tiende a hacerse acción;

toda idea quiere traducirse en acto;

todo esfuerzo de mentalidad quiere solidificarse en hecho;

de ahí, que la forma activa de la energía contemplativa, sea siempre el Arte, en cualquiera de sus formas;

la acción brutal, el automatismo animal, espantan las naturalezas delicadas, y las arrojan en el aislamiento, en la zona de intelectualidad meditativa, que permite mejor, con el crecimiento austero y consciente de la personalidad, la libre expansión del subconsciente, de ese algo sagrado que sube del instinto profundo hacia la luz inmensa;

no se escapa a la fiebre del Arte, si se lleva en sí;

el espectáculo de la Naturaleza se refleja en cada organismo, según el grado de su propia sensibilidad;

la acuidad de las emociones sentidas, marca el número de fibras heridas, es decir de sensaciones despertadas en el alma, al contacto de la Belleza;

es la vibración de esta sensibilidad, lo que marca la conciencia artística;

y, el artista nace y se revela todo a ese contacto, con su alta y segura apreciación del conjunto, su percepción patética de las cosas, la intensidad de sus sensaciones, su emocionalidad rara y cuasi dolorosa, su facultad prodigiosa de percepción y producción cuasi simultáneas, con una fecundidad de alma pánida, un acervo inmenso de sordas energías, y una, concepción armónica y rigurosa, de todo cuanto se debe a la santidad y a la inmortalidad del Arte, la única forma de representación y traducción pura y noble de la Vida;

el contacto con la Naturaleza, es decir, la reacción del medio, empezaba a despertar en mi alma emociones nuevas, una manera nueva de sentir esa Naturaleza, una sensibilidad nueva y aguda para amarla, una fuente nueva de emotividad, como si el corazón de la tierra se revelase hasta palpitar acorde con

el mío y el alma de la vida me hablase al oído, como la serpiente aquella que lamía los de Casandra en el templo de Apolo, por cuya divina revelación, la profetisa supo el mundo de las armonías;

¿qué es una vocación? la revelación de una conciencia;

y, fué del fondo de mis tristezas profundas, de la tortura de mi vida sentimental, que brotó en mí, el sentimiento del Arte, como una fuente cristalina en los flancos de un monte virgen;

fué en mi aislamiento taciturno, cuando solitario paseador, pensativo en los campos desiertos, veía florecer para mí solo el enojo, enflorando la campiña, que mi alma, crispada bajo la mano brutal de mis sensaciones, comenzó a abrirse, a destenderse, ante la calma augusta del campo, a sentirse turbada ante la pureza infinita de los horizontes, maravillada ante el sagrado esplendor, que se desprendía de todas las cosas iluminadas para mí, de una nueva luz;

gradualmente mi tristeza se diluía en una calma melancólica, que no carecía de encantos, y quedaba horas enteras extendido en el llano, mirando los horizontes movibles colorearse y palidecer en gradaciones lentas de

luz, que prismatizaban los paisajes, evaporándolos en una poesía intensa de sueño, descolorándolos en opulencias aéreas de miraje...

el alma campesina de mis abuelos se revelaba en mí, viva y perdurable, por el amor loco a la Naturaleza;

pero, lo que en ellos era acción, era en mí contemplación;

yo he sido y soy un contemplativo;

la brutalidad de la acción me lastima hasta la sensación aguda del dolor; mis manos mismas no parecen ser hechas para las asperidades potentes del trabajo; son manos de idealidad; hay manos artistas, manos diáfanas, evocadoras; viendo ciertas manos se siente la impresión de la armonía y de la luz; hay manos armoniosas y manos luminosas; la mano de Miguel Angel era redonda y gruesa como la pata de un paquidermo; la de Giotto era pequeña y pálida, como una pluma de ánade; Wagner tenía la mano velluda y fuerte, como una garra de león; la de Litz, evocaba las cuerdas y la forma de una arpa; Paganini tenía manos excepcionales como su genio; el violín quedó huérfano de ciertas notas, el día que la muerte inmovilizó para siempre aquellas manos maravillosas;

yo tenía ya el culto y la admiración de mis manos;

mi madre me sorprendía atento, mirándolas, cual si esperase ver salir del fin de sus dedos largos y pálidos, cálices de rosas mágicas, o rayos blondos de luz;

la sangre robusta y campesina, la espesa sangre patriarcal, vino generoso de la vieja cepa bárbara, empobrecida y debilitada en mí, por las herencias maternas, por la vida sedentaria y meditativa, se hacía tenue, cuasi opalina, al circular por las venas de aquellas manos que tenían opacidades y transparencias de alabastro;

¿por cuál disgregación o desviación de las fuerzas primitivas de la raza, o por cuál armoniosa transformación de las leyes atávicas, yo, el heredero de esos hombres rudos, héroes de acción puramente animal, nacidos y vividos en el movimiento sin tregua, era un soñador, un especulativo, un inerte, al cual el más pequeño esfuerzo físico le causaba una aversión intolerable?

esta autopsicología, esta autoquímica de mi alma, no me preocupa ahora; constato el hecho, no lo analizo; los fenómenos de mi vida interior, visibles a la intensa acuidad de mis ojos espirituales, desarrollaban mi visión in-

terna dejando ver al desnudo mi alma en formación, ya ondeante, inasible, soberbia y tempestuosa, violentamente orientada hacia los lejanos y quiméricos horizontes de la idealidad; mi espíritu subtilizado en la soledad, fatigado de girar en un círculo restringido de ideas, tornó por ley de regresión, hacia el amor desmesurado de la Naturaleza, que había sido el dios de mis abuelos;

y, la vi y la amé con *conciencia artística*, la más alta conciencia que el ser humano puede sacar de las profundidades de sí mismo; la conciencia heroica y voluptuosa, la sola que puede abarcar el conocimiento de la Realidad y del Misterio, y acercarse con alas impalpables, al gran desideratum de la Vida;

ellos habían *mirado*, con amor la Naturaleza; yo la *veía;* ellos la habían amado; yo la comprendía;

toda la pasión animal de aquellos hombres de trabajo, se hizo en mí, pasión intelectual, admiración de pensamiento; el corazón de la raza vibraba en mi cerebro; el amor violento y confuso de aquellos hombres de la gleba, por su madre Tierra, esplendorosa, se hizo en mí, un amor intelectual, intenso y alto, una atracción magnética, que me llenaba de impresiones desconocidas, de motivos de pen-

samiento, de amplias y sonoras sensaciones luminosas;

y, mi alma, inclinada a la contemplación, en el seno augusto y sereno de la soledad, vió surgir ante ella la visión grandiosa del Arte, alzándose del fondo mismo de las cosas que miraba, y, fué hacia ella;

la Naturaleza, se reveló a mi alma, con un seno repleto de bellezas, y mis ojos ávidos de mirar, miraron la maravilla de las cosas, que se extendían ante mí, confusas, imprecisas y radiosas, como la visión tierna de un gran cuadro mural, desvanecido por el tiempo;

¡oh, el alma eterna de las cosas, más complicada que las cosas eternas del alma!

una tenaz exultación de la materia, un amor, un designio generoso de despertar a la vida el corazón inanimado de la tierra, me poseyó; y, me embriagaba de luz ante los paisajes abiertos a mis ojos, y permanecía como ciego, deslumbrado, extático, ante la visión fulgurante de la luz, que incendiaba los horizontes desmesurados;

fuí un enamorado del paisaje; el verde se hizo el punto de partida de todas mis sensaciones; la óptica se hizo el receptáculo de todas las emociones de mi cuerpo; y mi alma

se incendiaba, de un incendio interior, como por el soplo de una gran llama divina;

una gloriosa Epifanía se hizo en mí; y, ante la visión del Arte, que abría el infinito de sus cielos a mis ojos, mi alma quedó, como una Esfinge pensativa, con las alas aprisionadas ante los soles inconmensurables, que iluminan la visión alucinante del desierto;

y, mi alma, quiso ir hacia la inmortal Belleza, en un vuelo perdurable hacia la Gloria;

ser un animador de la Naturaleza inerme, un hacedor de alma para las cosas, un evocador de la vida, en la muerte aparente de tanto ser inanimado, que no espera sino un beso de amor para vivir: he ahí el sueño que me aprisionó;

inmovilizar por el pincel, lo que mis abuelos embellecieron por el arado, resucitar por la magia del color, lo que ellos fecundaron por la fuerza del sudor; pintar con mis manos, lo que ellos decoraron con las suyas; inmortalizar lo que ellos amaron; ser un Pintor; he ahí el anhelo que surgió súbitamente en mi alma;

y, fuí el prisionero de mi sueño; Delia me alentaba en este vuelo de fantasía, y secundaba mis coloquios de adoración al Arte, con la sinfonía ingenua y suave de sus palabras,

cuando lentamente recorríamos los campos, ebrios de amor, y, ella, como una hada pensativa, extendía como un flúido en torno suyo, el esplendor de su belleza boticeliana, que parecía hallar su cuadro natural, en el paisaje de gracia agreste, y de melancolía suntuosa, que nos rodeaba...

exuberante de gracia y de bondad, me escuchaba arrojar el germen de mis idealidades, en el surco abierto en mi corazón, sobre el cual cantaba mi alma, como un pájaro extático en la apoteosis del sol;

y, al contacto de mis sueños, su rostro se animaba, con una vida luminosa de transfiguración, y se hacía más grave su belleza de eternidad, belleza áurea y frágil, hecha como para no inmovilizarse en las cosas precarias de la vida;

y, hablábamos entonces de cosas altas, vagas y deliciosas, saturadas de tristeza, puras como su corazón, blancas como sus manos sensitivas, sus manos exquisitas, que estrechaban suavemente las mías;

¡sus manos eucarísticas, como hechas de anémonas y esencia de jazmín! sus manos de belleza extraordinaria, flores de Piedad y de Perdón, manos hechas para cruzarse extáticas sobre el pecho, o juntarse férvidas en la ple-

garia; ¡manos de adoración, manos de éxtasis, hechas para alzarse temblorosas ante Dios, pero, no hechas para retener ni para encadenar! manos para la ofrenda y el incienso, rehacias a la caricia y al amor;

¡manos inolvidables! ¡oh, manos adorables!

¡oh, el prestigio sagrado de las manos! ¡las manos que son rosas, las manos que son lirios, las manos que acarician como una bendición! ¡las manos de la madre, las manos de la amada, las manos que en el cielo sereno del Silencio, diseñan su gran gesto de Paz y de Perdón!

¡oh, manos redentoras! ¡oh, manos adoradas!

¡a dónde ese Poema?

¡a dónde esa canción?...

*

Mi padre no me comprendía; mirándome con inquietud, la limpidez de su alma y de su mirada se turbaban; trataban de penetrar en mí, y se replegaban vencidas, cuasi indiferentes, como si hubiesen dejado de lado el alma de un extraño, que agonizara lejos del radio de su conciencia, calmada y dulce;

le sucedía a veces, inquietarse, mirando mi frente palidecer en el azul de la tarde, cargada de pensamientos, grave como un ostensorio donde brillase un rayo de sol, extinguiéndose dulcemente;

y, hablaba entonces a mi madre, y, yo, los sentía cuchichear cuando en las noches se detenían cerca a mi lecho, creyéndome dormido, y hablaban cosas de angustia y de temor, mientras mi padre, con gestos conmovedores,

me rodeaba con sus fuertes brazos de titán, y mi madre extendía sobre mi cabeza sus manos blancas, que parecían alas;

físicamente, yo era un adolescente delgado, pálido, demasiado alto para sus diez y siete años, con un rostro demasiado serio, demasiado melancólico, con una rara melancolía estremecida y vibrante, que se extendía por todo él, como una emoción, y, se refugiaba como en un foco lunar, en los ojos meditativos, profundos, obscuros entre el espeso cerco azul que los rodeaba como un disco tenebroso, y la sombra de las pestañas, negras como la cabellera desordenada y recia, que caía habitualmente sobre la frente;

no era ese el tipo sanguíneo, fuerte, algo montaraz, que mi padre hubiera deseado para la perpetuación de su raza;

de ahí, que su amor hacia mí, cuyo temperamento físico y moral era una gran desilusión de su espíritu, estuviese saturado de esa especie de conmiseración tierna, que se tiene por los hijos enfermos o deformes;

yo, era para él, un enfermo, y él, sufría de esa idea, rodeándome de toda especie de agasajos;

nuestros corazones estaban juntos por el afecto, pero nuestras almas estaban distantes,

tan distantes, que no alcanzaban a columbrarse;

no pudiendo estar permanentemente conmigo, sabiéndome absolutamente inapto para las faenas del campo, me dejaba confiado al amor de mi madre, libre para la elección de una carrera, seguro de que, como él, decía, refiriéndose a nuestra cuantiosísima fortuna: siempre tendría con qué vivir, sin preocuparme de trabajar ni de estudiar;

así, cuando mi madre le participó mi deseo de continuar en casa mis estudios de dibujo, ya muy avanzados en el colegio, y de dedicarme por completo a la pintura, accedió gustoso, como hubiera dado gusto a cualquiera otro de los que él, creía caprichos de mi temperamento enfermo;

mi madre fué feliz de esta resolución, que no le arrebataba ya su hijo, para llevarlo a un colegio, y Delia, a esta noticia, demostró, por primera vez, que un rayo de felicidad inundaba su alma;

mi vida, tomaba así, un esplendor nuevo, una orientación mejor hacia destinos más altos;

bien pronto, el Maestro, que debiera hacer la labor de mi cultura artística, fué hallado;

era un viejo pintor italiano, que ambulaba

por aquel entonces, en las capillas y pueblos cercanos, restaurando cuadros de innobles advocaciones que el pueblo aureolaba de milagros, poblando de mudas evocaciones de Belleza, iglesias rurales, donde no se posaría nunca la mirada de un hombre consciente, embelleciendo con creaciones maravillosas, muros humildes de oratorios agrestes, alzados a la vera de caminos solitarios, o sobre los picos enhiestos de montes dormidos bajo las tempestades, y, poblando las naves de los templos superandinos, con admirables reminiscencias de Siena y de Volterra;

Giovanni Giovannelli, se llamaba el pintor errante, que gastaba en las desgracias estériles del exilio las energías de su alma helénica, su caudal prodigioso de ciencia pictural, que ejercido en plena barbarie, iba como un río desconocido, camino del desierto, hacia la muerte;

nada más conmovedoramente pintoresco, que su aspecto de filósofo troglodita, que recordaba a las mentes algo avisadas, las figuras de los pintores trashumantes del Renacimiento;

con su vestido de pana azul, descolorado por las lluvias y su gorra de paño inclinada sobre la oreja, semejaba un artista bohemio

del *Quartier latin*, pero la gravedad impasible del rostro, las hondas arrugas, la luenga barba inculta, le daban tal aire de austeridad, que comandaba el respeto; en su frente había como un resplandor de ergástula ascética; imaginaos algo del faunesco rostro verlainiano, y, de la hirsuta melancolía brumosa del de Tolstoi, y, tendréis una idea del de Giovanni Giovannelli, pero con rasgos acentuados de fuerza que no tuvo nunca el autor del *Relicario*, siempre en lágrimas, y una expresión de implacable rencor, que no tuvo nunca la mirada nebulosa y contemplativa del Apóstol Sármata;

y, Giovanni Giovannelli no era sólo un pintor admirable de rara erudición pictórica, un conocedor consciente y profundo de los grandes maestros de todas las edades, un técnico poseedor de los secretos de la línea y del color, de los elementos constitutivos de la luz, del análisis de las tonalidades y el contraste armónico de las coloraciones; era un tradicionalista y un modernista al mismo tiempo;

como todo artista genial, era un innovador; su técnica sabia, lo impulsaba al amor de las formas exactas, del dibujo impecable, sin el cual la pintura no es sino una aberración de colores y, una danza macabra de líneas; pero,

como era antes que todo y por sobre todo, un gran sensitivo, un gran poeta, en él, cantaban los colores con una vibralidad atmosférica luminosa; todo en él, era ritmo, armonía y ondas sonoras;

era una grande alma lírica, perdidamente enamorada de la luz; el Arte, era a su cerebro, una inmensa sinfonía luminosa, una vasta tela de claridad, donde el dinamismo universal, los organismos todos de la vida, estaban animados por un ritmo continuo de gamas cromáticas intensas; era un primitivo y un impresionista al mismo tiempo; pero, más que todo, era un aislado, un revolucionario a lo Gauguin, tenía la ferocidad concentrada y agresiva de Vinci, del cual se proclamaba discípulo y con el cual conservaba una vaga semejanza en los extraños ojos amatistas, y el corte de la barba nazarena;

desterrado, desdeñado, humillado, perdido en su mundo interior de colores, aquel gran sublevado, vivía el sueño de sus propias visiones, versicolor y tumultuoso, fuerte en la nobleza desmesurada, en la desesperación altanera de su alma, condenada a todos los silencios, por la depresión afónica del medio moral en que vivía, carente de ondas sonoras

para la repercusión del pensamiento, en las formas grandiosas del Arte;

nacido en Florencia, como el terrible Alighieri, del cual tenía el alma soberbia y vindicativa, habiendo crecido en los mismos lugares que inmortalizó el teólogo lírico, era como aquel doctor místico de la rima, un alucinado, un revolucionario y un poeta;

había esparcido la fuerza y el ardor apasionado de su espíritu, ya en prosas de polémica magistral, que recordaban los incendios apocalípticos de Alfieri, ora en poemas de exquisita factura, que tenían en su mágico encanto la pureza de líneas de un olivar toscano, la misteriosa diafanidad del cielo florentino y la fluidez taciturna, la iluminación tierna y roja, que da un sol de estío, sobre la colina clásica de San Miniato;

expulsado de su país por cosas revolucionarias, porque era un anarquista, uno de esos niveladores y destructores, sacerdotes del gran Enigma, apóstoles de ese nuevo Cristo, que avanza lentamente, por sobre el mundo en ruinas; de esos mártires que el mundo ejecuta hoy, y que adorarán mañana, cuando de nuevo los patíbulos donde expira la Verdad, se tornen en señales redentoras y glorias del altar; uno de esos héroes, hechos para subir

a los pináculos sangrientos, donde esperan su hora, incomprendidos, resignados, sonrientes ante la plebe bárbara, y, el Pretorio en furia, resignados y sublimes, suspendidos en su agonía sobre la cima sangrienta, en el claro obscuro de la Historia, en las soledades hostiles, donde se agoniza sin aureola, y, se muere sin gloria, ante los hombres y los cielos impasibles, sin un estremecimiento de Apoteosis...

sin patria, sin familia, peregrinaba por el mundo, en espera apasionada de triunfos que juzgaba ciertos, engañando su ardor febril, con ejercicios de Arte, en los cuales, como un nabab disfrazado de mendigo, dejaba caer la pedrería mágica de sus creaciones, como un cofre de perlas, sobre esos pueblos bárbaros, recorriendo a pie los caminos intransitables, decorando templos, y pintando santos, bajo la mirada de curas intonsos, que hacían observaciones al encanto singular de sus madonas que habría firmado Sanzio, y a las coloraciones de sus ángeles extáticos, que habría tomado por suyos Cimabúes;

tendiendo a revelarse a sí mismo, en las obras en que la creación inmóvil de su pensamiento, reflejaba, con el *poder* consciente de su potencia creadora, el estado doloroso y

atormentado de su alma, trabajaba en secreto, por sus sueños infinitos de reivindicaciones definitivas; todas sus creaciones, agitadas y múltiples, tenían, aun en el éxtasis, no sé qué gesto heroico, qué soplo de idealidad indómita, como si en los ojos torturados de los mártires, extáticos de voluptuosidad, en las pupilas de sufrimiento voluntariamente ciegas al alivio, en las miradas de los supliciados, rebeldes a impetrar misericordia, corriese un extraño estremecimiento de revancha, un soplo de esperanza exterminadora, un sombrío, febricitante paroxismo de venganzas lejanas... todos aquellos santos tenían intensos gestos rebeldes, bajo la unción de sus miradas beatíficas, de sus halos de glorificación y de las coronas que nimbaban sus frentes de grandes elegidos de la Histeria;

de sus madonas a sus mendigos, todos tenían ojos misteriosos, interrogadores, llenos de una intensidad devoradora y alucinante, y rostros exangües de vigilias, de maceraciones, de expectativas desesperantes, rostros de una lividez de celda, de ergástula y de patíbulo;

tal Cristo suyo, clorótico y demacrado, bello como el Cristo de las tardes de Emmaüs, bajo el torrente de cabellos negros, sombrean-

do su frente angosta, haciendo más profunda la mirada, cuasi agresiva de sus ojos inmensos de zafiro, daba la impresión de un agitador de muchedumbres, de un revolucionario arengando a la plebe, sembrando la conmoción, haciendo germinar las grandes justicias, al soplo de su palabra profética, sembradora de la tempestad en el espacio... y, blanco y lívido, en su demacradez de hambre y de vigilia, que dibujaba su cuerpo oseoso, tras de la túnica casi harapienta, era bajo la noche de sus pensamientos y de su angustia, la encarnación, el símbolo, la humanización tangible del Pueblo, de la grande alma colectiva y dolorosa; la Humanidad hambreada y miserable;

sus ángeles eran tristes, como bellos hijos de mendigos, abriendo sus ojos tiernos sobre el mundo hostil a su miseria; flores de hambre, cándidas y febricitantes, que daba pena contemplar;

sus vírgenes eran tristes, graves, meditativas, flores de nácar bajo cielos de otoño, con delicadezas tenues de juncos inverosímiles, y en sus ojos de esmaltes, quietos, impenetrables como una agua muerta, pasaba el estremecimiento de un largo, profundo y voluptuoso delirio de dolor, una mareante ondula-

ción lívida, como de grandes olas de cenizas, cual si todos los volcanes ocultos de la tierra, humeasen y llameasen en la serenidad pérfida de aquellas pupilas húmedas y glaucas... y, el águila teologal de las grandes revelaciones, parecía opiatizada o prisionera en aquellas bocas pálidas, desdeñosas, sobre cuyos labios sinuosos, y delgados como una interrogación, parecían haberse posado, las cien alas silenciosas y enormes del Enigma...

... ...

y, ese mismo soplo de revelación heroica que animaba sus creaciones picturales, pasaba engrandecido, por los períodos de su prosa musical, ardiente y sonora, llena de un poderoso aliento lírico, del cual emanaba un encanto de fuego, como el del Vesubio ardiendo bajo el cristal sereno de los cielos opulentos;

todo el hechizo contenido en las formas silenciosas de sus cuadros, estallaba como una armonía innumerable, en los ritmos de su palabra, reveladores de todo el poder divino de la música verbal;

era el cautivador;

sus escritos, truncos, como grandes bloques

marmóreos, tenían la elocuencia sagrada de un himno guerrero; eran un clamor bajo las estrellas;

en esa trasfiguración de su genio irradiando en la prosa escrita, resultaba ser un profeta, en cuya floración gigantesca de sentencias, parecía condensado el sueño de todos los visionarios, a quienes les fué dado el don divino, de adivinar y decir al mundo, los destinos de las razas, y hablar en las horas cíclicas de la Historia, clamando sobre el frenesí de los pueblos en derrota;

era un Poeta enorme y desconcertante, cuyas creaciones daban el vértigo del abismo y de las cimas;

sus frases contorsionadas semejaban restos de una convulsión planetaria, fragmentos de un desgarramiento geológico, visto a la luz espectral de un sol de apocalipsis; estaban dotadas de una fuerte Belleza, de una musculatura talmente vigorosa y hercúlea, de tal intensidad de visión, de tal fuerza adivinatoria y profética, que de Isaías a Píndaro, y de Píndaro a Hugo, la fuerza terrible de las cosas ocultas y divinas no había sido cantada igual, ni la cristalización de la cólera ígnea, fulguró mejor que en estas estalactitas milagrosas, que como un pórtico de fuerza, alzó

la fiebre lírica del genio, en la frontera misma del prodigio;

leyéndolo, los espíritus débiles debían sentir la impresión del anonadamiento, y plegarse, como un zócalo demasiado débil, bajo el peso de una estatua...

las bellezas del estilo envolvían y adornaban aquellas inmágines de la fuerza, como la hiedra enredada en el pecho de un centauro, como briznas de helechos en las melenas de un león que ha atravesado la selva, como hace la arena brillante del desierto, manto de oro sobre las alas plegadas y la grupa opulenta de la Esfinge;

era un evocador y un dominador;

fué para mí, el Iniciador;

fué con un golpe de su mano de titán, que abrió ante mí las puertas áureas del templo del Arte, esmaltadas de las siete gemas simbólicas, y me mostró, allá, en la penumbra sagrada, erectos en su inmortal blancura, los altares luminosos de la Verdad, y la Belleza;

y, fuímos hacia ellos;

como de una crisálida informe, mi pensamiento, nació, surgió, se alzó en espiral de mi cerebro al influjo de aquella palabra acariciadora y luminosa;... todo lo que de noble había en mí, se movió armoniosamente hacia

la Verdad, y hacia la Belleza, súbitamente orientado por la potencia mágica de aquel verbo, después del cual yo no he sentido la palabra hablada, tener igual imperio en otros labios humanos...

... ...

... ...

fué en el campo, en el divino silencio de las tardes serenas y calmadas, en las horas reflexivas y graves del estudio, bajo la mirada inquietante de sus ojos azules y fríos, de una dureza luminosa de esmalte, que mi espíritu tuvo la revelación y la visión de las cosas profundas de la Naturaleza, y el sentido de la vida le fué revelado;

aquel ser, todo de energía y de venganza, aquel apasionado del rencor, se dulcificaba como por encanto, se desarmaba al contacto con la belleza inerme, impecable de la tierra, se transfiguraba ante ella, cual si sintiese la divinización súbita de su alma, y de las cosas surgir a ese contacto, al juego de los colores, a la vibración de las ondas luminosas, que radiantes y difusas, se extendían sobre la limpidez de los horizontes, haciendo brotar, como de un ofrendario misterioso, mil bellezas ocultas, de los senos recónditos del campo, cuando en peregrinación artística íbamos por

los senderos, buscando, con ojos inquisidores de Belleza, donde poner nuestro caballete y, alzar nuestro taller de pintores ambulantes;

el verde armonioso, interminable de las praderas místicas; la línea sinuosa de las cordilleras multiformes, en su unión difusa con las nubes; la serenidad aérea, cuasi irreal, de los horizontes, interrumpida a veces por el estremecimiento de vuelos lejanos; los lagos especulares, hechos negros bajo la sombra violácea de los cipreses del llano; la prismatización de los paisajes, dilatándose en la visión hasta las opacidades del ensueño; la gradación lenta y sabia de la luz, sobre el declive abrupto de los montes; la tenuidad de sus matices en la lenta infiltración por los ramajes obscuros; la forma y el espíritu mudos y latentes de los seres inanimados y dispersos, llegaban a su alma engrandecidos por la intensidad luminosa de su visión artística, y, brotaban de su paleta divinizados por la ejecución magnífica de su genio;

yo, seguía con ojos de alma sus vuelos atrevidos por los cielos del Arte, en su doble orientación hacia la Verdad, y hacia la Belleza, que eran los polos inmóviles, sobre los cuales se apoyaba su vida toda, su grande alma de artista y redentor;

y, en una genésica aspiración cariñosa, él trataba de crear en mí, una alma nueva, queriendo hacerla como la suya, suntuosa de Belleza y de Idealidad flameante de fuego interno, inexorablemente orientada hacia el sacrificio, hacia la energía y hacia la acción;

y, se empeñaba en modelar en la cera de mi temperamento mórbido, las creaciones hercúleas de sus mármoles heroicos;

y, deseando sentirme inflamado por sus revelaciones, agitaba ante mí la antorcha rojiza y crepitante de su verbo, la fogosidad intensa de sus visiones, que daban la impresión de un tropel de leones escapados de un incendio, de un combate lejano de olas en la sombra;

¡oh, las grandes y bellas cosas de que me hablaba gravemente, largamente, en las grandes tardes apacibles, en que al encanto muelle de una dulzura primaveral, como embriagada por un filtro de divinas indolencias, por el sortilegio extraño que parecía alzarse del silencio y de las aguas, mi alma bogaba en el mar voluptuoso del ensueño, mientras él la llamaba con llamadas desesperadas hacia las grandes emociones de la fuerza, de la lucha y, de la vida;

y, mientras envuelto en las nubes de sus cóleras, como en un manto de fuego, él me

mostraba en los cielos lejanos, negros por el horror de las tormentas futuras, las estrellas aun pálidas de las liberaciones humanas, mi espíritu, sordo a los gritos de la fuerza, iba por otros cielos, buscando a través del misterio de las nubes, las luces blancas que como asfodelos de perla, anuncian en la bruma nostálgica el país glauco del Ensueño, por cuyas costas de contornos suaves, pasa el amor en un largo estremecimiento, con caricias de ondas de ópalo, bajo cielos florecidos con azahares de luz;

el alma sagaz y penetrante que era Giovanni Giovannelli, no tardó en comprender que tenía entre sus manos el alma inerme y maleable de un soñador, adusto y despótico, pero rebelde al sacrificio, ajeno al amor tormentoso de las multitudes, y se dedicó a cultivar en mí, el artista exquisito, que según él, debía ser yo;

la filosofía asoladora de Giovanni Giovannelli, no halló nada que destruir en mí; pasó como un viento sobre el desierto, sin ajar ninguna flor; aquel gran soplo, destructor de quimeras, no halló nada que tumbar; en mí, todo estaba caído; mi alma no era un templo en ruinas, era simplemente un templo sin deidades; ni fragmentos de estatuas olímpicas, ni tor-

sos de dioses contorsionados había en ella; allí no había dios; la sombra del mito formidable, no extendía allí sus alas de quimera; las murallas de mi fe no podían quebrantarse y caer al grito poderoso de aquella voz libertadora, por una razón muy sencilla: yo no había tenido nunca fe; yo había practicado y continuaba en practicar, la religión de mi madre; nunca había preguntado a las imágenes mudas, cuyo simbolismo no penetró jamás en mi corazón, el porqué de sus actitudes dolorosas, ni el porqué de su adoración; esos mitos inermes sin aureolas, pasaban ante mí, ofendiendo mis pupilas con la cacofonía de sus colores y martirizando mi noción innata de la belleza, con el horror de sus figuras antiestéticas, pero, sin decir nada a mi alma, sobre el sentido oculto de su mitología, sobre el sol de verdad que pretendía ostentar en sus coronas de talco; ni yo me preocupaba de interrogarlos; la indiferencia religiosa, es más fatal a las creencias que la negación absoluta; la negación supone un fervor, el fervor de destruir y de crear; la indiferencia no supone nada, sino el desdén, un desdén insultante y abrumador, para las quimeras y aparatos decorativos de la Fe;

la negación es un entusiasmo, indica siem-

pre una fe en sentido contrario; la indiferencia no indica nada, sino lo innecesario, la inanidad, la imbecilidad de las cosas de la Fe; la negación es una pasión; la indiferencia no; un irreligioso es siempre un creyente; un indiferente no; el irreligioso persigue y destruye, porque tiene ideales nuevos, creencias nuevas, necesidad de crear y reformar: el indiferente no destruye porque no cree, y como no cree, no tiene el ideal de crear; de un irreligioso puede hacerse un creyente; de un indiferente jamás; la indiferencia no es la muerte de la Fe, es la absoluta inaptitud a producirla; es la incapacidad de creer; los negadores son grandes apóstoles; pero, sólo los indiferentes son grandes filósofos; la Filosofía es la Indiferencia; Epitecto es su profeta; la irreligiosidad es un Ideal, la indiferencia es un temperamento;

nada igual al asombro de Giovanni Giovannelli, cuando pudo, inclinándose sobre mi alma, ver en ella la absoluta desolación, la absoluta esterilidad, de cosas de la Fe, y no escuchó salir de ella el grito humano, ese grito de impetración a lo infinito y lo absoluto, que sale de todas las almas y va clamoroso, en un vértigo de esperanza, hacia los cielos desiertos donde impera la impenetrable Nada;

y, él, el gran negador, retrocedió asombrado; su entusiasmo heroico no comprendía la indiferencia; creer, creer, era para él, una necesidad; creer, una forma de amar, amar, la única razón de vivir; su alma vibrante y lúcida, dada a todos los esfuerzos y todos los heroísmos, no comprendía esta quietud ambiente, sin los delirios de la destrucción, sin la fiebre ambiciosa de las liberaciones humanas;

y, apasionadamente, tiernamente, miró en mí, como en el fondo de una agua profunda, y mi alma toda le fué revelada y visibles se le hicieron los rincones más recónditos de mi pensamiento, y vió con asombro, como en el fondo de una basca de mármol, unida, sólida, inquebrantable, la Indiferencia, ser el fondo, todo el fondo de mi alma;

indiferencia religiosa, indiferencia política... un desdén que era casi una náusea, por esos tumultos imbéciles creadores de ídolos y de amos, exultaciones fanáticas, obstinaciones viles e inútiles, apoteóticas de divinidades sangrientas, y de humanidades sanguinarias;

un desprecio abrumador por los dioses y los hombres;

—¿Y, el pueblo?

—Una creación, quimérica, como Dios.

—¿Y, la libertad?

—Una explotación vil como la religiosidad;

y, Giovanni Giovannelli, retrocedió herido de dolor ante el abismo de aquella alma, que como una rosa muerta, no exhalaba de sí, el inmenso perfume de los inciensos divinos, y de las grandes cosas humanas; alma insonora, sin la vibración de los grandes himnos con que las religiones han llenado el mundo, y sin la persecución de los grandes gritos con que las multitudes han llenado la Historia; alma cerrada a toda emoción colectiva, aislada en sí misma, como en los jardines mortales de una Sión crepuscular;

y, aquella alma de acción, miró aterrorizada aquella alma de meditación, que a su vista reculaba en la sombra milenaria, allá muy lejos, en soledades estelares;

no creer en Dios, le parecía lógico; no creer en el Pueblo, le parecía absurdo; no perseguir la religiosidad le parecía cobarde, pero, no servir la Libertad le parecía vil;

amarse a sí mismo, más que a la Humanidad, le parecía un crimen;

¿cómo podía vivirse así fuera de la lucha, es decir, fuera de la vida?

¿cómo no vivir para los otros? fuera del gesto heroico no había grandeza; el sacrificio es la ventura;

luchar es vivir, decía él;

pensar es vivir, decía yo;

y, él escuchaba bien el desbordamiento de vida que había en mi cerebro, lleno de pensamientos bellos e inexpresados, tendidos como una plegaria hacia las más altas formas de la vida... y, vió que mi cabeza desgraciada y pensativa se alzaba en la bruma de mis sueños como una interrogación, como una gran rosa blanca, cargada de deseo...

y, comprendió en mí, que había un culto más alto que el de la Libertad, y el de la Religión; el culto del Arte; y, se inclinó ante él, ante mi heroica juventud, resuelta a dedicarse a ese culto, vivo en los esplendores del pasado, y, que, por el ritmo ideal del sonido, del color, y de la forma, ha sostenido en el mundo el culto ideal de la Belleza;

y, así, mi alma de soñador vivió libre cerca al alma de aquel luchador que tenía el atractivo poderoso, irresistible de los mares;

y, nuestros sueños infatigables siguieron sus vuelos paralelos en la inmensidad, por sobre el vacío y la sed de nuestros corazones

desolados en su mendicidad, por sobre la miseria de nuestras almas supliciadas, en su esfuerzo generoso hacia las cimas del Ideal;

y, escuchábamos en el silencio, con los ojos desmesuradamente abiertos hacia la verdad;

el dolor, es el corazón del Arte.

*

A pesar de ser yo un cerebral, en quien el corazón no existía, al decir de Giovanni Giovannelli, o residía en el organismo en la triste condición de víscera atrofiada, mi amor por Delia continuaba en llenar mi vida de un perfume intenso de casta poesía;

a pesar de no creer con Giovanni Giovannelli, que el amor es una prueba de inferioridad intelectual, y que cualquiera que sea la forma de que se revista, no es más que la bestialidad coronada de flores, yo, no era ni he sido nunca un sentimental;

así como mi infancia pasada siempre en el campo, mi natural meditativo y una rara natural aristocracia de espíritu, me habían mantenido lejos de las promiscuidades y prostituciones en que otros mancillaban su adoles-

cencia, así mi falta absoluta de lecturas pasionales mantenía mi espíritu lejos de las crisis agudas de la sentimentalidad;

la sensualidad, que había de ser el aguijón implacable, y el impulsor terrible de mi vida, dormía entre las flores de mi castidad, como una pantera atada con un collar de lirios;

mi amor, o mejor dicho nuestro amor, era algo tan ideal, tan puro, tan incorpóreo, que era más bien una fraternidad enamorada, la que florecía sobre nuestros labios y en nuestras almas;

por eso, mi madre, que leía bien en nuestros corazones, como saben sólo leer las madres, las videntes dolorosas de la vida, pudo dar amplio campo a la caridad de su corazón, recogiendo a Delia, y poniéndola bajo nuestro techo, cuando su padre, depuesto por incontinencia, del puesto que desempeñaba, huyó con su querida, ofreciendo volver luego por su hija, que recomendó a mi madre, con promesas pomposas de pensión alimenticia;

y, Delia, vivió así al lado nuestro, cerca de mí, cariñosa y dócil como una hermana, creciendo en belleza y en bondad, como una gran flor lánguida y efímera, cuyo perfume de suavidad, lejos de hablar a los sentidos, hablaba únicamente al alma, como una vibra-

ción de esperanza, algo dulce de ver y de escuchar, algo nacido para probar que la pureza profunda es también una cosa de la tierra;

¡flor extraña y vesperal, con pétalos de muerte y olor de eternidad!

nuestro amor era hecho de respeto, de tristeza y de adoración, talmente puro, que al abrazarnos semejábamos dos hermanos dolorosos, que una igual pena desgarra el corazón;

en un recogimiento común, que era como una evocación de cosas delicadas, ella levantaba a mí sus ojos puros, como dos llamas de cirios sagrados, y me decía, inclinando hacia mí su rostro, que la sombra hacía de una palidez astral:

—Yo sé que el gran soplo de tristeza que nos envuelve, viene de mi corazón; tu dolor soy yo; es el espectro de mi vida, lo que entenebrece la tuya; yo debiera irme, sí, irme donde mi madre me llama; pero, ¿qué quieres? la alegría me es prohibida; la alegría no está en mi corazón; la alegría es hija de la ventura; la tristeza es la hermana del dolor; mi tristeza contagia tu alma;

yo siento que anublo tu juventud radiosa; el ave divina de la vida que canta en ti, se calla a mi aproximación: ¿es mi egoísmo

quien te encadena a mi melancolía? oh, no, es mi amor; es mi amor infinito que me hace vivir; perdóname mi amor;

y, cruzaba sobre el pecho sus dos manos exangües, como dos palmas en cruz;

y, yo me inclinaba sobre el deseo de su boca, lleno de silencios embalsamados, como un prado en flor y estrechaba contra mi corazón el suyo, lleno de espantos dolorosos y permanecíamos así abrazados como dos sombras, entre el lento desfloramiento de los geranios que la cubrían de pétalos, como una apoteosis de blancuras, menos blancas que su rostro de camelia, que su cuello frágil, y la línea que bajaba hasta el nacimiento de sus senos de alabastro, que temblaban dulcemente como dos golondrinas asustadas;

y, yo, le murmuraba mi amor con palabras ardientes sí, pero de un ardor tenue, como llamas azulosas de alcohol, sin el rojo de las grandes pasiones carnales, sin el fuego de la sensualidad que quema las flores del Amor, como el sol estival de los trópicos marchita y descolora la blancura nívea de los rosales fastuosos;

el calor de mi pasión era temperado, sereno, como el rayo lejano de una estrella en la opalización difusa de un horizonte inerte;

y, vagábamos así por la llanura, en una melancolía infinitamente dulce, llenos de un amor material por las cosas que nos rodeaban, como magnetizados, hipnóticos, en la calma abacial de la campiña, en el horizonte verde y azul de los montes y de los lagos;

y, ella gozaba en permanecer largos ratos cerca al agua, quieta, atornasolada y profunda de los estanques, que como antiguos espejos de acero obscurecidos por los siglos, reproducían en su opacidad borrosa, la silueta blanca y frágil de su belleza hiperdulia, nimbada de asfodelos;

otras veces, mientras el sol vibraba sobre nuestras cabezas sus más blondos rayos, evocadores de poemas de luz, ella, se acodaba melancólica a la barandilla de un puente y quedaba horas enteras absorta, viendo correr el río, inclinada hacia el abismo de las olas, como si éstas la llamasen con gestos desesperados de amor, como si le gritasen, con voces misteriosas, de un extraño encanto...

y, quedaba así, inmóvil, como un gran símbolo vencido, pronto a desaparecer bajo las linfas de una fuente sagrada;

—¿Ves?, me decía en ocasiones, mostrándome las burbujas azules que hacía el agua

en la quietud traidora de un remanso profundo;

—Esos son los ojos de mi madre; el alma de ella vive en las aguas y me llama desde allá; el alma de las aguas es cariñosa y consoladora; es el alma de la quietud y del reposo; mi madre halló en ellas la ventura; ¿por qué temblar ante el espanto de la vida, mientras hayan aguas misericordiosas?

y, como replegada sobre su ser interior, callaba entonces, hundiendo su mirada ávida de misterio y de muerte en la bruma violácea y difusa de las aguas obscuras y profundas;

no se adornaba nunca la cabeza, no ponía jamás sobre su seno, sino flores acuáticas, arrancadas por ella misma de los islotes movibles o los juncales del lago;

y, nunca se mostró más bella, que en esa decoración de aguas, adecuada a su belleza, donde sus gestos lentos y graves, sus palabras suaves y tiernas, tenían proyecciones y sonoridades extrañas, vaporosa como una evocación divinamente ideal, coronada de nenúfares nocturnos, que semejaban ópalos fantásticos en el torrente áureo y flúido de su cabellera astral;

con una sonrisa triste, solía ofrecerme los nínfeos húmedos para que los prendiese a su

pecho, después de haberlos besado, con la pasión fraternal de una amadríada besando un silfo marino;

—Son las flores de mi madre, tú, no puedes imaginarte lo que gozo cuando tengo las manos llenas de todas estas cosas blancas, blancas como mortajas, decía rompiendo soñadora, como somnambulizada, las flores tristes, que caían a sus vestidos y a sus pies, como un gran manto lúgubre;

y, regresábamos a casa, entre el gran soplo de renovación que subía del campo crepuscular, al cielo maravillosamente puro, tratando de acallar nuestros grandes sueños turbados y dolorosos, mientras la gran luz roja desaparecía del horizonte y la noche pacífica bajaba del cielo y se extendía sobre los horizontes prodigiosamente lejanos...

Un rayo de alegría, como una gloria de sol, vino de súbito a iluminar nuestra tristeza, a rarificar el ambiente opresor de nuestras neurosis implacables;

mi madre recibió una carta de uno de sus hermanos, residente entonces, en un pueblo de tierras cálidas, anunciándole que Aureliana, su hija mayor, pronta a casarse, venía, antes del matrimonio, a pasar con nosotros un mes, para robustecer su salud en un clima frío, y a invitarnos y hacernos la participación de su enlace;

yo, apenas recordaba vagamente a mi prima, de tres años mayor que yo, y a quien había visto de niño dos o tres veces, durante algunas fiestas de su pueblo natal, y, así recibí indiferente la noticia de su próximo arribo;

en la atmósfera de soledad, de tristezas, de turbación y como de estupor extraño en que vivíamos, la presencia de un ser nuevo, ajeno a nuestra vida, venía a perturbarnos y a inquietarnos a todos; y, fuimos tácita, silenciosamente hostiles a aquella que debía venir; teníamos como el pudor y la inquietud de nuestras pobres almas cerradas, de nuestras vidas meditativas y claustrales;

y, Aureliana vino;

radiosa de juventud, de belleza, de alegría, su llegada fué como una irrupción de aire y de sol al abrir las ventanas largo tiempo cerradas, del aposento de un enfermo;

su alta talla opulenta, sus contornos bien delineados y fuertes, como una virgen de Tieppolo, el encanto violento y puramente carnal que se desprendía de toda ella, la hacía una de esas figuras inquietantes y turbadoras, hechas todas para inspirar el deseo, para despertar aún en las inmaginaciones más castas, visiones locas de sensualidad y aun en las bocas más puras, la sed inagotable de los besos; había en la insolencia de su seno florido, en la amplitud fuerte y dura de las caderas, en la pompa estatuaria de la garganta mórbida, en el rojo sangriento de los labios, llenos de un deseo inconmensurable y en los

ojos profundos, llenos de sueños mórbidos y luces misteriosas, tal desborde de vida animal, de voluptuosidad inconsciente y devoradora, que su frotamiento solo, daba el vértigo en el despertar súbito de todos los instintos dormidos en el hombre;

era más que la mujer, era la hembra, la gran felina, devoradora de hombres, cegadora de aureolas, tronchadora de destinos;

su belleza impresionante, que daba el mareo de los sentidos, no venía de la pureza de las líneas, de la armonía de las facciones, de los matices delicados, y las coloraciones suaves de la piel; no, venía de no sé qué algo indefinible y profundo que se desprendía de ella como un hálito, como una evocación de lujuria, un encanto acre y violento de pecado; de todo su cuerpo de sensualidad se exhalaba como un perfume y como un cántico;

alegre, bulliciosa, infantil, el contento residía en su alma, un contento loco y radioso de vivir;

una bandada de mirlos posándose en un rosal silvestre, no llenan el campo de arpegios más gozosos, que los que se oyeron en casa, desde el día en que entró en ella, esa hada del contento;

y, al fulgor de esa alegría todo se sintió

revivir en aquel huerto de tristeza que era nuestra vida; como una gran ráfaga de gozo, aquella alma sana, alma de bullicio y de alegría, todo lo cambió entre nosotros;

la piedad de mi madre, los estudios míos, la melancolía de todos, se vieron interrumpidos, por el anhelo de locomoción, de diversión, de felicidad que agitaba a mi prima;

había venido a divertirse y entendía llenar al pie de la letra su programa;

excursiones al campo, bailes, juegos, todo lo inventó, y, todo lo llevó al campo;

nuestro salón, el pobre salón vetusto y familiar que no se abría casi nunca, sino para solemnidades de familia, que ya no se celebraban, sintió volar el polvo que lo cubría, como los restos descubiertos en un sarcófago que se abriese;

los retratos al óleo, las fotografías descoloridas, los daguerrotipos borrosos, que en los muros y sobre las mesas, envejecían en una soledad de capilla, vieron de nuevo el sol, su viejo amigo, que vino a jugar en sus marcos dorados y sobre sus rostros graves, con el mismo amor, con que había acariciado sus personajes vivos, en el calor de las siembras y las reverberaciones de la era;

el piano, un viejo piano que, cuando yo era

niño, habían traído para enseñarme la música, sintió otra vez descubrir sus teclas amarillas, como en una sonrisa tardía los raros dientes de una anciana que ha sido bella, y notas desconocidas y alegres volaron de él, como canciones antiguas de la boca de una abuela en una alegría de Navidad;

los viejos sofás y los amplios sillones se vieron, durante el día, llenos de plumas para sombreros y de cintas y encajes, desparramados acá y allá, mientras en la noche resistían el peso de las muchachas del pueblo, cursis y encogidas, y de los mozos crudos y torpes, que unos y otros emperifollados y pomadeados, venían a hacerla visita y a bailar y divertirse hasta horas avanzadas;

mi madre, que no salía de casa sino a la misa dominical y en las dos o tres grandes fiestas del año, se vió llevada de aquí para allá a visitas y saraos, pero, su salud delicada, y su tendencia natural a recogimiento no le permitieron sostener esa vida, sino la primera semana; después, me tocó a mí, llevar a mi prima a todas partes; eso fué creando entre nosotros una intimidad, una camaradería, que fué acabando con mi desabrimiento, mi encogimiento, mi zurdería, de mozo esquivo, dado a la soledad y al aislamiento;

Aureliana me trataba como a un hermano, sin ninguna de las reticencias, las filimesquerías hipócritas, que son de uso, entre mozos de sexo contrario; me echaba el brazo al cuello aun en presencia de mi madre, y me abrazaba también si en un súbito acceso de alegría le venía en mentes;

mi madre sufría sin decirlo, y ocultaba su contrariedad, con la dulzura exquisita que era el fondo de su alma delicada;

el sufrimiento de Delia, era más profundo, más recóndito, más serio, ella era la única que no se había sentido arrebatada por aquella ráfaga de alegría; con el pretexto de ayudar a mi madre en sus faenas, durante el día, no nos acompañaba a las visitas, ni a los paseos, y, con la disculpa de no saber bailar, no concurría nunca de noche a la sala; siempre correcta, siempre amable con Aureliana, la ayudaba en la confección de sus trajes y sus modas, sin dejar transparentar la menor contrariedad; Aureliana, reía de su simplicidad, desdeñaba su delicada y pura belleza, y no la apellidaba a ocultas, sino: la tonta;

¿sabía Aureliana nuestro amor?

yo, no he podido definirlo, pero creo, que lo sospechaba, y reía de él, como de un capricho de niños;

en cambio, conmigo, tomaba actitudes desesperantes, que comenzaban a turbar profundamente mi sensualidad ya en vela, mi virilidad que despertaba imperiosa y voraz;

la mujer, tomaba ya a mis ojos, el aspecto temible y terrible de la gran cosa deseada;

la crisis viril se operaba en mí, rápidamente, y aparecía lo que debía ser toda mi vida, el cerebral agudo, el amante de la voluptuosidad, incansable de caricias y de besos;

el Arte y la Mujer, habían de ser los dos polos de mi vida: ya había hallado el uno, me faltaba fijar en el otro, mi equilibrio vacilante;

la soledad hosca de mi adolescencia, que me había abierto los cielos serenos del arte y del pensamiento, me había alejado de la mujer; mi temperamento de artista se había despertado frente a la Naturaleza; mi temperamento de hombre de amor, se despertaba entonces, al tacto y al contacto de los encantos carnales de Aureliana;

cada vez que al subir o bajar del caballo, la exuberancia de sus senos me rozaba los labios, y las formas de su cuerpo se apoyaban en mis manos, sentía emociones desconocidas, y el ritmo de la vida llegaba a mí con la intensidad y las alucinaciones de la fiebre;

mis largos sueños sobre el esplendor de los paisajes, se obscurecieron, se llenaron de esplendores y decadencias, de ondeamientos y de sombras, en los cuales aparecía, como en un cuadro paradisíaco, ella, la Mujer, desnuda, como mis ojos no la habían visto aún;

mi pubertad se exaltaba como un delirio y mi virginidad, me torturaba como un dolor;

ya no tuve tiempo de pintar, ni de soñar;

mis pinceles y mis sueños fueron abandonados; el ideal candor de mi pasión por Delia se obscureció y amándola aún, el instinto obscuro de mi animalidad seguía otra vía, muy lejos de mi amor puramente contemplativo;

y, seguí a mi prima por todas partes, como hipnotizado por la promesa de sus formas; era un desesperado de la carne;

Delia no se quejó de ese abandono, sus ojos puros se nublaban de lágrimas sin que sus labios exhalaran una queja;

nuestras pláticas a la sombra de los rosales, se interrumpieron bruscamente; ya no soñábamos todas las tardes, las manos en las manos, viendo morir el sol en su púrpura insondable, devorado por las sombras, como un Sultán asesinado por eunucos;

ella, no dijo nada;

sólo mi madre, inquieta, me hizo observa-

ciones; mi conducta a sus ojos era indelicada y era cruel;

yo me excusé con el deber de atender a mi prima, a quien ellas, dejaban casi en el aislamiento;

por primera vez, vi la frente de mi madre plegarse con severidad y sus ojos hacerse duros;

—Si yo hubiese sabido, no habría nunca dejado venir aquí *esa mujer*,

tal calificativo en los labios de mi madre, semejante por lo imprevisto a una gota de veneno en una abeja, me dejó desconcertado, e intenté defender a mi prima;

sin dejarme concluir mi madre, alzando su mano, en actitud mitad suplicatoria, mitad autoritaria, me dijo mirándome en los ojos;

—Espero en ti, que nos ahorrarás una gran vergüenza, y, un gran dolor...

y, desapareció, grave y augusta, en la indignación de sus afectos todos.

El reproche de mi madre me hirió hondamente; y la seguridad de merecerlo, me entristeció casi hasta las lágrimas;

la sensualidad es triste, como la sentimentalidad que es su hermana;

y, mi sensualidad, que era toda de deseo, brumosa e imprecisa, me sumía en una melancolía vaga y dolorosa, una melancolía animal, que era viva y desgarradora como un tormento físico;

la lenta montada de todas las savias de la voluptuosidad, torturando mi cuerpo joven, me sumía a veces en embriagueces deliciosas y difusas, soñadoras de caricias, y, otras, en cóleras sordas y desesperadas, o en laxitudes cobardes, que me hacían maldecir la miseria de la vida;

yo, no había gustado aún la alegría deliciosa y divina de la posesión material de un

cuerpo amado, pero la presentía como la realización maravillosa de todos mis sueños, como el fin más alto, y el complemento de mi vida;

el sordo rumor de la lujuria, todo lo ahogaba en mí;

mis labios tristes, cansados de las melodías amorosas y de los besos ácimos de la pureza, se tendían desesperados al gran beso definitivo, que debía conmover las partes más íntimas de mi ser;

y, mi tristeza se formaba de la nostalgia irritada del placer y de la alegría sexual, que me faltaba;

este sufrimiento, como todos los sufrimientos, me hacía injusto;

la seriedad severa y reprobadora de mi madre, me exasperaba, terminando por hallarla inmerecida y dura;

la melancolía enigmática de Delia, que se engrandecía, magnificada en la resignación y, en el dolor, se me hacía ofensiva e insoportable; y, no pudiendo ir contra sus quejas, iba contra su silencio, como contra un reproche;

todo lo que me rodeaba, me parecía hostil y malo, mi egoísmo desmesurado culpaba los mismos seres que hería, y, me indignaba de que no se quejasen en su tortura;

el dominador sin entrañas y sin fibras que debía ser yo, aparecía de súbito con toda su brutalidad animal, en esta primera crisis de mi sensualidad desesperada, de fiera en rut;

confinado hasta entonces en mi soledad, mi docilidad aparente no era sino una forma de fuerza rendida ante la debilidad ambiente que me rodeaba; mi obediencia no era sino indiferencia; pero, frente a la primera resistencia real, todo mi temperamento de voluntad indomable, de egoísmo sin piedad, de rebelión tenaz, de dominio inabordable, no nacido para la obediencia, para la seducción ni la ternura, se mostró de súbito, brotó impetuoso, como un torrente, largo tiempo contenido por el peso de una roca;

y, me revolví furioso, contra todo lo que me aprisionaba, contra el respeto de mi madre y el amor de Delia, que eran a mis ojos, formas pesadas de esclavitud; y, aun amando mucho aquellos dos seres, los hallé crueles y estorbosos a mi ventura inmediata; pero, por sobre esta cólera, esta ingratitud, por sobre este deseo, que era un dolor, a veces la piedad, el reconocimiento, la ternura tendía sus alas, como palomas místicas, sobre el incendio de mi corazón, y entonces buscaba con ca-

riño desarmar la severidad de mi madre, ir a la conquista de sus besos perdidos;

el corazón materno es inagotable en ternuras; él, es la fuente del perdón; los labios sedientos de los hijos, no se tienden nunca a él, sin ser desalterados;

mi madre, siempre triste, se dejaba acariciar; cada beso suyo era un consejo; la piedad florecía en ellos como el rosal en una primavera; me imploraba la paz, pero no para su corazón, sino para el de Delia, asesinado; sin exasperar mi carácter, que ella sabía violento, me hacía dulces reproches;

—Ella ha llorado aquí toda la noche, me decía mostrándome su pecho;

y, yo, ponía mis labios, y, reclinaba mi cabeza enloquecida, allí donde ella había llorado;

la magia de las caricias maternales serenaba mi corazón atormentado, esclavo de la fiebre del deseo; y, purificado por esas caricias, iba en busca de Delia, queriendo consolarla;

me era casi imposible encontrarla, huía de mí, sin ostentación, sin ruido, como apartándose para dejarme la vía libre, la vía triunfal hacia mi delirio; se quitaba de mi vista, como si quisiese con su presencia apartar un remordimiento de mi corazón;

al fin, un día, la detuve bajo el emparrado que precedía al jardín;

confusos nos miramos, el uno al otro, como dos resucitados;

toda la tristeza de nuestros corazones irradió en nuestros ojos, y los gritos del naufragio de nuestras almas espiraron en nuestros labios, como en una playa desierta;

—Perdóname, le dije, estrechando su mano, que había aprisionado por la fuerza;

y, la miré en los ojos misteriosos, y, la vi lejos, tan lejos, tan extraña, que sus palabras llegaron a mí como un eco, cuando me dijo:

—Perdonarte; ¿de qué? tú me hicistes vivir un bello sueño; mi corazón vive aún de ese sueño desvanecido; no se muere de tristeza; no se puede nada sobre el corazón humano, no se puede nada sobre el destino; para un corazón lleno de infinito, la más alta aspiración es sacrificarse... yo no entristeceré más tu vida; yo no seré el obstáculo contra el cual se rompa tu ventura... deja mi corazón morir solo; la vida es irresponsable de los crímenes que aglomera sobre los seres; tú eres inocente, ¡oh hermano mío!... hay un momento en la vida, en que es necesario decir adiós a su pasado; la vida no es hecha sólo para amar; es necesario sufrir; deja sufrir mi

corazón... deja morir mi corazón; hay almas que ya no quieren ser amadas... y, no pueden ser consoladas...

y, desapareció de mi lado, como una gran sombra estremecida, y su vestido blanco hizo en la penumbra, el gesto lento de dos alas heridas que se escapan... y, no pude detenerla, no supe detenerla;

a causa de la religión de la Verdad, que vive en mí, no quise mentirle, no supe negarle; y sentí que una parte de mi vida se iba con ella;

una emoción grandiosa y tierna, que venía de todo mi pasado, subió hasta mi corazón sollozante, desesperado ante el gran grito de desolación que se alzaba en torno mío;

y, la inmensa esperanza de ser amado puramente, murió en mi corazón; y, silenciosamente, furiosamente, con un odio lúgubre, maldije las fuerzas poderosas de mi pasión, que nublaban así, con su miseria los cielos inaccesibles de mis sueños;

y, niño desarmado ante la vida, inerme ante la ironía de las cosas, sentí que las lágrimas me ahogaban, y, las dejé correr suavemente, lentamente, purificadoras, como un consuelo ante la gran noche impenetrable!...

y, lloré a causa de mi corazón.

*

Mientras el alma de mi amor lloraba en la penumbra, el alma entera de mi deseo, cantaba en la naturaleza;

la alegría serena y casta del Amor, no me bastaba, era el placer, lo que quería, era la alegría sexual, desbordante y tormentosa, la que llamaba a grandes gritos mi naturaleza despertada por la vida;

mi cuerpo, presa de las metamorfosis de la edad, se tendía como una llama a la emoción de lo infinito sexual;

el pájaro del Idilio ya no cantaba en el corazón, sus melodías enamoradas; la bestia exasperada, el Instinto, lanzaba en lo más vibrante de mi ser, su rugido formidable;

la obsesión de las carnes de Aureliana, me perseguía como un íncubo trágico;

jamás me preocupé de su corazón, de lo que pudiera sentir por mí, aquel espíritu frívolo y ardiente, aquella llama inconstante y turbadora que era mi prima;

nunca me incliné sobre el mar profundo y cambiante de sus pupilas buscando una alma; no; era a su cuerpo, ingenuamente perverso y provocador, que me polarizaba por una atracción magnética, que iban todos mis deseos, todos mis sueños, con la fuerza misteriosa, irresistible, que lleva todos los seres, impulsados por las fuerzas ciegas del instinto, hacia el gran gesto augusto de la universal fecundación;

y, ante los paisajes infinitos, llenos de sol, saturados de belleza, yo no pensaba sino en ella, en su cuerpo prodigioso; y en un arrebato continuo de mi ser hacia el suyo, no escuchaba sino la llamada del Deseo, sonar en la soledad, como un rugido de fiera, que venía de las montañas lejanas, de los campos en fecundación, brillando como un incendio tras de las cimas dormidas, los abetos convulsionados y el horizonte verdáceo de las frondazones argentadas;

Aureliana, no era inocente; ella sabía de la pasión; y se gozaba en despertar en mí la

emotividad de los instintos, el rut de la más implacable bestialidad;

fingiendo tratarme como un hermano, me atenaceaba con la inocencia fingida de sus libertades; me echaba los brazos al cuello con cualquier pretexto, apoyaba en mí, todo el peso de su cuerpo duro y vibrante, y, quedaba así, mirándome con un extraño fulgor felino en la mirada; ¡oh, su mirada, que interrogaba y que deseaba!

nunca olvidaré la vez primera que sus labios quemaron los míos;

había gente en el salón, y se jugaba juegos de sociedad; ella, me pidió unos nardos, fuí al jardín para cogerlos; el campo parecía gemir aún bajo el azote de la lluvia, que acababa de pasar, ráfagas de hielo sacudían los grandes árboles, como paralizados en el silencio, en el gran misterio de los cielos velados; los astros desaparecidos daban apenas una blancura difusa, obscurecida por nubes deformes, que semejaban archipiélagos de sombras en una mar del polo; las grandes rosas vírgenes desfloradas por el huracán, extendidas en una ola deliciosa de blancuras, penetraban como una carne núbil, de efluvios deliciosos, el éter inconmensurable, absorto en la vigilia taciturna de los astros...

en el jardín solitario, no se escuchaba más ruido que el de los arbustos sacudidos por mi mano al arrancarles su corona de blancuras; yo colocaba las flores sobre un banco, y estaba ya dispuesto a recogerlas para marcharme, cuando sentí un ruido en el ramaje, y dos brazos enloquecidos me aprisionaron; era Aureliana; sus ojos fosforescentes brillaban en la sombra; su seno cuasi desnudo tocaba mi rostro, ahogándome de vértigo con el olor de sus carnes en tormenta, y sus labios carnudos me devoraban en un beso asesino y lento, como la lengua voluptuosa de una pantera joven lamiendo la sangre de una presa... ¿cuánto duramos así? yo, no lo sé; un ruido muy leve en los arbustos interrumpió nuestro abrazo; ¿era el viento? ¿era un suspiro? ¿era una ave caída del ramaje?... Aureliana, sin inmutarse, recogió los nardos y volvió al salón; yo quedé sobre el banco, tiritando, extraviado, presa de un acceso verdadero de fiebre;

yo, había probado un estremecimiento nuevo, que ya no olvidaría jamás; los labios de la mujer me habían tocado con beso de deseo y ellos me habían inoculado el ardor inextinguible de la carne;

el beso incompleto, engrandecía hasta el paroxismo mi exasperación sensual;

la voluptuosidad parecía levantarse no sólo en mí, sino en torno de mí, de todos los objetos que me rodeaban; como una atmósfera... descendía de los cielos inmensos, se alzaba de las flores, cuchicheaba en los ramajes olorosos, murmuraba en los juncales del río, se inmovilizaba en el gesto taciturno de los árboles dormidos, y brotaba en el aire como un perfume y vestía los paisajes todos de un extraño colorido;

yo, no veía ya en la Naturaleza, violada por mi intelectualidad concupiscente, sino mujeres desnudas, como grandes copos de nieve, sobre el verde y negro de las hojarascas del monte, y lechos de amor, reposorios de deseos, en todo sitio solitario y umbrío, donde mi adoración sexual gozaba en evocar las líneas entrevistas, de carnes luminosas y opulentas;

el perfume de Aureliana, su perfume íntimo y pasional, sus senos de holocausto, ofrecidos a mis besos, tan cerca de mis labios, sus ojos, como cantáridas del monte, brillando fosforescentes tan cerca de los míos, el roce de sus cabellos en tumulto rosando mis mejillas, como delgadas víboras eléctricas, el collar de sus brazos aprisionándome al cuello, como una enredadera de amor, y sus labios

terribles, voraces, insaciables, mordiendo mis labios, torturándome la lengua, aspirando a devorarme; todo eso que formó nuestro único beso sensual, dado hasta entonces, no se borró ya nunca de mi cerebro y fué la pesadilla de mis noches y el vértigo de mis días;

ese beso, ese beso, es un veneno, y, los labios que lo han probado, lo aspiran hasta morir;

el Deseo, Emperador de los Sentidos, me mandó caminar a la victoria... y, fuí hacia ella...

... ...

... ...

era una tarde de canícula, el viento dormía, como abrumado por el calor asfixiante que sumía todas las cosas, en un reposo de marasmo; la llanura, inmóvil en su quietud extraña, parecía una mar muy lejana, de la cual no se percibiera la más tenue oscilación; de los macizos florecidos se escapaba un olor de fecundación, efectuada a la sombra, por todas las cosas y todos los seres de la tierra... Aureliana y, yo, rendidos de fatiga nos habíamos apeado, bajo un grupo de árboles, que formaban una cúpula espesa, sobre un torrente tranquilo; habíamos amarrado nuestros caballos libremente, para dejarlos pas-

ɪar, y nos reposábamos así, tendidos sobre la hierba;

una inefable voluptuosidad surgía de la Naturaleza toda, y ganaba nuestros cuerpos, lenta, grave, deliciosamente;

yo, había cerrado los ojos y fingía dormir, escuchando las aguas límpidas, cantar en los guijarros, y los insectos amarse entre las hojas caídas;

Aureliana, tendida a lo largo, dejaba diseñar bajo su traje de amazona, las formas fuertes de su cuerpo, terriblemente estremecidas, agitadas por un temblor nervioso; tenía los ojos entrecerrados, mirando el sol; un rojo subido coloreaba sus mejillas y su frente, y, de vez en cuando paseaba su lengua felina, sobre sus labios resecos, para refrescarlos; alzó la cabeza cuyos cabellos en desorden cayeron como un jugo de vid, sobre la tierra ardida, apoyó la mejilla en el brazo, y, creyéndome dormido, me devoró larga, tenaz, golosamente con la mirada; después, arrastrándose sobre la hierba, vino hasta colocarse cerca de mí, y de un salto se me abalanzó encima, me aprisionó en sus brazos, y comenzó a devorarme, a besos, sonoros y rabiosos...

mi deseo exasperado surgió entonces, y fuí yo, quien la cubrió de besos enloquecidos y

laceró sus senos con caricias crueles, y la poseyó violenta, brutal, e incansablemente, en un vértigo enloquecido, en un verdadero frenesí de mi lujuria despierta...

ella gemía bajo mis brazos, feliz, delirante, extasiada, dando al sol el deslumbramiento de su cuerpo satinado, que tenía ondulaciones de serpiente y llenando el campo con los gritos roncos de su pasión animal desbordante y feroz;

y, quedamos así, enlazados, felices, en el estremecimiento absoluto de nuestra carne, ebria de voluptuosidad, mientras las bestias inquietas husmeaban nuestro abrazo, la selva gemía dulcemente y los abetos contorsionados parecían grandes antorchas concupiscentes, prendidas en la llama del sol que se moría...

la música de las caricias llenó el campo;

y, sobre nuestras desnudeces delirantes, la noche extendió como una lluvia de pétalos, su manto suave y tenebroso, lleno de sensualidades;

y, devoramos el infinito que duerme en el fondo de la voluptuosidad.

*

En torno del amor, cuando es puro, flota una melancolía vaga y pasiva que lo corona como un nimbo, lo aureola de divinidad, y lo prolonga, lo prismatiza, en horizontes de idealidad desmesurados, como cielos inabarcables de visión;

ignorar es la sola condición de inmortalidad en el amor;

saber es morir;

el placer acelera la caducidad, que es la suerte del amor;

el corazón del placer tiene un sabor de muerte y de cenizas, como las manzanas rojas de a orillas de los lagos asfaltites;

nada es igual al dolor que se extrae de esa ventura;

el despertar de la voluptuosidad es triste,

como un cielo de crepúsculo, de donde ha desaparecido el sol;

mi primera impresión, después de aquel encuentro definitivo con Aureliana, fué de un desencanto profundo, como un sentimiento de repulsión por ella;

yo, esperaba otra cosa del amor; ¿aquel segundo de epilepsia era todo?

rebelde al remordimiento, mi corazón, libre de los espantos del pecado, no sentía la náusea del placer, sino una desilusión, un vacío, como el gran rompimiento de un sueño en el cual se hubiese acumulado todas las quimeras;

¿era eso el amor?

mi larga espera sollozaba su desencanto, ante el desvanecimiento de tantas cosas como había soñado en la hora misteriosa y creatriz del abrazo de los sexos, en el gran gesto apasionado y fecundador, que expande la vida sobre el inmenso universo;

mi alma desengañada, se volvió tristemente hacia las cosas del amor puro, y volví a coronar de flores mi Ideal... y, de mis labios mancillados brotaron de nuevo los cánticos apasionados de mi amor primero; y, la figura de Delia, pensativa, resignada y dolorosa, volvió a alzarse ante mí, como la imagen de

mi ventura, en los horizontes de nuestras llanuras amadas, bajo las grandes nubes opalescentes, ornadas de silencio, entre la blancura húmeda de los nenúfares languidecientes, cerca a las aguas muertas, las aguas del dolor, las aguas de las lágrimas;

y, mi alma y mi corazón se volvían hacia ella, con el fervor de un culto, con la desesperación de dos brazos tendidos hacia la costa, en una hora de naufragio;

todo mi amor resurgió violento, tenaz, invasor, como el fuego de un incendio que se creía extinto y estalla de súbito en llamaradas;

un gran soplo de ternura pasó en mi corazón, purificando mi pensamiento, barriendo mis últimas mancilladuras;

y, por un desdoble de mi personalidad, yo veía como una cosa extraña, el fuego que me había consumido, brillar allá, muy lejos, sobre la colina fatal, como el incendio de una ruina en un horizonte muy lejano... y, arrojaba mis recuerdos hacia allá, para que se quemaran y desaparecieran en ese incendio de olvido;

como si el mismo hálito de purificación que clareaba mi alma, hubiese pasado sobre ellos, los campos volvieron a tener a mis ojos su

misma ingenua poesía, sus mismos encantos, secretos y profundos, su misma íntima, irrevelada belleza;

una inefable poesía se levantaba de esta Naturaleza fresca y grandiosa, de las hierbas húmedas, de las aguas límpidas, de los juncales gráciles, las arboledas obscuras y los lejanos montes enigmáticos, como grandes bestias de piedra, de una mitología cambodyana;

ebria de lirismo y de ternura toda mi alma tendía hacia su pasado, hacia mi idealidad abandonada, hacia mi amor tan puro, tan resignado y tan esquivo;

¿Delia se dió cuenta de ese regreso de mi alma hacia ella?

¿nada dijeron a su alma profunda, mis miradas furtivas y rendidas, llenas de una humilde y silenciosa imploración, más elocuentes que todas las palabras con las cuales mi boca culpable podría romper los silencios graves y densos en que el destino había envuelto nuestros pensamientos y nuestros sueños?

la facultad adivinatoria del amor, que rarifica las ideas y hace como transparentes los sentimientos del ser amado, ¿había desaparecido, o se había atrofiado en ella, que no podía, o no quería comprender la angustia

tierna, la adoración desolada, de que estaban impregnadas mis pupilas, la tristeza que se disolvía en una nube de llanto, más elocuente que todas las confesiones apasionadas, y más apasionada que una caricia lenta?

¿por qué continuaba en huirme con una obstinación dulce y apartaba de mí, sus ojos, como para dejarme sin luz, en el lúgubre paisaje de tinieblas, en que mi alma caminaba hacia ella?

¿por qué su corazón permanecía cerrado a la piedad, cerrado como una flor sobre la cual ha llovido llanto, y que no quiere abrirse, a causa de las tristezas pasadas y de las venturas ofrecidas?

¿por qué volvía el rostro y apartaba los ojos de mi alma, que regresaba a ella lacerada, mendiga de ternura, y le gritaba su naufragio en la noche negra, y esperaba de sus ojos divinos el esplendor de la resurrección?

¿por qué?

¿el dolor, era más fuerte que el amor en aquella alma maltratada injustamente por la vida cruel, que lacera sin curarlos los seres y las almas?

yo, no lo sé, pero ella continuaba en alejarse de mí, en hacerme ver en sus palabras y en sus actos, que nuestras almas estaban le-

janas, muy lejanas, separadas para siempre en el camino eterno del abandono;

y, yo, probaba ante esta rehusa, la emoción indefinible y terrificante de la soledad, del anonadamiento y de la muerte;

no ser amado ya; he ahí lo que llena el alma de una sombra mayor que no haber sido amado nunca;

sentirse muerto en un corazón en que se ha vivido, es de todas las formas de la muerte la más cruel;

la gravedad calmada y fraternal, la nobleza soberana y llena de atención que ponía ella en su alejamiento, me llenaba de mayor tristeza, me torturaba de mayores tormentos, que si ella hubiese puesto en despreciarme un átomo siquiera de cólera o de venganza;

pero no, su inefable belleza interior, no descomponía con la violencia los ritmos armoniosos de su espíritu, como su serenidad grandiosa no descomponía, con el gesto rudo o violento, la euritmia maravillosa de su rostro;

nunca una palabra amarga, nunca una actitud descomedida, respecto a mí, la más atenta y dócil de las hermanas, podría apenas compararse a ella, en su trato lleno de grave afabilidad y de exquisita reserva;

siempre al lado de mi madre más atareada

que nunca en las faenas de la casa, impenetrable, en su sonrisa triste, que la envolvía, como una aureola, pasaba cerca a mí sin detenerse nunca, sin verme casi, esquivando siempre fijar en los míos sus ojos consoladores, donde palpitaba para mí el reflejo de todas las esperanzas...

¿la magnificencia de su corazón estaba agotada a la mendicidad de mi dolor?

¡mi falta era pues, irremediable! y, he ahí que la idea de la muerte vino a mí como una gran consolación;

¿por qué no morir, cuando había muerto su inmortal sonrisa para mí?

la muerte no es dura sino por las cosas que se aman; es dura a causa de nuestro corazón; ser olvidado es ser amortajado; ¿por qué empeñarse en vivir a despecho del olvido? el duelo del corazón es más duro de llevar, que todos los duelos de la vida; el espanto de un corazón amortajado de olvido, es la única verdad a que no se habitúan los ojos del alma brutalmente celosa de horror; la nada no existe para el corazón; toda la Verdad está en el Dolor; el Amor es la miseria y la gloria de la vida;

¡oh, lumbre de la Noche!...

la inmensidad de nuestros corazones tiene

necesidad de ser interrogada; el corazón desgarrado pide ser consolado; para debatirse, para consumirse, aun para morirse tiene necesidad de otro corazón; el silencio hace mal al dolor, como una asfixia; el dolor quiere ser revelado; es en la hora del desastre que se tiene necesidad de ese algo tierno, luminoso y profundo; un corazón; un corazón a quien abrirse, a quien confesarse, a quien decir a gritos el dolor;

confiarse es prolongarse, esparcirse, vivir, más allá, de sí mismo, abrir su corazón a todos los vientos del consuelo para evitar la muerte; hay cierta voluptuosidad en la ostentación de la herida interior; la mirada ajena es como una caricia; la sombra de otra alma inclinada sobre nuestro dolor tiene siempre el ritmo y la forma de una grande esperanza compasiva; dejar de callar es dejar de morir; es necesario entregar su sueño a otros ojos que lo devoren; el estremecimiento de otro ser es preciso a nuestro dolor, plegado miserablemente hacia la tierra;

¿quién sostendría el mío? ¿quién lo levantaría? ¿qué voz gritaría en mi soledad? ¿a quién abrir mi corazón?

Giovanni Giovannelli, despreciaba mucho el alma de la mujer para comprender el dolor

que viene de ella, *el alma de la mujer*, ¿es que él, le concedía una? no parecía eso en la fórmula estrecha y brutal en que él, encerraba su pensamiento: *tota mulier in utero*, era su credo; el terrible y autoritario ideólogo, llevaba en su misoginia toda la candorosa ignorancia de la mujer, que caracteriza los hombres de alto espíritu; todo misógino ignora la mujer; son grandes niños desengañados, que hacen una teoría de su rencor, y niegan, para no ser vencidos por él, ese algo frágil, ondeante, dúctil y exquisito que es una alma de mujer;

—La mujer, decía él, no es sino un sexo exasperado; el amor en ella no es sino el instinto, hecha para la procreación; todas las demás formas de la vida y del amor le son extrañas; ella no pide ser amada, sino ser poseída; el placer es la norma de su vida; el lecho es su trono y es su altar; allí es nuestra soberana y nuestro dios; fuera del lecho, la mujer es estorbosa y es odiosa; los chinos que le deforman los pies, no tienen sino una presciencia de la verdad; debieran cortárselos; la horizontal es la única posición apta a la mujer; la mujer puesta de pie es fatal; cada paso que da, en la vida, lo da hacia su perdición y hacia la de los demás; bajo sus plantas flo-

recen la Tragedia y el Dolor; es la sembradora del Mal, la devoradora de sueños; la enemiga de la Gloria;

yo, que sabía las teorías del Maestro, a este respecto ¿cómo habría ido a consultarle penas de amor, que lo habrían hecho sonreír?

para los que ven en el amor, como luego he visto yo, un hecho puramente fisiológico, ¿qué valor pueden tener las penas del corazón, y la sútil y complicada trama de la pasión sentimental?

una pasión pura y dolorosa como la mía, entonces, necesitaba una alma de pureza y de dolor a quien confiarse;

era un corazón, un gran corazón lo que pedía;

¿dónde estaba ese corazón?

yo, lo tenía cerca de mí, al alcance de mis manos, de mis labios y de mi voz;

yo, tenía allí, un corazón sufriente, amoroso y lacerado, en el cual podía verter mi dolor como en una ánfora, y dejar caer mis palabras desesperadas, que subían de la sombra de mi corazón;

¿no tenía yo una madre? ¿no estaba ella allí, mirándome con ojos de desolación, con su grande alma de ternura y de sinceridad,

la palabra del consuelo pronta en su boca simple y augusta?

¿a dónde iría yo, que no fuera al corazón de mi madre?

su alma toda de amor y de simplicidad, había comprendido el regreso de la mía a los senderos del bien, ese regreso tan ardientemente pedido por ella, en sus plegarias, y tan candorosa, tan pacientemente esperado en su fe inagotable;

el alma de las madres no se engaña; la acuidad de su mirada, tiene algo del prodigio y del milagro; se pueden engañar todas las mujeres, no se engaña nunca la madre; la mentira, ni está en ella, ni entra en ella; la verdad reside en ella, como el vértigo de amar; ella encarna y realiza en sí todo el amor; de ahí su poder adivinatorio; sus ojos adivinan y sus labios profetizan; ¡ay! y, sus palabras de divinidad son estériles; ¡sólo su corazón es fecundo en el dolor! consolar, suplicar y adorar a la carne de su carne, he ahí la madre;

la mía había comprendido mi angustia, la vacilación de esos días dolorosos, en que subía a mi corazón un hálito divino de pureza, y volvía a mis antiguos senderos de amor, como un convaleciente escapado al lecho y

a la muerte; sus ojos habían perdido la triste severidad con que otras veces observaban los míos; sobre sus labios, como un arco-iris crepuscular, vagaba una sonrisa pálida, como hecha de tristezas desvanecidas y de esperanzas nacientes; y, en su boca triste se veía bien que la ternura aprisionaba los besos, que mi ingratitud había hecho inmerecidos; sus brazos se tendían hacia mi cuello, como alas de bendición, y sus manos diáfanas, como crisálidas de alabastros, habían ya diseñado sobre mi frente, suaves gestos de absolución y de caricia;

así aquella tarde, cuando llegué al ángulo del corredor, donde en un verdadero gabinete de verdura, hecho de parásitas y convólvulos, ella bordaba en compañía de Delia, la más cariñosa sonrisa de bienvenida me acogió, y, su mano tendida me señaló el puesto más inmediato a ella; y yo me tendí en los cojines, casi a sus pies, mi cabeza en sus manos piadosas no tardaron en darme, penetrando como dos rayos de luna en la tiniebla de mis cabellos, que alisaron por un momento, con un cuidado lento y tierno; y después se pusieron al trabajo;

el rostro grave y delicado de mi madre se inclinaba sobre las telas obscuras, como para

graduar la combinación de los matices, y con dedos lentos sus manos largas y finas desmadejaban las sedas, que corrían por ellos, como hilos multicolores en las irradiaciones de un prisma; se diría que trenzaba con ellas cabelleras de astros;

Delia, inclinaba su busto frágil y su rostro albo, como una flor de marfil y de oro, sobre la tela violeta en que trabajaba y sus manos blancas parecían dos hermanas de la paloma mística, que sus dedos bordaban, sobre un corazón sangriento, encerrado en un cáliz áureo, que dos ángeles sostenían en un campo de lirios amatistas;

viéndola así, tan triste, tan grave, sabiendo todo lo inexplicado que dormía en aquella resignación, y gemía en aquel silencio que se exhalaba como un ritmo, de sus labios herméticos y de sus ojos inviolables de llanto y de secretos, vinieron a mi memoria los versos del Poeta.

PARA AQUELLA QUE ESTÁ TRISTE

Si tu me permettais de lire
Dans ton cœur que l'amour déchire.
De quels soucis inexpliqués,
Ce qui fait battre tes paupières

Sur tant de larmes prisonnières,
Tant de sanglots dissimulés
Je saurais sécher ces yeux tendres
Ou les larmes semblent attendre

Comme en une source gelée
Qu'un tiède rayon de lumière
Aìt fondu leur prison de verre
Pour sourdre et pois bouillonner.

—Es un palio para la Iglesia, dijo mi madre, mostrándome el trabajo, ya bastante adelantado;

—El dibujo es de Delia, déjaselo ver, hija mía, pues que él entiende tanto de eso;

entre temorosa e involuntaria, ella quitó el papel de seda, que ocultaba la parte del dibujo aun inconcluso, y sin decir una palabra, se hizo a un lado, para que yo pudiera verlo;

al inclinarme sobre la tela mi brazo la tocó sin quererlo, y retrocedió, tan intensamente pálida, que pareció iba a desmayarse; una angustia infinita amedrentó su rostro y no pudo responderme una palabra, cuando le felicité por la perfección del diseño; volvió a tender apresuradamente el papel y continuó en trabajar;

su rostro, de una emoción intensa, revela-

ba un verdadero dolor físico, un malestar inconfesable; todo el destrozo de su alma, se veía en aquel instante de exaltación, casi de pavor, que la sacudía;

un silencio penoso nos envolvía; el agua de la fuente, interrumpía con su sonoridad límpida, aquella quietud, que el olor de los mirtos y las amapolas cercanos embalsamaba de amor;

las manos de mi madre y las de Delia, proyectándose con gestos lentos sobre la tela obscura, semejaban un desplegamiento de alas en el crepúsculo; se diría un vuelo de mariposas blancas;

el silencio hacía más violenta la tensión de ánimo de Delia, que pretextando un trabajo de repostería para esa noche, cubrió su tela de bordar y se alejó, no sin decir algo a mi madre, que sonrió con bondad;

viéndola alejarse sentí penetrar en mi corazón, toda la tristeza de las horas anteriores y que su sola presencia había bastado a disipar; una inmensa sensación de olvido, de abandono, de soledad me invadió todo... la idea de lo irreparable me poseyó, ¡lo irreparable, que caía como un rayo sobre la tierna locura de mi corazón!

cerrando los ojos permanecí absorto, como

lleno aún de su vaga presencia... y, como esperando lo imposible, quedé fijo en las huellas de aquella sombra, desaparecida hacia ese infinito, donde palpitaba la gran melancolía de mi corazón; y, seguro de no ser todo entero solo en mi dolor, seguro de ser alentado, consolado, salvado, volví mis ojos a los ojos santificados de mi madre, que yo sentía fijos en mí como una Providencia;

una intuición profunda de mi dolor entristecía los grandes ojos de esa madre, que oía gritar mi corazón en el silencio;

—Amas mucho, puesto que sufres mucho, ¡oh, hijo mío!

—Sí, dije yo, con una voz desfalleciente, que era como una renuncia a la ventura, una llamada desesperada hacia la inútil esperanza;

ella se inclinó sobre mí, sobre mi frente tempestuosa, y me besó en los ojos cerrados, apoyando dulcemente en ellos, sus labios de perdón y santidad;

—¿Por qué desesperar, hijo mío, si ella también te ama? ella te ama aún más, porque ha sufrido más;

¡la pobre niña! ha sido necesaria toda mi autoridad, para obligarla a vivir; yo sabía

bien que tú volverías a ella... ella, te perdonará;

—No, madre, no quiere perdonarme;

—¿Le has hablado?

—¿Cómo hablarle si huye de mí?

—Ella teme la sinceridad de su corazón; sabe que está desarmado ante tu amor; anhela y teme ser vencida; es necesario que la hables;

—Pero, ¿cómo?

—Eso no será difícil, pero, antes es necesario que me des tu palabra de no recomenzar; antes es necesario que me jures que esa mujer (que de resto debe partir dentro de dos días) no volverá a perturbarte, que tú no volverás a hacernos sufrir tanto; piénsalo bien, porque la crueldad de un nuevo engaño sería algo de irremisible y de fatal; sé fuerte, hijo mío, y sobre todo, sé noble; nadie, ni yo misma, te perdonaría un nuevo engaño;

—Madre, madre, yo te juro...

y, no pude decir más, porque Delia, de regreso, entraba en ese momento;

apoyé mis labios, en las manos que mi madre tenía cruzadas sobre las rodillas, y, ante la presencia que era todo el amor callé, con un silencio religioso, lleno de votos, que iban hacia la sombra que sitiaba mi corazón, que

devoraba mi corazón, que se había hecho inmenso, como si fuesen dos corazones muertos, en uno solo...

... ...

... ...

mi madre, se puso trabajosamente de pie;

yo, le ofrecí el brazo;

se apoyó suavemente en él, y poniendo la otra mano en el hombro de Delia, comenzó a andar entre los dos;

así salimos al jardín;

el cielo de un blanco perláceo, se extendía como una gasa tenue, anaranjada en las orlas por los últimos reflejos del sol, que se perdían en los horizontes, como una oropéndola de cristal, batiendo alas desmesuradas sobre los cielos sonoros;

los senderos del jardín, tibios aún por la caricia prolongada del sol, se tapizaban de hojas y de pétalos, que se arremolinaban en torbellinos de blancuras y, átomos de luz; la sombra solemne de los pinos, daba magnificencia de templo a las avenidas solitarias y rectas, que se prolongaban hasta el río, como escoltadas por grandes hileras de mirtos y de rosales en flor; allá lejos, la presencia del valle hacía una desgarradura en el follaje, formando un pórtico oro y azul, como un arco

de lapizlázuli, en la magnificencia apoteósica del cielo;

marchábamos lentamente, como vencidos por la tristeza de la hora, dulcemente conmovidos por la belleza melancólica de la tarde y la ternura dolorosa que se aposentaba en nuestros corazones;

el rostro de mi madre, ennoblecido por la edad, y, por el sufrimiento, parecía más exangüe y tomaba tintes adamantinos en la penumbra de los árboles;

viéndola caminar así, penosamente, apoyada en la fragilidad de nuestras dos adolescencias, inclinando hacia ellas su cabeza blanca, que parecía una estrella, tuve una sensación desgarradora, como si ese noble rostro se tiñera de un reflejo de muerte, y, un inmenso movimiento de piedad, de remordimiento y de amor se hizo en mi corazón;

estreché tan fuertemente su brazo, que ella, volvió a mí, su rostro angélico y sus ojos de piedad, y, como para recompensarme, acariciando mi propio amor, pasó su mano augusta por la cabeza blonda de Delia, en una caricia suave, como de nieve que se descongelase en una cima de oro;

la niña alzó hacia ella sus grandes ojos llenos de ternura y, como temiendo por la fra-

gilidad de aquel ser que tanto la amaba, le dijo dulcemente:

—¿No estáis cansada? sería mejor reposar un poco.

—Sí, dijo mi madre, dirigiéndose con nosotros al banco más cercano;

y, se sentó entre ambos;

la brisa fresca hacía ondulaciones, en la mar violeta del paisaje; vuelos lentos, vuelos blancos interrumpían la armonía lila del horizonte, con el estremecimiento vago de alas que se recogen; sobre el amatista cuasi negro de las frondas dormidas, nubes de pájaros multicolores abatían el vuelo, fingiendo dibujos de oro y blanco, como trazados por la mano de una novicia, sobre la seda morada de una casulla episcopal;

magnolias enormes se abrían en la obscuridad ya engrandeciente del boscaje, haciendo con su blancura opulenta, como inmensos focos de luz sobre el verdinegro inquietante de las hojas y, el misterio de la penumbra, emblanquecida a trechos, por macizos de azucenas, que, como grandes copas de alabastro repletas de perfumes, saturaban la atmósfera, y por los grandes lirios acuáticos que a la orilla del arroyo, y sobre la piscina quieta

y profunda, semejaban floraciones de cristal, en un miraje de luna;

por sobre los mirtos rojos y los laureles rosados, trepaban los geranios en una irrupción de blancuras, que hacían un nimbo ideal a las cabezas de mi madre y Delia, que las sacudían sonriendo para evitar la lluvia de pétalos, que rodaban por sus mejillas y sus cuellos, como caricias perfumadas, como besos blancos de almas de niños muertos, juguetonas en la sombra; los grandes rosales pensativos nos rodeaban con sus blancuras discretas, con la belleza litúrgica de monjas en oración en la penumbra apacible de un coro crepuscular;

un hálito de paz, de quietud, de beatitud, venía del paisaje obscuro, de los cielos lejanos y entraba en nuestras almas, como una evocación muda al amor y a la tranquilidad, como una llama imperativa a las grandes reconciliaciones del espíritu, a la renuncia definitiva de las emociones efímeras, de los sueños malsanos, de las agitaciones estériles de la vida;

el rostro de mi madre se hacía grave, de una gravedad melancólica, sus ojos parecían impregnados de todas las tristezas de las campiñas dolientes y los brumosos horizontes le-

janos, y su voz como pesada de emociones y de recuerdos, sonaba en la soledad con las notas pausadas de una sinfonía de arpas en el silencio... su busto, ya doblegado por la edad, se inclinaba sobre nosotros, con el cuello fino y la cabellera blanca, como un sauz de plata sobre remansos dormidos;

como un estremecimiento de llama, en la gran sombra imperante, como una antorcha pálida bajo una cúpula negra, el oro flúido y tierno de la cabellera de Delia, lucía en la tiniebla crepuscular como un halo de estrella, prisionero de las frondas; sus ojos, como vencidos por el llanto, húmedos aun de las lágrimas recientes, eran como un jardín de desolación, donde floreciera el espanto de la vida, en el dintel de la inexorable noche, y como frenéticos de tinieblas de eternidad, se fijaban grandes y abiertos en el inmenso cielo, con miradas voraces de misterio, devoradoras de la insondable Nada... y, sus párpados se cerraban lentamente, con la nostalgia de vésperos agonizantes;

la noche moral nos envolvía más densamente que la noche firmamental, en cuyo seno luminoso, se perdían nuestros estériles sollozos;

y, niños tristes, desheredados de ventura,

nos estrechábamos contra la madre, de cuyo corazón profundo, inagotable, esperábamos ver surgir el consuelo, como un rosal generoso de rosas de encantamiento;

y, dóciles a la esperanza, callábamos, en el gran estremecimiento de amor, que venía del aire calmado, de los cielos graves y taciturnos, hasta nuestros corazones cargados de tristezas...

mi madre se puso en pie, apoyándose en nuestros hombros, y dijo con voz de inflexiones suaves, pero acentuada con un tono de autoridad, que era casi una orden:

—Esperadme aquí; yo vuelvo pronto.

Delia desconcertada, como si no hubiese comprendido, se puso en pie, para seguirla;

—No, espérame aquí, le repitió mi madre, y se alejó;

la niña quedó como hebetada, viéndola partir, los brazos inermes, caídos a lo largo sobre la túnica blanca, el manto azul, a medias desprendido de los hombros, la cabeza baja, en un gesto de verdadera angustia y de terror;

y, ambos quedamos fijos, viendo alejarse lentamente la silueta negra en la arboleda obscura;

cuando hubo desaparecido por completo,

Delia se dejó caer sentada sobre el banco, recogió su abrigo y cruzó las manos bajo él, en la más triste actitud de desolada resignación;

entonces me acerqué a ella;

—¿Tienes miedo? la dije; ¿te disgusta quedar sola conmigo? tienes razón de odiarme; yo soy indigno de tu amor; pero, yo quiero hablarte, quiero decirte todo lo que he sufrido, todo lo que he llorado, desde que me he visto indigno de tu amor, ¿quieres oírme?

ella no respondía, fijando sus grandes ojos de estupor, en los cielos constelados, como si escuchase cantar en su alma el sortilegio de las estrellas;

—Tu silencio indica todo tu desprecio, añadí yo; comprendo bien que he muerto en tu corazón, pero, yo necesito decirte que tú vives en el mío, que yo no amo y no he amado sino a ti, que tú sola eres mi vida y mi pasión, eso necesitaba gritarte, eso necesitaba decirte, antes de morir o desaparecer;

su rostro hermético, sus ojos profundos e inmóviles, se volvieron a mí con un gesto de alucinada, y su voz grave murmuró, como repitiendo una palabra que respondiese a un sueño suyo:

—Morir... Morir... ¿es que se puede morir cuando se quiere? el corazón amante es co-

razón cobarde; no se muere de su amor; se muere con su amor; es cuando se ha dejado de amar, que se deja de vivir; corazón que ama vive siempre; la muerte no tiene imperio sobre el amor; es cuando muere el amor, que el alma debe morir; ¡ah, vivir por el amor, sin él!... tú no sabes lo que es ese suplicio... tú no lo sabes... dijo, y volvió a mirar el cielo fulgurante, sobre el cual para mí se habían abolido todos los astros;

—Delia, le grité yo, mi amor, mi vida, por gracia oye toda la verdad; yo, he estado loco, yo he estado fuera de mí, ha sido un vértigo, todo ha pasado; yo vuelvo a ti, más rendido que nunca, más amante que jamás; no me rechaces; no me expulses de ti; déjame amar tu corazón, si no me amas ya, déjame amarte;

ella, había cerrado los ojos, pálida como una muerta, exangües y convulsivos los labios enigmáticos, apretadas contra el corazón las manos temblorosas y heladas;

—¡Dios mío! ¡Dios mío! dijo, poniéndose de pie como para huir;

—Delia, por piedad, volví a gritarle arrastrándome de rodillas hasta tomarla por una de sus manos que me comunicó su frío mortal;

prisionera así, volvió a caer sobre el banco.

ocultó su cabeza entre las manos y sacudida por una tempestad de sollozos, comenzó a llorar amargamente;

viéndola conmovida, la adiviné vencida;

—Amor mío, la dije, descubriendo su rostro, que brilló a mis ojos, como una rosa triste, ultrajada por la escarcha;

—Déjame, dijo ella; ten compasión de mí, ¿qué quieres de mi corazón? él te ha dado todo lo que era suyo; ¿por qué quieres torturarlo aún? Déjalo agonizar solo y vencido; él, no te pide amor sino respeto; respeta mi corazón...

—No hables así, amor de mi alma; no hables así, tus palabras me castigan y gimo bajo tus palabras ¿qué quiero de tu corazón? quiero vivir en él.

—Siempre has vivido en él;

—¿Siempre?

—Siempre, y es a causa de vivir en él que lo has matado; es de tu vida que él se muere; muere de tu ventura; eso es amor;

—Si me has amado siempre, si aun me amas, ¿por qué no me perdonas?

—¿Perdonarte? ¿y de qué? ¿no era tuyo mi corazón? yo no he de preguntarte qué hiciste de él; si lo rompiste bajo tus plantas, benditos sean los pies que despedazaron mi cora-

zón; yo los beso, yo los adoro en silencio; el dolor es la única voluptuosidad sagrada en el amor; es la única que lo aviva y no lo mata; sufrir, sufrir, sufrir, he ahí el grito de gozo en el amor; morir, morir, morir, he ahí su grito de victoria; el amor es un esclavo que besa al león que lo devora; .

amor que no sufre no es amor, amor que no perdona no es amor, dijo extendiéndome sus dos manos blancas, que parecían dos alas de nieve;

—Gracia, ¡oh, mi adorada! dije llevando a mis labios los dos copos de eucarística blancura; gracias, yo, seré digno del Amor y digno del Perdón;

—Así sea, dijo mi madre, apareciendo entre nosotros, inesperada y silenciosa, como una sombra;

nuestros brazos le hicieron un collar y nos abrazamos los tres;

ella se sentó y atrayéndonos sobre su corazón, nos reclinó sobre su seno;

y, luego, amorosamente, dolorosamente, besó nuestras cabezas tristes, de niños inclinados en la sombra; y, aquellos besos en delirio, flores de desposorios, eran como un collar de aurora, que unía nuestras almas para siempre;

y, volvimos a la casa, en una trinidad radiosa, extremecidos de ventura, por un sendero de rosas de alegría, bajo el cielo clemente, donde las estrellas fingían ramilletes de azahares, y sobre las cimas lejanas, grandes claridades prendían gasas flotantes como inmensos velos nupciales;

los rosales semejaban, en la blancura inmaculada, una procesión de vírgenes en marcha hacia un altar de desposadas;

el jardín era como un templo inmenso donde las flores, en holocausto se consumían ante altares invisibles;

y, el bosque era una procesión de estrofas;

y, la noche una lira, epitalámica;

y, cantaba el Cantar de los Cantares...

*

¡Cómo después de tanto tiempo mi corazón ha suspirado hacia el encanto de esa hora!... hora en que fuí sincero, hora en que fuí puro, hora en que mi corazón sintió la plenitud de la ventura, en la plenitud de los amores que no mueren;

la comida fué alegre, como hacía tiempo que no lo era en la mesa nuestra;

mi madre, estaba radiosa, Delia sonreía, Aureliana hablaba de su próxima partida, con una satisfacción sincera, y charlaba de todo con una volubilidad de pájaro;

después del café, ellas se dirigieron a la sala, donde no tardó en oírse el piano *gritar* bajo los dedos de mi prima, y yo, me retiré al ángulo del corredor que daba sobre el jardín,

y acodado en la baranda, pude gozar al fin solo, con mi felicidad;

y, evocadas por el recuerdo, las escenas de aquella tarde, surgían más vivas, más dulces, más tiernas aún, que lo fueron bajo la sombra cómplice de los rosales en flor; y, me absorbí en el recuerdo de esa emoción dolorosa y grata a la vez, con el placer triste de torturarme en las reminiscencias penosas, y la alegría viva, inconmensurable de mi victoria, la victoria que me aseguraba para siempre, la posesión del corazón amado;

después de haber sufrido tanto, un deseo loco de ventura, de tranquilidad, de egoísta quietud me poseyó, y pensé con un placer enorme en el viaje de Aureliana, que volvía a dejarnos sin testigos extraños, en la apacibilidad de nuestras almas tristes, tan misteriosamente enamoradas de la soledad, tan extrañamente místicas, en la contemplación de nuestro amor ideal;

y, yo, el intelectual buscador de la emoción nueva, el enamorado de la quimera, el analista de los sentimientos, el sembrador de paradoxas, capitulaba ante la realidad de la vida, ante la perspectiva del ser amado puramente, santamente, en los muros del hogar secular, así como lo habían sido mis abuelos,

los graves y fuertes analfabetos, que dormían allá, tras el muro blanco del Campo Santo, más allá del río obscuro, lleno de pérfidos abismos;

el silencio lúgubre que venía del campo, se armonizaba con el cielo que se había hecho negro, difuso, con resplandores rojos, como el campo de una gran carnicería;

¿cuánto tiempo estuve así, inerme, descuidado, feliz, en presencia de la fatalidad que me acechaba?

yo, no lo sé;

un ruido muy ligero, me sacó de mi ensimismamiento; cuando alcé la cara, Aureliana estaba delante de mí;

sin darme tiempo para interrogarla siquiera, me tomó las dos manos en la suya, y me dijo, casi insuflándome su aliento en los labios:

—Yo parto mañana en la tarde; quiero que nos veamos a solas; te espero esta noche en mi cuarto, ¿quieres?

—No.

acercando casi hasta tocar mi rostro, el abismo rojo y negro de sus labios y de sus ojos, me dijo dulcemente:

—Ven.

—No.

—Entonces yo iré al tuyo;

y, atrayéndome violentamente hacia ella, me devoró con uno de esos largos besos asesinos que daban el vértigo;

yo la rechacé violentamente, casi al mismo tiempo que mi madre y Delia, aparecían en el otro extremo del corredor, retirándose a su apartamento;

tuve deseos de llamarlas, de decirles todo, y gritar a la cara de Aureliana su vergüenza; pero desaparecieron prontamente, y cuando volví a mirar, Aureliana había desaparecido también;

lleno de una cólera sorda y violenta, me retiré a mi aposento, y, allí, como si hubiese surgido del suelo, una inmensa flor roja, como una gran copa de sexualidad, el recuerdo del beso, de aquel beso dado en la sombra, vino a perseguirme; y, ante la visión de la boca lasciva y fatal, provocadora de mortales alegrías, ánfora de besos infames y perversos; de los senos mórbidos que mis manos habían aprisionado, y, mis labios habían acariciado hasta querer devorar el rojo de sus botones erectos; y, sus carnes gloriosas, cegadoras de blancuras, que mis manos habían palpado curiosas y voraces, y habían torturado enloquecidas en los espasmos del pla-

cer supremo, apareció en mí el pobre ser de carne y de placer, la bestia dócil al olor de la hembra, el animal de amor orgulloso y despreciable que es el hombre, arrastrándose en el fango del instinto y extendiendo sus brazos en gesto inútil y desesperado, hacia idealidades de pureza, cielos vacíos en que no cree;

y, toda mi debilidad, toda mi decadencia moral, apareció en la intensidad del deseo, de ese deseo mórbido y desesperado, que se apoderó de mí;

sí, deseé a Aureliana, la deseé con la locura criminal que ella había prendido en mi sangre, con su beso asesino, su beso evocador de desnudeces magníficas y de salvaje impudor con que gimió en mis brazos, cuando extremecida de placer llenó la selva con los gritos inarticulados de su lujuria de leona;

y, mi ventura, mi pobre ventura, tan penosamente reconquistada, temblaba como una flor bajo el huracán, ante esa nueva tempestad de deseos, que amenazaba dar en tierra con ella;

mi sensualidad exasperada por la abstinencia reciente y la imposiblidad de violar mis juramentos frescos aún, me sumía en un vértigo de dolor, en visiones de obscenidad, que

mancillaban mi alma, la azul pureza de mi pensamiento, reconquistado para el bien;

y, una tristeza profunda me invadía ante esta abyección de mis pensamientos, ante esta floración de abominaciones que surgía en mi cerebro, ahogándolo todo, borrándolo todo, no dejando en mis tinieblas, sino la flor del sexo, iluminando el cielo como un sol;

y, me debatía contra los pensamientos obsesionantes, contra los gritos de mi carne y las llamadas solicitadoras que de los más íntimos rincones de mi ser, surgían llamándome para la deslealtad y para el vicio, y el perfume del pecado, saturando la atmósfera, como un incienso que ardiera en la memoria, me turbaba hasta la locura, y mis labios inconscientes repetían las letanías de la lujuria, mientras mis manos y mis dedos como tendidos a un rosal de perdición, se alargaban, buscando los senos rígidos, los ocultos tesoros, que una vez me habían sido revelados, en la comunión augusta de los sexos;

¿dónde buscar fuerzas para mí, pobre ser de Amor, torturado por el instinto, pronto a sucumbir bajo la ley inexorable de la especie?

—No, no iré, decía yo;

y, como para buscar una áncora que me salvara en aquel naufragio de todas mis fuerzas,

me postraba ante el retrato de mi madre, lo besaba con amor, besaba el retrato de Delia, y ante estas dos santas, ostias abnegación y de pureza, buscaba olvidar aquella mágica flor de carne, aquella ostia de perversidad y de concupiscencia, que irradiando en las tinieblas me ofrecía sus labios abiertos como un abismo...

aquel contacto de pureza me serenaba, palabras de amor brotaban de mi corazón hasta mis labios, como un cáustico del triunfo de la pureza y del amor;

mis ojos ardidos de visiones tuvieron lágrimas de paz y de serenidad; mis brazos tendidos a la flor maldita del pecado se plegaron dóciles sobre mi pecho, como para proteger mi corazón; mis labios convulsos se cerraron como sellados por un beso invisible, y cual si ese beso hubiese sido el de mi madre, disipador de todas las tormentas, me dormí tranquilo, como un náufrago en la playa, después de la borrasca...

... ...

había dormido apenas una hora, cuando me desperté por un ruido insólito cerca de mi lecho;

intenté incorporarme y me sentí aprisionado por dos brazos y atraído contra un cuerpo

desnudo y palpitante y devorado por besos ardientes que sellaban en mi boca todo grito;

era Aureliana;

yo, no supe resistir...

¿fuí culpable?

¿lo fué el instinto?

el efluvio de la carne me cegó, y ebrios de voluptuosidad, aguijoneados por la seguridad de la ausencia próxima, nos amamos con avidez, con desenfreno, como si nuestros labios voraces y nuestros cuerpos insatisfechos quisieran consumirse y morir en el abandono total de nuestras carnes exacerbadas en el delirio desmesurado de los besos, en la plenitud extremecida de la gran gloria carnal...

... ...

rendidos, fatigados, vencidos por el goce desmesurado, irreflexivo y loco de nuestros cuerpos, nos dormimos al fin rendidos, el uno contra el otro, en la actitud enamorada de un dulce irremediable vencimiento;

de súbito, nos despertamos ambos, obedeciendo a la misma impresión;

—¿No has sentido? alguien ha hecho luz con un fósforo, aquí, cerca a nosotros, dijo ella;

—Sí;

¿Quién era?

heridos de terror ambos guardamos silencio y a medias levantados en el lecho, mirábamos aterrados en la sombra;

sentimos claramente pasos en la habitación, y luego vimos una forma blanca que entreabrió la puerta que daba al patio y desapareció con precipitación;

—Es Delia, ¿la has visto? dijo Aureliana temblando;

—Sí;

a medio vestir, lleno de angustia y de pavor, salté del lecho y me precipité afuera;

la forma blanca, había atravesado el patio y se dirigía hacia el jardín;

—Delia, le dije, porque la había conocido bien, en un momento en que la claridad astral la iluminó al salir de un grupo de arbustos;

al sentirse llamada precipitó el paso, abrió la puerta del jardín, y la cerró por dentro;

—Delia, Delia, grité yo entonces, seguro del horror de su resolución; y, me precipité contra la reja... estaba cerrada;

la niña corría desesperada por la Avenida negra de sombra;

—Delia, Delia, gritaba yo sacudiendo la reja fatal;

ayudado por un sirviente acudido a mis gritos, escalé la reja y me lancé en segui-

miento de aquella forma blanca, que ya se perdía allá, muy lejos, cerca al claro de la playa, donde adusto, tormentoso, rugidor, extendía el río, la negrura impenetrable de sus aguas;

—Delia, Delia, gritaba en la soledad; y, era una carrera vertiginosa de los dos hacia la muerte...

llegada a la orilla del río, se detuvo un momento, volvió a mirar y al oír mi grito y ver que iba en su seguimiento, abrió sus brazos, como dos alas enormes, y, se precipitó en la corriente;

yo la vi, yo la vi, desaparecer bajo las ondas negras, y, no tuve ya fuerzas para llamarla;

me lancé en la corriente impetuosa y nadé tras de ella; por un momento, en un claro de árboles que iluminaba el cielo, vi la masa blanca de sus vestidos flotar en la corriente...

y, ya sin gritos, estupefacto en el silencio, nadé, nadé, nadé, en la noche negra, tras de la forma blanca;

después sentí la paralización de mis miembros, la atonía general, el vértigo y la asfixia...

desaparecí también bajo las ondas, y mis brazos se cerraron para abrazar la muerte...

*

Salvado por un criado que me seguía nadando, fuí traído a casa, casi en estado de muerte, mientras otros buscaban río abajo el cuerpo de Delia, que hallaron ya sin vida, en un remanso tranquilo, donde zarzas piadosas le habían detenido engarzándose a las faldas del ropaje;

la terrible verdad me fué ocultada;

cuando después de veinticuatro horas de un marasmo mortal abrí los ojos en mi lecho, mi madre silenciosa velaba cerca a mí;

una bruma había en mi cerebro, que velaba en él la realidad de las cosas;

de esa bruma tardaba aún en despertarse el recuerdo trágico;

poco a poco, por una lenta asociación de ideas, reconstruí el hecho, y, como un abis-

mo a la luz de un relámpago, el paisaje y la escena de horror brotaron en mi cerebro con una fidelidad aterradora;

—Y, ¿ella? ¿ella? grité yo, incorporándome en el lecho y clavando en mi madre mis ojos, mis inmensos ojos de febricitante;

ésta, puso su dedo en los labios, imponiéndome silencio;

—Cállate, no te agites, eso podría serte fatal;

miré a mi madre asombrado;

en pocas horas había envejecido diez años; en la dulzura de su rostro el dolor había hecho verdaderos destrozos; una nube de aflicción lo envolvía como en un sudario anticipado; sus labios exangües tenían un pliegue de tristeza tan profunda, tal gesto de laxitud desesperada, que invitaban a llorar; el gran dolor que revelaban sus ojos tiernos y profundos, era acentuado por las huellas candentes que el llanto había impreso en los párpados y en los surcos rugosos de las mejillas, de tal manera enflaquecidas que acusaban toda la osatura del rostro demacrado y noble; la lividez se acusaba más que todo en la frente amplia, que podía competir con el blanco niquelado de los cabellos, que caían sobre las sienes como dos alas de ánade sobre una ca-

beza de Niobe; su busto se encorvaba prematuro, su paso era lento, y como si hubiese cegado de repente, sus manos temblorosas y torpes no acertaban con los frascos de la pequeña farmacia familiar, aglomerados en la cómoda cercana;

pero aún más que en lo físico, era en lo moral, que se veía su inevitable vencimiento;

la sensación de aquel dolor penetró neta en mi corazón, con una vivacidad real y profunda;

—Mamá, mamá querida, le grité tendiéndole los brazos;

ella hizo el mismo gesto de silencio y vino a mí, lenta y grave, y, me cubrió de nuevo y me tocó en la frente, ordenándome dormir;

—¿Y, ella, ella? volví a gritarle yo desesperado;

siempre con el dedo en los labios, ella me mostró con la otra mano el aposento vecino;

—¿Duerme?

—Sí;

y, como si mi corazón que sólo pedía ser apaciguado no quisiese más, me replegué en el silencio, y, rendido por la emoción, entré de nuevo en los limbos de la fiebre...

*

Cuando horas después, me desperté en una verdadera crisis de delirio y de lágrimas; estaba solo;

la estancia silenciosa me parecía prolongarse extrañamente, enormemente, más allá de toda realidad;

la débil luz de una lámpara de aceite, que ardía al pie de una imagen de la Virgen, comunicaba al aposento una luz difusa, que más bien engrandecía la sombra, espesándola hacia los ángulos remotos, donde dormían formas invisibles, dando a las cosas contornos fantosmales, comunicando a los pequeños objetos una movilidad extraña, que los hacía aparecer como desprendidos de su centro, moviéndose y danzando en una capa viva de mercurio;

con las intermitencias y chisporroteos de la exigua luminaria, la sombra, por intervalos, se hacía completa y al reaparecer había una como danza macabra de todos los objetos, que parecían surgir, borrarse y desaparecer oscilantes en la penumbra;

la imagen piadosa, con su corona cerrada, su manto áureo, tomaba a veces la forma de una mariposa enorme clavada sobre el muro; y, las cabezas rubias circuídas de alas, que en forma de ángeles circundaban el retablo, semejaban insectos luminosos, con las antenas clavadas en una hopalanda negra;

una rosa blanca, que en un vaso rojo se consumía al pie de la imagen, al rayo de la luz amarillenta se hacía lívida y entre sus pétalos se vaciaban huecos de sombra, que le daban la representación y el horror de una calavera de mono;

a través de los vidrios de la ventana, los árboles del jardín, y las enredaderas del muro, parecían brazos de esqueletos que treparan hasta allí para abrazarme;

las visiones de la fiebre se hacían intolerables, y, una angustia, un horror creciente, se apoderaron de mí; la soledad me enloquecía...

quise llamar a alguien, y, me incorporé sobre el lecho;

un rumor sordo, confuso, monótono, llegaba hasta mí;

presté oído atento; el rumor venía de uno de los aposentos cercanos; era un rumor de voces en sordina, lentas, apagadas, imploradoras... por instantes, una sola voz triste, tenía el recitado, límpida como un solo de flauta en la noche calmada; después, las otras respondían graves, pausadas, como un murmullo de fuentes; en ciertos pasajes, la voz solitaria se hacía aguda, como un grito en la soledad, y, las otras respondían emocionadas, guturales como un gran sollozo comprimido;

un terror loco se apoderó de mí;

salté del lecho, rígido en mi larga camisa blanca, y avancé a tientas por el aposento obscuro;

a medida que avanzaba, el sonido de las voces se hacía más claro, más distinto; orientado por ellas, atravesé otra habitación y me hallé frente a una puerta, por cuyos intersticios, se escapaban rayos de una luz muy viva...

las voces sonaban adentro, ya absolutamente claras y distintas: rezaban;

empujé la puerta y avancé;

sufrí la impresión de un deslumbramiento; la luz era tan viva que me cegó al principio, después, empecé a ver distintamente los objetos;

¡oh, el cuadro de belleza, de pureza, de tristeza, que abarcaron mis ojos! sobre un catafalco todo cubierto en sedería blanca, en un ataúd blanco, vestida en blanco, cubierta de rosas blancas; sus manos cruzadas sobre un crucifijo, menos blanco, que los dedos que lo aprisionaban estaba Delia; su cabellera auroral resplandecía a la luz de los cirios y sus pupilas hacían tras de los párpados cerrados, dos manchas azules, como de cocuyos prisioneros bajo la nieve; y, su boca, su pálida boca parecía sonreír divinamente;

me lleve la mano a los ojos, y di un grito de angustia;

nadie me había visto entrar;

las mujeres inclinadas; volvieron las cabezas para verme;

una sombra, una gran sombra formidable, se alzó ante mí, para barrerme el camino; y, lá mano ruda de mi padre, empujándome vigorosamente, me empujó fuera, cerrándome la puerta con violencia;

caí de espaldas; aterrado y enloquecido;

me incorporé de nuevo, y andando de ro-

dillas, me acerqué a la puerta cerrada e intenté mirar por los intersticios luminosos; nada se veía;

el rezo había otra vez tomado su vuelo y las voces sonaban graves y lentas, como una sensación de vuelos innumerables;

y, yo de rodillas, las manos contra la puerta, apoyada en ella la frente calenturienta, expulsado por la violencia paternal, de aquel aposento que profanaba con mi presencia, lloré amarga, desesperadamente, y rogué no por aquella que se iba, sino a ella, a ella la santa, la mártir, la bien-amada; la gran taciturna, que atropellada por la vida, había plegado sus grandes alas, en el seno de la muerte;

un tiempo inabarcable, un tiempo sin medida, imposible, inconmensurable, transcurrió en mi alma, ante aquella muerta de desolación y de justicia, tras de la cual un coro de mujeres, aterrorizadas, rezaban las aleluyas de la transfiguración, a la virgen blanca que dormía bajo las rosas, como una apoteosis de corolas, la amante mística de mi corazón, enamorada de las aguas y de la muerte, tendida bajo sus grandes mantos nupciales, cerrados los ojos meditabundos, plegados los labios amargos, la frente taciturna coronada de nelumbos...

mi cuerpo todo temblaba como mi corazón, desamparado en el fondo del dolor; quise gritar y me faltó la voz, mis ojos ya no vieron, mis oídos no oyeron, mi cabeza pálida tendida a la esperanza, se dobló sobre los hombros, y caía al suelo inerte, ante la puerta inexorable, tras de la cual amortajaban mi corazón;

y, mi alma, gritó un grito único, más allá de todas las cosas...

y, mi corazón se rompió en sangre, en una herida incolmable de Imposible, y, de Inmensidad;

el infinito del Dolor, está en nosotros.

*

Dos días después, bajo la sentencia inexorable de mi padre abandoné el hogar campestre, y, confiado a Giovanni Giovannelli, partí para Europa;

iba como desterrado, a continuar en Roma, mis estudios de pintura, lejos de aquel hogar, que había mancillado, y, lejos de aquella muerta que yacía bajo la tierra, asesinada por mi amor.

EL CISNE DEL CREPÚSCULO

TAN NEGRO, COMO EL alma de la Noche, volaba en el Crepúsculo sin Sol...

*

Sobre mis labios ya no se refleja la sombra del beso, y muerto está el sol de las sonrisas; ¿diré con ellos la lenta agonía de mi corazón? ¿contaré el reflejo perdido de mi pensamiento sobre la onda estancada, muda y lúgubre de mi vida, donde duerme el fantasma de mis grandes sueños apasionados y lejanos?

el recuerdo engrandece en la sombra santa y se refleja en mi alma como un rayo de luna en las pupilas turbias de un cadáver, ¿diré las voces de misterio, los lloros infinitos con que habla a mi corazón?

el olvido de la hora antigua sería la ventura posible de mi vida, ¿he de recordar su resplandor puro y fatal, para que brille sobre el horror de mi inexorable noche?

¿recordaré mi vida, desde el día en que hace tantos años, abandoné este hogar, expulsado de él, por la cólera paterna, y, fuí a

Italia, y, aprendí la pintura, y, llegué a ser triunfador y célebre, y, la gloria coronó mis sienes, con el laurel que es hoy, una irrisión?

¿haré revivir en mi memoria, aquellos años de pasión y, de esplendor, en que embriagado con mis triunfos, mi vida fué como un poema tumultuoso y, grandioso, en el cual cantaran todas las pasiones, un coro de cosas triunfales y, divinas?

¿evocaré aquella hora, trágica y, fatal, en que se rompió mi vida, cuando fuí herido en plena gloria, y,—por qué no decirlo—en pleno genio?

¡herido, y, mutilado para siempre!...

¡la hora en que me hice un fantasma, de mí mismo, condenado a vagar sobre la tierra, bajo el cielo inmisericorde del Olvido!

aquella hora decisiva, y, criminal, en que una querida celosa, entrando en mi estudio de pintor, arrojó el vitriolo sobre el rostro de una mujer muy amada, que me servía de modelo;... y, yo puse mis manos ante el rostro adorable para protegerlo;

y, ardidas fueron mis manos;

y, cayeron mis manos en pedazos, ante el Idolo desnudo, hecho también una lepra viva, imposible de mirar;

mis manos victoriosas, y, gloriosas;

y, con mis manos se quemó mi Gloria, como una mariposa de Ilusión;

y, condenado fuí, a vagar sobre la tierra, persiguiendo el fantasma de mis sueños irrealizables; perseguido por mis visiones de Arte, que me siguen, como un cortejo desesperado; como aquel coro de oceánidas, que intentaban consolar a Prometeo, sin poder salvarlo;

y, así he recorrido el mundo, apoyado en el brazo de mi hijo; de este niño, fruto de mi brutalidad, concebido en el vientre de una pastora del Agro Romano, que violada por mí, sé negó a lactarlo, y, con un rencor de loba lo dejó un día, abandonado en mi estudio de pintor en Roma, y, yo, vacilé largo tiempo, entre matarlo o conservarlo;

y, tuve la cobardía de no matarlo;

y, él, ha sido mi lazarillo, y, mi consuelo, en este largo viaje, más triste que el de Edipo, y, más desconsolado, que el de Lear;

¿narraré las aventuras, de este peripleo de la angustia, en que anduve, marcando mis pasos sobre las cenizas de mis sueños?

¿despertaré mis recuerdos que cantan como un coro de sirenas trágicas, en la playa remota de mi pasado, queriendo hacer oír sus voces, en este crepúsculo de mi vida, en que agonizo bajo los rayos de un sol sin esplendor?

no, no, yo no siento el valor de escribir las memorias de estos días fatales, cuya tristeza sin embargo me atrae, con el prestigio de un sueño insensato;

¡escribir! es que mis manos mutiladas pueden hacer el gesto noble de quien traza los círculos de su alma sobre el papel, como se defloran rosas pálidas, en una cámara fúnebre, llena de la presencia visible de la Muerte?

como cálices de flor, llenos de tinieblas, las cosas de mi vida se muestran a mi corazón; mas, ¿cómo decirlas? ¿cómo romper su virginidad claustral, su amplio velo de misterio, con estas mis manos horrorosas y deformadas?.

¿cómo escribir los sueños de mi corazón?

el *Type writer*, la fría máquina ideada por los hombres, para la reproducción de sus ideas mercantiles, esa máquina inerte, que yo tengo al frente, ¿podrá reproducir la dulce sonoridad, la belleza tierna de las cosas que modulan en el azul de mi alma, los pensamientos que como mariposas nocturnas volotean en mí y cantan con los sonidos alterados de una flauta en el silencio de una selva?

en New York, habitué mis muñones, a moverse sobre este teclado, como si fuesen de-

dos, y cuatro años de práctica me permiten manejar esta máquina, con asombrosa rapidez;

¿contaré a ella y por ella, mi vida de abatimiento y soledad, desde aquel día en que dejé a París, bajo el horror de la catástrofe que mutilaba mi vida, y sólo con mi hijo, me di a peregrinar por el mundo, en un viaje que ha durado cuatro años, hasta caer aquí, en mi antigua casa, como en una gruta de la muerte, llena del rumor de mis tumultos encadenados?

no, yo no puedo escribir ya, libro de confidencias, ni de memorias;

esparciré aquí y allá, notas ligeras, fragmentos de mis emociones, vagas cosas de mi pensamiento, y, como ramas sin follaje, proyectadas sobre la nieve, se verán así también reflejadas, las horas silenciosas de mi corazón;

como un pájaro ebrio de lágrimas, mi alma canta a la orilla del crepúsculo...

heme aquí de nuevo en mis campos nativos, en mi hogar solitario, donde la muerte lo ha devastado todo... y, soy en estos lugares de desolación, algo como el sobreviviente, la sombra, el recuerdo de aquel naufragio de vidas...

mi soledad, entra en otra soledad poblada de espectros; mi casa está sola, sola como una tumba, inexorablemente vacía... el implacable enojo de la Eternidad, parece pesar sobre ella, se diría, que en su calma lúgubre, vagan los espectros de los que me amaron, tendiendo a mí sus brazos, silenciosos en la rigidez blanca de sus sudarios inmóviles...

mi padre, murió trágicamente, despedazado por un potro indómito...

mi madre, no le sobrevivió sino unos meses y desapareció arrebatada por su tristeza inconsolable, porque ella también tenía este *mal de la vida*, siempre semejante, según decía Lucrecio; *Eadem, sunt omnia semper*, ese amor a lo que el incurable Leopardi llamaba: la *gentilezza di morire*, ese tedio de la vida, que me dejó en herencia con todas sus neurosis de campesina afinada y degenerada;

como una sombra que se refleja sobre un estanque helado, así he aparecido yo, a la puerta de mi hogar, lleno de los silencios de la Muerte;

vuelvo aquí con mi hijo, que ve por primera vez estos valles tristes, estos montes áridos, estos horizontes de cielos en desolación...

... ...

... ...

*

Declinaba ya el sol tras de las sierras de Agua Dulce, el monte lejano, que se alzaba sobre la tristeza de los llanos dormidos, cuando acabamos de descender al valle, en cuya sombra profunda, ese mismo sol parecía llorar lágrimas de oro...

era como una mar argentada, bajo una azulidad difusa, llena de cosas impalpables, el gran panorama ya olvidado, que se alzaba de nuevo ante mis ojos;

como un pájaro que vuelve al bosque, mi memoria iba voloteando de árbol en árbol y de sitio en sitio, recordando los caminos blancos, que la melancolía del crepúsculo iba borrando lentamente...

la sombra que estrechaba los horizontes

ahogaba el paisaje todo, en una uniformidad negra y grave de sepulcro;

dejando a un lado la vereda que conduce al pueblo, tomamos la que lleva al *Silencio*, la casa campestre, la vieja casa de nuestra hacienda, que yo me proponía habitar;

por entre los cercados de piedra, a cuyos pies las aguas se extendían quietas y mefíticas, con colores de estaño, reflejando nuestras sombras, hechas desmesuradas por la luz horizontal del sol que se moría, llegamos frente a la gran puerta, que sobre el camino da ingreso a los patios de la casa;

la puerta gimió al abrirla, como si nos saludara con un sollozo, se diría que sus goznes enmohecidos suspiraban; ¿me reconocerían acaso? las cosas tienen una alma;

por la avenida estrecha, toda bordeada de sauces, como en un campo santo, llegamos a la casa;

sobre el patio desierto daba el crepúsculo una sombra vaga, violácea, incierta, que en el horror de la noche fría, hacía recular las perspectivas del edificio, que parecía remoto, hundido en una sombra lejana, reflejado en la superficie lívida de un lago muerto... una atmósfera de somnolencia y de horror parecía

circuirlo... parecía llorar en su inmenso abandono;

la casa estaba toda cerrada, muda, como una rehusa a la vida y a la hospitalidad; aquella soledad hosca, parecía decir: *¡Aquí se ha muerto! ¡aquí se muere!...* y, la muerte murmurar: *Este es mi Imperio;*

en la tiniebla implacable, con su atmósfera letal de olvido letárgico y de pesadas tristezas, la casa, blanca y verde, parecía, como una flor fantástica, emergida de los grandes silencios, bajo la inmensidad de los cielos, en un largo sueño de soledades...

sobre los barandajes, antes verdes, y ahora descolorados por las lluvias, enredaderas incultas se prendían, llenando los corredores de hojas y de flores secas, que arrastradas por el viento, huían a lo lejos, produciendo un ruido lúgubre, como de llantos en la sombra;

al lado de la casa, la Capilla, sin blancuras, parecía la cabaña de un aduar abandonado; la puerta desvencijada, caía sobre sus goznes rotos, y adentro, una vaca rumiaba apaciblemente, proyectando sus cuernos enormes y reflejando en sus pupilas quietas, las ruinas conmovedoras del santuario; en las grietas y maderas del altar anidaban los pichones, así como entre las molduras doradas

y sobre la cabeza y las barbas monumentales de un Padre Eterno, cuyas pupilas cegadas por el estiércol, como las de Tobías, acusaban la familiaridad irreverente, de aquella tribu alada;

en el muro, se extinguía tristemente un Cristo, antes restaurado por Giovanni Giovannelli, con livideces y coloraciones que hacían pensar en el ocre y el cinabrio tan amados por la paleta ascética y claustral del Spagnoleto; y, hoy, estaba ya borrado y bien muerto el pobre Cristo...

¡borrado y muerto, como en mi corazón!...

la veleta de la torre, yacía por el suelo y una grieta inmensa se abría como una herida, sobre las negruras tuberculosas del campanario, ya inclinado como para caer; las cornejas anidaban allí y bajo la campana, cuyo grito de metal había enmudecido para siempre, después de haber anunciado al valle, la muerte de los últimos moradores de la casa;

allá, detrás, en la lenta obscuridad, y en el horror languideciente, el jardín ruinoso y amontonado, semejaba un zarzal inculto, y la verdura no comenzaba sino más allá, en la vera del río, en las grandes sementeras, que la noche envolvía también, en un manto de sombras y de lúgubres silencios...

al ruido de nuestros caballos en el empedrado, salieron de allá, muy lejos, de una profundidad remota del corredor, dos sombras, que la hora alargaba y, ennegrecía desmesuradamente, como en una agua fuerte de Goya;

penosamente, trabajosamente, como dos cosas que se arrastrasen sin alma, llegaron hasta nosotros;

en la sombra que engrandecía con nuestra angustia, no se distinguían facciones, en aquellas formas espectrales;

eran los viejos guardianes de la casa, que habían visto morir a mis padres, y me habían visto partir a mí;

cuando estuvieron cerca, me sorprendió aquella vejez, que era como un anonadamiento, y una ruina; flacos, encorvados obscuros, la cabeza y el pecho inclinados hacia la tierra, me parecían dos viejos sarmientos ardidos y rugosos, apenas adheridos al suelo de una roza;

Pantaleón, medio ciego, no hizo siquiera mención de reconocerme, llegó lento, inconsciente, fantosmal, hasta muy cerca de nosotros, y allí se detuvo sin proferir palabra;

Dolores, su mujer, nos miró asombrada, sin reconocerme tampoco; ambos con la mirada

estupefacta, de seres que han vivido largo tiempo en la soledad;

—¡Dolores! le dije yo;

—¡El niño Flavio! murmuró la pobre mujer, cruzando las manos en señal de asombro, y dejando luego caer los brazos desalentados a lo largo de su cuerpo, en un gesto de desolación compasiva, ante la ruina que miraba;

ella me había visto partir adolescente, gallardo, exuberante de vida y de alegría, y, me veía regresar envejecido, agobiado, la cabeza blanca, como una maldición de nieve;

los dos viejos alzaron su rostro desolados hacia mí, y, el crepúsculo los bañó de una palidez terrosa, que los hacía parecer como dos cadáveres; y me parecieron como dos muertos que me miraban;

para sacudir aquella sensación de angustia, que pesaba sobre nosotros, les hablé entonces, y mi voz sonó extraña, como si sonase bajo una cripta, en la soledad silenciosa y glacial de aquella casa de la Muerte; y, no sabiendo qué decirles, en ese letargo mortal, les pregunté entonces por Fermín, su último hijo, y mi ahijado, a quien yo había dejado andando a gatas, por sobre las losas de ese

mismo patio, envuelto ahora, en las vagas somnolencias de la sombra;

los dos viejos se miraron, como buscándose el alma, a donde estaba la profunda herida;

—¡Ah! señor, dijeron, a una voz, que la misma angustia hacía ronca y doliente;

y, la madre sola dijo:

—Una escolta pasó por aquí y se lo llevaron en la recluta;

—¿Cuándo?

—El año pasado.

—Y, ¿no habéis sabido nada de él?

—Nada.

Un silencio estrangulador de todas las voces, cayó sobre ellos;

—¿Qué habrá sido de él? murmuró luego el anciano;

—¿Qué habrá sido? repitió la madre; y, dejaron caer la cabeza en las manos, pensando en el ausente; y, alzaron luego los rostros al cielo, como una interrogación, ¡al cielo, que arrojaba sobre ellos sombras, como puñados de cenizas!...

entonces, como para consolarlos, les mostré mi hijo; lo miraron taciturnos, indiferentes, sin decir nada; ¿qué podía importarles ese niño que no había nacido allí? era para

ellos un extranjero; para sus pobres almas, la sola familia era yo;

dejando los caballos en poder de Pantaleón, nos dirigimos hacia la casa; Dolores nos precedía;

al subir las gradas que conducían al corredor, me pareció ver la sombra de mi madre, al fin de la escalera, tendiéndome los brazos;

la vi, sí, yo la vi, con sus serenos ojos de piedad, con la mansedumbre de su sonrisa, moviendo los labios tristes, que querían hablarme;

me detuve un momento; cerré los ojos y me apoyé en Manlio;

cuando volví a abrirlos, el fantasma querido estaba allí;

entonces corrí precipitado hacia él... y, se desvaneció a mi vista...

—Papá, papá, me gritó Manlio, corriendo detrás de mí, y cogiéndome por un brazo;

él, también temblaba de terror;

giré la vista en torno mío, como para recobrar mis sentidos, y loco de espanto, sentí que los sollozos me subían a la garganta, tuve vergüenza de gritar, apoyé la cabeza sobre el hombro de mi hijo, y, lloré amargamente, con sollozos que sonaban en la noche como quejas;

¡yo había visto a mi madre!...

... ...

las puertas de la sala, se abrieron sin ruido, dejando ver un vientre de negruras;

Manlio y yo, nos miramos, como si oyésemos todo el pasado caminar allá adentro y las sombras de los muertos, cuchichear en el silencio cosas de otra vida;

y, entramos a la gran sala, que parecía un sepulcro; de toda ella se escapaba un olor de abandono, de soledad, de muerte, que aterraba... los muebles crujían al contacto del frío, como huesos de esqueletos que se moviesen en su tumba; las cortinas blancas, agitadas por el viento, se desplegaban y se recogían, como grandes alas desamparadas, como sudarios alzados por brazos invisibles;

la sensación de horror que se escapaba de todo aquello, llenaba nuestros corazones, y, estábamos más lívidos en la sombra, que la lividez de la sombra misma;

llegamos, caminando a tientas, hasta un sofá; yo me dejé caer en él; Manlio se sentó a mi lado, estrechándose contra mí, como si tuviera frío;

—¡Oh, cómo es triste todo esto! me dijo con su bella voz adolescente, que parecía temblar en la penumbra, ahogada por el infinito

de las cosas, por el grande enternecimiento que venía de lo Inmutable, hacia nuestros corazones;

—Esto es la Patria, hijo mío; esto es el hogar;

y, volvimos a quedar silenciosos, absortos, en la crisis de sensibilidad que torturaba nuestras almas;

entonces, él, me pasó su gran mano pálida por la frente, como solía hacerlo siempre, y, alzándose hasta mí, me besó, larga, tierna, tristemente, como un beso de crepúsculo sobre un monte árido; inclinó la cabeza sobre mi hombro y quedamos así, como si él, se hubiese dormido en el silencio;

la luz astral, que entraba por la puerta, hacía grandes gestos blancos en la sombra, y, la tiniebla abrazaba nuestros corazones tenebrosos, como en una obscura y ciega fraternidad;

la gran alma del Dolor vive en el Silencio; y, como en un piadoso olvido de la palabra, callábamos los dos...

cuando Dolores vino a llamarnos para comer, nos pareció como si muchos siglos hubiesen pasado sobre nuestras cabezas... la luz que la sirvienta traía, deslumbró nuestras pupilas, hechas a la sombra, y al duelo de todos

los colores; y, caminamos así, tras ese rayo de luz, como dos peces ciegos, tras el surco de una barca...

el Dolor subía a nuestras almas como una especie de inmensidad... y, las llenaba...

... ...

el comedor blanco y frío, resonaba de angustias; se sentían el vacío y el horror de todas las presencias ya desvanecidas;... la inmovilidad de los grandes aparadores era fantosmal; sus vidrios eran como espejos que reflejaban sombras de muertos; la forma de las cosas se lamentaba; se diría una fuga de almas; el silencio salía de nuestros corazones, y, era un gesto del alma, petrificado sobre nuestros labios; sólo el sonido del filtro que en un ángulo lejano rarificaba el agua, interrumpía con el caer de las gotas, lentas y mesuradas, aquel silencio verbal, que encadenaba nuestras almas;

la adolescencia triste de Manlio, no tenía curiosidades; sus ojos, como atónitos en esa semiobscuridad, parecían no querer ver; sus labios, donde dormía el espanto, se rebelaban a preguntar; sólo estaba atento a mi dolor;

él adivinaba que en mi alma pasaban en ese momento cosas asoladoras, como un hu-

racán que destroza una selva; y, por una compenetración, una intuición evidente, su pobre alma gemía en aquella devastación; lloraba mis dolores, estaba triste de mi tristeza, y, enfermo de mi neurosis; la herencia fatal, se extendía ya sobre él, como la garra de una tigre, y, se proyectaba sobre el abismo informe de su corazón;

en lo infinito de sí mismo, las cosas y los hechos que nos rodeaban, hacían un ensombrecimiento profundo, en el cual temblaba su alma dolorosa, de rodillas ante el Misterio...

cuando Dolores, vió que Manlio tenía que trincharme la carne, y partirme los otros manjares de la comida, quedó absorta, mirando mis manos enguantadas, unas pobres manos de caucho, que la Ortopedia por una necesidad de estética, había puesto allí, en el lugar de mis manos prodigiosas, y, ausentes;

y, creyendo en un reumatismo que las inmovilizaba, me habló de las varias plantas que por allí usaban para curarlo, y de los diversos santos, que por allí tenían el privilegio milagroso de hacerlo desaparecer; en esas leyendas de un idiotismo bárbaro, de un fanatismo irracional, sonaba toda el alma analfabeta y religiosa del pueblo nacional; por aquella boca hablaba la patria;

¿por qué raro instinto, todo femenil, aquella mujer del pueblo, inculta y zafia, tuvo el tacto exquisito de no hablar aquella noche de nuestros grandes muertos?

presente en nuestro espíritu, demasiado cerca de nosotros, ellos debieron agradecérselo;

a fuera, el cielo pálido, como lleno de un insoportable enojo, daba reflejos de acero, entre los cuales, las estrellas parecían ojos de mujer dormida, por donde hubiesen corrido lágrimas; un frío intenso entraba por la puerta abierta, desde la cual se veía el campo glacial, como un gran manto negro que temblara;

cosas invisibles y malas parecían vagar en esas brumas, donde los fuegos fatuos se dirían ojos de fieras que atisbasen;

a través de los vidrios de las ventanas, la luna reflejaba en el suelo, y sobre el mantel, las ramas de los árboles macilentos, cuyas hojas, movidas por la brisa, hacían en la blancura de la mesa, movimientos de escarabajos fantásticos; la acequia que corría por el patio, gemía en la obscuridad su gemido de siglos; y, el alma del campo, el alma del Silencio, llenaba con su inmensidad las cosas y los seres...

un perro aullaba a la luna anémica, que

esbozaba un gesto de *clown*, sobre la sierra lejana; y, las formas patéticas de las cosas de la noche, pasaban sobre nuestros corazones, con su inmutable tranquilidad, sin reflejar sobre ellos su sombra pacífica de Olvido y de Quietud;

y, nuestro dolor, era como una armonía, puesta triunfalmente sobre las cosas...

la flor de llama de nuestro pensamiento, iluminaba profundamente, infinitamente la sombra, que era un miraje continuo... ¡como la Vida: el miraje de la Nada!...

dejamos el comedor y fuimos a dormir...

la Naturaleza, más fuerte que todo, venció a Manlio, que se durmió rendido a la fatiga, en un sueño misericordioso de Olvido;

yo, no esperé el sueño natural, que hacía mucho había huído de mí;

después de la operación que mutiló mis manos, y los días de sopor que la siguieron, el uso necesario de la morfina, en perlas, me había hecho perderle toda aversión, y, yo me había convertido en un tributario de ella, un amante de su imperio de Olvido y de Apaciguamiento;

apenas dormido Manlio, apuré dos perlas del narcótico, me cubrí el rostro con un paño, y, entré en el encanto peligroso y mortal de

los sueños artificiales; en esos paraísos donde:

La malade revoit ses ivresses passées
Tous ses plaisirs ardents et ses nuits insensées
Les amours passagers qui creusent son tombeau,
Sépulcre où, quelque jour, s'en ira par lambeau
Ce corps qui doit mourir, tue par l'ataxie,
Dans le coma final et la paralysie.

... ...

... ...

y, nos dormimos a la sombra de los grandes muertos, que parecían mover sobre nosotros alas letárgicas y consoladoras;

el esplendor de nuestros dolores se replegó en la calma, como una ola en una playa tranquila;

el hombre con todas sus angustias no es sino una apariencia de sombra sobre la tierra;

el instinto encadena su alma fijándola en una actitud de piedra;

dormir, es cambiarse en cosa;

y, el sueño fué para nosotros como un gesto de luz en las tinieblas...

*

Cuando abrí los ojos, con el cerebro pesado aún por los efectos soporíferos del alcaloide, tardé mucho en darme cuenta del lugar donde me hallaba;

una luz muy fuerte, entraba por bajo las puertas del balcón mal ajustadas, y, con ella fuí poco a poco viendo y reconociendo los objetos que me rodeaban;

un olor suave de albahaca y, de tomillo, llenaba el aposento, y como la charla de una vieja campesina, despertaba en mí, el recuerdo de los campos cercanos y de las antiguas arcas maternas; del olor de aquellas hierbas impregnaba mi madre los arcones de pino, y, los inmensos escaparates de nogal, donde guardaba la ropa de la casa; las sábanas que me cubrían estaban olorosas a él;

las amplias cortinas de linón blanco, que atadas con cintas azules, se extendían a mis lados y, sobre mi cabeza, me hacían uno como nimbo, evocador de mi niñez, y mi inocencia;

reconocí bien el lecho en que me hallaba: era la cuna de mi raza;

allí habían nacido y dormido, engendrado y muerto mis abuelos; allí había sido hecho yo, y, allí había nacido... allí habían muerto todos mis antecesores, uno a uno, como ramas de una vid cansada de dar frutos... de allí había surgido la vida de una raza, y allí la había agotado la muerte; nacer, es empezar a morir;

las dimensiones enormes del aposento, parecían crecer desmesuradas, en esa semiobscuridad, hecha blanca, por la blancura sepulcral de los muros, hecha inmensa por la altura inusitada de los techos;

el gran armario negro hacía una mancha larga, cubriendo más de la mitad de un muro; un lavabo monumental le hacía *pendant;* un gran sofá de tintes abigarrados, desaparecía cubierto por nuestras maletas, y, un lecho menos grande que el lecho patriarcal y que pronto reconocí, por haber sido el mío, ocupaba

el otro ángulo del aposento; allí dormía Manlio;

su juventud radiosa, lucía como una flor en esa calma sagrada; sus diez y seis años opulentos y sanos, irradiaban en un resplandor de belleza varonil, que lo hacía parecer un joven dios, dormido sobre la Tierra; tenía, míos, la alta estatura y las facciones fuertes; de su madre tenía el tinte moreno, los ojos negros y fieros, los labios rojos, los dientes blancos de lobezno;

en ese momento dormía, vuelto de lado, con la mano izquierda bajo la mejilla, la cabellera en desorden, la respiración fuerte, en un abandono reposado y noble, en una grande y fuerte exuberancia de vida... y, era bello como los pastores de su raza, dormidos a la sombra de un arbusto, en la soledad indescifrable de la campiña latina;

su alma aparecía en una revelación de ternura, y, de lealtad, en la cual la suerte de su vida se marcaba vagamente; aquella sensibilidad enfermiza me hacía sufrir; yo lo veía ya tocado del terrible mal, del mal intenso, y estéril, cuyas maxilares enormes devoraban mi vida; ¡oh, el mal lívido y verde; la esmeralda profunda del dolor: la neurosis! la herencia psíquica, trabajaba su ser emotivo e

impresionable, y lo invadía como una agua muerta que inunda lentamente un prado de flores; estaba en su alma como una gota de mercurio, prisionera en una gema cóncava; se movía, se deslizaba cuasi invisible; ¿qué acontecimiento le haría volcarse? ¿cuándo rebasaría?; mi sensibilidad rudimentaria, había crecido en él, hasta una emoción morbosa, incontenible: era la degeneración de la herencia; habiendo crecido al lado mío, sobre todo en estos últimos años de peregrinaciones, había sufrido por completo la sugestión de mi espíritu enfermo, a tal grado, que reproducía sin darse cuenta, todas las singularidades, las aberraciones, lo que llamaríamos los *tics* de mi carácter desigual y fantástico; como yo, era un solitario, y, como yo, era un artista; amaba y poseía un arte, que es la fuerza y la esencia del alma de su raza; amaba la música; desde niño, en Roma, mostró tal afición a este arte, que hube de darle un maestro de violín; sus progresos fueron prodigiosos, de tal manera, que cuando llegó a París, ya podía acompañar a su madre al piano;

en Francia, completó su educación, y, a los doce años, cuando la desgracia me forzó a emigrar con él, los maestros de la más alta música le eran familiares; Litz, Bach, Schu-

man, Bethoven, Schuber, Auber, Boieldieu, Wagner, Berlioz... todos ellos le eran conocidos, de todos ellos ejecutaba la música con un grande arte, una insuperable maestría, y, sobre todo, con un sentimiento, una exquisitez de interpretación, que denunciaban en él, a grandes voces, el artista nato, aquel que siente y vive la música que toca;

nada había igual a la ternura de este niño para conmigo; me alarmaba y me conmovía;

durante esos últimos años de continuos viajes, había tenido que sufrir todas las penas de mi inutilidad, ser mis manos, sufrir mi humor desigual, mis alternativas de carácter, mis violencias inusitadas, todas las violencias de mi habitual exaltación nerviosa;

y, ahora venía conmigo a encerrarse en esa soledad, a consumir su adolescencia y su juventud, allí, a la sombra de esos cerros ásperos, en ese horizonte triste de valles y de montañas;

tristemente preocupado por la idea de aquel sacrificio, pensé también; y, si no lo hiciera así, ¿qué sería de él? ¿qué sería de su vida si yo lo hubiese abandonado? vagaría en la miseria o habría muerto ya de hambre, en las calles de Roma o de París, y, ¿por quién? ¿a causa de quién? a causa de mí, que lo des-

perté a la vida en la ferocidad animal de mis instintos; si moría por mí, o lejos de mí ¿quién lo habría matado? yo, que lo había hecho venir al mundo por la voluntad cruel, de mi voluptuosidad imperiosa e insaciable; mi mano, y, mi vida pesaban como las dos garras de un buitre, sobre esa bella cabeza adolescente, que dormía allí, en un sueño sereno, con un vago gesto de dolor sobre la boca triste;

no queriendo ensombrecerme con pensamientos graves, salté del lecho, me cubrí con un *robe de chambre*, y, pasando al gabinete inmediato, abrí el balcón que daba sobre el campo, y me asomé a él;

la luz, una luz auroral, límpida y vibrante, entró a torrentes y en cascadas, acariciándome con sus rayos;

un frío vigorizador y tonificante reinaba en la atmósfera; el aire puro, oxigenado, lleno de esencias balsámicas, entró llenando de nueva vida mis pulmones, y, aligerando la circulación de la sangre;

mi cabeza cargada de malos sueños, se sintió libertada de ellos; mi corazón respiró fuertemente, libre de su tedio mortal, y, después de muchos años me pareció que por primera vez veía la vida;

me recliné en la baranda del balcón, para

recibir en pleno rostro aquellas oleadas de vida, y, darme un baño de luz, de aire, de perfumes; saturarme de cosas sanas, y, potentes;

la mañana, de un azul blanco y glauco, envolvía las cosas en un prisma vaporoso y difuso, que las hacía instables, como paisajes de un espejismo; la luz de aquellas altiplanicies, no reviste el azul intenso, apasionado, de los valles profundos; es una como luz clásica y fría, que hace de por sí las cosas blancas, dando un extraño relieve de pureza a los objetos y a los seres; una especie de espiritualización radiosa;

los cerros del oriente, se destacaban en un fondo de claridad, inmutable, con tal pureza de líneas en el horizonte cándido, que se dirían tallados a cincel, sus declives tenían tonalidades de heliotropo, que en las quiebras profundas, se hacía de un azul intenso de violetas; helechos multicolores los esmaltaban, como un capricho japonés, pintado por Ouri-Maya, en un biombo de marfil;

el llano quieto, tenía verduras pálidas, de mar septentrional; los largos caminos blancos que lo cruzaban, serpenteando y perdiéndose bajo los sauces, eran como estelas de oro, dejadas por quillas invisibles; el río, inmenso, profundo, quieto, sin declives, era co-

mo un lago moroso, y, taciturno; los esteros lejanos, blondos de sol, con sus ánades meditabundos, semejantes a flores de plata de una dalmática blanca, eran como grandes espejos de talco, sobre los cuales hubiesen llovido muchas rosas... más allá de la garganta profunda formada por los dos cerros que limitan el valle, se alcanzaban a ver las últimas casas de la aldea, sobre las cuales se alzaba, la torre negra y vetusta, perfilada como un mástil, en la pureza del cielo perla, lleno de gloria matinal; y entre tanta palidez iluminada, en el silencio fulgurante, el cementerio rústico se alzaba en la colina agreste, con sus cruces y sus piedras tumulares, como un nido de vuelos encadenados... y, espejeaba en el gran vértigo de luz, como un esplendor ante mis ojos... allí dormían todos los muertos de mi raza, aquellos fugitivos de la vida, que habían dejado solitaria mi alma; con gesto vagamente implorador, las cruces se alzaban, como promesas opulentas de esperanzas, sobre sus pobres restos en silencio;

y, ellos continuaban en dormir, en la emoción cantante de la aurora...

y, el duelo de aquel polvo sagrado parecía venir hasta mi corazón;

y, todo mi pasado se alzaba entre ellos, como algo escrito en el Misterio Implacable;

la grandeza del corazón se alimenta de la miseria de amar... ¡amar a los vivos y a los muertos... como una gran maréa de inmortalidad!

es la pequeñez humana, la que niega la magnificencia del Amor;

es la miseria de la Vida, la que niega la Muerte, como una aureola;

todo cabe en el misterio de amar y de morir...

el corazón que se abre a los amores, se abre como una flor a las lágrimas;

así se abrió mi corazón...

y, temeroso de llorar, temeroso de sufrir, me aparté de allí, y entré en silencio al salón, como lleno del horror de cosas vividas y un deslumbramiento de almas entrevistas;

y, parecía como si todas las fuerzas de la sombra me empujaran hacia la luz, por el esplendor envidiable de haber visto la muerte...

el viejo salón parecía sonreírme, invadido por las luces blondas de la mañana triunfal, que ponía en él, extrañas blancuras, como de cosas nupciales;

en la nube de polvo sútil que el aire levantaba, los objetos se veían ligeros y como apo-

teósicos; una lluvia de átomos de oro, cayendo sobre la vetustez austera de los muebles, los hacía como blancos, de una blancura asiática de mezquita, y, se prendía a los cuadros y a los muros, como festonándolos de gloria; un encanto a la vez místico, y, lánguido se escapaba de aquella armonía severa, y, claustral, sobre cuyas vejeces sin historia, las pajillas de luz del sol, como áureos tréboles heráldicos, parecían armoriar los escudos vírgenes de aquella raza de plebeyos; una calma abacial reinaba allí, y, se extendía como una caricia untuosa de mano sacerdotal, sobre la tela roja de los sofás, cuyas patas antes doradas, hoy descascaradas y verrugosas, semejaban grandes garras de leones, heridos de elefanteasis;

los sillones altos de brazos y espaldares, severos como curules canónicas, arreglados en fila, parecían como un coro capitular esperando los abades de la orden, o una alta comitiva prelaticia; el dorado de las consolas había palidecido, como el de las cornisas de los espejos tiernos, cuyas lunas borrosas, retrataban los objetos con la bruma confusa de tristes pupilas de agonizantes;

sobre los muros escuetos, grandes manchas negras, como de murciélagos allí clavados, se

extendían en una regularidad desesperante; eran retratos de familia, todos fumosos, negros, como ciertos cuadros que se ven en las sacristías del Brevante, o en los museos de las ciudades nerlandesas, o aquellos otros que en las galerías rhenianas, la maledicencia cuelga a la gloria de Rembrandt; la fantasía de Luycken, no habría imaginado nada más lúgubremente cómico, que aquellos rostros rojos, pletóricos de animalidad, sobre aquel negro bituminoso de la tela: eran como grandes soles de bestialidad sobre un horizonte de crimen;

sólo dos telas, rompían el gesto estúpido de aquella bicromía negra y roja; eran dos retratos que pudieran decirse de una delicadeza casi exquisita, no por la perfección de la factura, sino por el rayo de espiritualidad difusa y obsesionante, que se escapaba de esos rostros; el uno, era el de una monja; nunca perversidad ascética, brilló con más intensidad en ojos de mujer, que en los de aquella santa, abominablemente divina; eucarística, mística y sacra flor de histeria, abierta en los jardines del Señor, aquella antecesora nuestra, había pasado por iluminada, por extática y por estigmatizada, como una santa Clara, o una Catarina de Siena; desde su soledad

claustral poblada de visiones, ella había profetizado; y, sus crisis de alucinación habían hecho el espanto, y, la fe de las gentes de su tiempo; nada semejante a la llama intensa de deseos y de prostituciones que brillaba en los ojos de aquella convulsionaria, de aquella histérica, cuyos ataques de epilepsia había pasado por crisis de divinidad, ante el fanatismo estulto y adocenado, de aquellos que ignoraban el *morbus virginum et viduarum;*

el enigma de lujuria que había en aquel rostro de livideces hinduas, de ojos cavernosos y voraces, de boca hermética y triste, traía a mi memoria el recuerdo de las más grandes lésbicas y tribadistas, que yo había conocido, en los jardines de Citerea, devoradoras y terribles, enlazadas como lianas de consunción a cuerpos jóvenes, enamorados del placer;

¡oh, la gran lujuria, la lujuria silenciosa, que vivía en aquellos ojos de monja, tenebrosos, cambiantes, como dos carbones ardidos, como dos gemas en fusión! ¡oh, la santa perversidad, la divina histeria, el inagotable deseo que parecía consumir aquel ser, anunciando la profunda, la incurable perversión, de aquella alma! ¡cómo me seducía, cómo me atraía, con un arrebato carnal, con un deseo de amor retrospectivo hacia ella! ¡oh, esa vi-

sión me enervaba y me obsesionaba! ¡cómo hubiera querido yo enseñarle el encanto del verdadero amor! ¡cómo quería ahora prenderme a sus labios blancos y exangües, y chupar de ellos lentamente, muy lentamente, todo el veneno de las lujurias y promiscuidades, que hirvieron en el fondo de su ser; y acariciar su seno inexhausto, mirando adentro hacia las cavidades abismales de sus ojos, para sorprender las grandes lascivias que torturaron su cuerpo, en los espasmos de su amor solitario y estéril! hubiera querido abrazar, romper, torturar aquella sombra, aquel lienzo, hasta apurar en él, el secreto de las lujurias que despertaba en mi alma;

descolgué el cuadro, lo limpié del polvo, lo miré en los ojos vertiginosos, lo besé en los labios fríos, y lo puse, el rostro contra la pared, para que no me obsesionara más con sus miradas suplicatorias, hasta que hubiera hecho fabricar para ella, la cornisa blanca florecida de lirios místicos, en que soñaba encerrar el enigma cuasi incestuoso de su belleza claustral;

el otro, era un retrato de hombre, en la misma negra tonalidad de los otros cuadros; visto a distancia se hubiese dicho un Van Dyck o un Vinci; visto de cerca tenía intemperancias

de un Velázquez; el rostro era amarillo, ceroso, de una flacura y una transparencia ergastularias; el óvalo largo; la frente desmesurada; las mandíbulas de lobo; la mirada triste, extraviada, ojos de contemplativo, o de vencido; una boca melancólica, con un rictus de desdén amargo; aquel era un hermano de mi madre, del cual había oído yo, cuando niño, hablar con mucho misterio, como de alguien que ha cometido un crimen; una pasión lo había hecho célebre en la aldea; a los veinte años, se había enamorado de una mujer casada, y, había huído con ella a la capital; allí había hecho versos y tragedias sin éxito; y, acosado por la hostilidad de todos, estrangulado por la miseria, espiado por el hambre, se había hecho saltar la tapa de los sesos, diciendo con Chénier: *aquí hay algo:* era un fracasado;

pero, en el rostro doliente de aquel hombre de amor, muerto a los veinte y tres años, impulsado al suicidio por los rigores de un padre avaro y cruel, y, los prejuicios de una sociedad hipócrita y corrompida, había una rara luz de idealidad, un resplandor de desdén y de soberbia, que no eran sin grandeza; hasta ahora me explicaba yo bien, la figura moral de aquel que había pasado por loco, sien-

do simplemente un rebelde; y me propuse buscar entre los papeles de familia, sus dramas, y, sus versos, que yo sabía sellados y ocultos, como las piezas comprobatorias de un delito; y, descolgué el cuadro, y, lo limpié, porque me propuse también ponerle un marco digno de él, que fuese una gran lira de oro, coronada de un asfódelo negro;

yo, amaba ya aquel antecesor mío, en cuyos ojos brumosos, y, apasionados, como cielos de Noviembre, brillaban magníficas concupiscencias y rayos de genio, como fauces de la loba trágica que devoró su alma: la gran Neurosis;

y, quedé allí, mirando con una mezcla grande de compasión y de envidia, aquellos otros retratos, monocromos y antiestéticos, con sus faces congestionadas y pletóricas, potentes de vida animal, y, que ahora parecían heridas de desprecio y de piedad, viendo ante ellos, esos últimos vástagos de su raza, afinados, degenerados, agotados de cerebralidad aguda, ir, camino de la histeria, hacia la decrepitud, y, hacia la muerte;

Manlio, que había llegado en silencio, contemplaba también aquellos retratos de antecesores suyos, apoyada la mano en mi hom-

bro, esperando que yo volviese la cara, para darme su beso de saludo;

—Esta es tu raza, le dije yo; raza feliz, porque como los pueblos de que habla el filósofo, no tiene historia;

—Mi raza eres tú, dijo abrazándome con efusión; tú tienes historia y tienes gloria;

y, como si hubiese comprendido que con la última palabra había despertado mi dolor dormido en las tinieblas, añadió:

—La gloria conquistada no se mutila, ni se muere;

y, con la violencia nerviosa que intensificaba su sensibilidad, besó mis dos muñones ardidos, sobre los cuales había olvidado esa mañana poner mis manos de caucho;

¿por qué traté de ver en su palidez conmovida, en no sé qué momentáneo extravismo de los ojos, una extraña semejanza, con aquel Severo Coral, hermano de mi madre, cuyo retrato acababa yo de descolgar del muro? no lo sé; fué una visión, un relámpago, pero yo vi ese parecido; y, miré a mi hijo con estupor: las rosas tiernas de sus mejillas eran lívidas, el cerco violáceo que circuía sus ojos los hacía profundos y violentos, la boca fatigada era triste, como si su alma hubiera vivido muchos años en el dolor; boca que recordaba la

boca cruel, cargada de silencios, de aquella Sara Coral, la monja epiléptica, cuyo retrato me había enamorado momentos antes, con la sugestión de su belleza perversa de gran perla enferma, de concupiscencia monacal, y, tuve miedo, como si hubiese visto pasar algo horrible, en las tinieblas malsanas de su razón, cual si el mal de aquellos pálidos antecesores, tan lentamente incubado en mí, fuese a estallar en él, y, lleno de angustia, de desesperación pensé, ¿qué será de nosotros si el azote de la raza materna, que yo no vengo a descubrir sino ahora, llega a herirnos? si como lo temo:

La vieille folie était encore en route...

... ...

y, tomándolo por el brazo, salimos al comedor, por los corredores asolados y luminosos;

el sol destruyó la lúgubre visión que había enturbiado en mí el fondo sereno de las cosas;

y, la gloria de vivir volvió otra vez a tocar nuestros corazones;

y, vivimos:

Car notre vie est faite, inépuisablement;
Du tourbillon sans fin des apparences vaines.

*

La composición y refacción del *Silencio*, absorbió por aquel entonces todo nuestro tiempo;

la vieja casa, pintada y, rejuvenecida, se vió bella entre los macizos de árboles podados, las enredaderas artísticamente encaminadas, sirviendo como grandes cortinas de verduras, esmaltadas de cálices lucientes; plantas raras y parásitas costosas adornaban los corredores, en cuyos muros, inmensas calcomanías de escenas de caza, fingieron cuadros murales; los patios enarenados llenos de arbustos y flores delicadas, tenían el aspecto de esos *parterres*, que preceden los *cottages*, ingleses y los hacen tan maravillosamente sugestivos;

yo, había hecho venir de Europa, pallati

namente, y con mucha anticipación, todos mis muebles, mis tapicerías, mis cuadros, que pronto estuvieron repartidos por la casa, dándole el aire y la realidad de una mansión moderna, confortable, y, lujosa;

en el salón, la alfombra de un color rosado pálido, a grandes ramazones de orquídeas de un azul lácteo de vegetaciones submarinas, hacía resaltar el color de los muros, tapizados de un papel gris perla, con grandes lirios de oro, y, las telas de los muebles, todas claras, con floraciones caprichosas y pájaros fantásticos, como trajes de emperatrices chinas, o telas opulentas de un palacio de Seoul; los muebles de estilo diverso, según el último uso de los salones de Europa, sofás *renaissance; bergères* Luis XV; un grande espejo *Directoire*, cuya consola de pórfiro imitaba un sarcófago egipcio, sostenido por dos pelícanos de bronce; sillones *Premier Empire; puffs* ingleses; veladores de laca, con raras incrustaciones de gemas de Ceylán; y, por mesa central, un grifo de hierro rojo, sosteniendo una copia de mármol de la *barcacia* del Bernini; en un ángulo, el piano de Manlio, sistema *Erard*, en pino blanco, y sobre él, el retrato inconcluso de Erminia Martolet, iluminando con sus desnudeces de astro, la

escasa sombra que los cortinajes de seda clara proyectaban en la estancia; en materia de cuadros, no había sino dos haciendo *pendant*, en los muros laterales, dos grandes telas de color heroico: *Sacrifice de Corésus*, por Fragonard, y, *Mort de Timophane*, de Besnard; y, en el ángulo opuesto al piano, en un caballete de ébano, preciosamente incrustado de madreperla, como para hacer *pendant*, al cuadro de Erminia Martolet desnuda, una copia admirable de la *Madona* de Beccafumi, atribuída a Girolamo del Pacchia, y, dos Sanguignas, en el estilo de Baldasare Peruzzi; en materia de *bibelots* no había sino un intaglio, en madera, inconcluso y maravilloso, representando una *Adoración*, atribuído a Goro di Ser Neroccio, y, una estatuita en madera dorada, modelo de arte sienés, en la época cuatrocentista, representando María de Mágdalo, obra de una preciosidad exquisita, y, un atrevimiento raro, sólo atribuible al Cozzarelli, o a aquel gran innovador, que se llamó Sano di Pietro; una araña del más puro vidrio de Murano pendía del techo, dando en las noches una luz azul-celadónica, que hacía parecer la estancia a la *Grotta azzurro* de Sorrento, toda irradiante de tonos argentados;

la vasta pieza, llena de cosas exquisitas y

sobrias, de colores pálidos y tonalidades armoniosas, reflejaba casi todas las grandes y raras elegancias, que mis ojos de artista habían contemplado, en las largas peregrinaciones, que me impūso el Destino sobre la tierra;

esa decoración de floras irreales y fascinatrices; esos pájaros inverosímiles y grifos fabulosos; esos tintes de rosas moribundas y lilas delicuescentes; esos verdes de amaranto, cuasi inconcebibles, como el de ciertos insectos que brillan en las madréporas; esos carmines pálidos como de sangre de adelfas; todo ese deslizamiento armonioso de tonos y de contrastes, de melodía pictural y estética, habían sido la tortura de mi fantasía, cuando monté definitivamente mi apartamento en París; ése era mi salón parisiense, intacto y trasladado allí, sin quitarle un solo *bibelot;*

mi gabinete de trabajo, estaba al lado, comunicándose por una puerta, oculta toda por un gran *arazzo* que le servía de cortina, y, que representaba la Huída de Eneas, trabajo de un raro mérito, en que las figuras de tamaño natural, se destacaban con un poder prodigioso de relieve, y, que yo había comprado en Roma, en una venta al *asta* de los bienes de un cardenal difunto; detrás de la cortina, y,

como para sostenerla al ser levantada, había un *groom*, extraño: el cadáver de un mono inmenso, que yo había traído de las Antillas ya embalsamado, y, que a causa de una gibosidad en la espalda, yo había tenido la idea de vestir de *Rigoletto;* nada más lúgubremente divertido, que el cadáver de ese antropoide vestido de bufón;

era la imagen completa del hombre: grotesco y servil; eso me divertía enormemente; grandes librerías estilo *liberty*, de madera roja, con incrustaciones de cobre, estaban colocadas al centro de cada muro, sobremontada cada una, del busto de un filósofo antiguo, hecho en la imitación de un mármol bicolor, estilo pompeyano; las cuatro grandes bibliotecas estaban separadas, sin ninguna continuación que pudiera darles el aspecto banal de un estudio de abogado, y, la vulgar simetría de todas las librerías; sus puertas de cristales venecianos admirablemente pintados, representando escenas de Shakespeare, y cuidadosamente cerradas, ocultaban los libros a la vista de todos; el escritorio, era como una mesa de operador, hecha para sostener los instrumentos de cirugía; una gran plancha de cristal de roca, sostenida por patas de cobre, sin ninguna ornamentación; sobre ese

cristal, no había sino una calavera amarillenta, la calavera de un suicida, que me había regalado un estudiante de medicina, y, en la cima de la cual, yo había hecho incrustar un pequeño tintero de plata antigua, adornado con dos esmeraldas en cuarzo, que tenían el color verde pútrido de una llaga, y, una imitación de perlas amarillentas, que parecían pústulas; y, como yo no usaba sino tinta colorada, las gotas que se habían escapado de la pluma, hacían grandes manchas rojas sobre el cráneo, que parecía así, una cabeza recién desollada, llena de escoriaciones pútridas; era deliciosa esa cabeza de muerto; yo, la amaba por la fascinación que ejercía sobre mí, el agujero negro que encima de la nariz señalaba el paso de la bala, y, por el delicioso horror que me inspiraba a la vista, de sus huesos triturados; yo había hecho colocar en las órbitas huecas, unas pupilas de vidrio, verdes como dos gotas de óxido de cobre, y, que en aquellos huecos sin párpados, me miraban con tal fijeza, que llegaron a obsesionarme, y yo, permanecía largas horas, ante ellas, como queriendo escrutar el misterio de esos ojos que parecían hablarme;

yo, amaba ese muerto, que era un amigo consolador, un hermano glorioso, que había

tenido el valor de hacer lo que yo, no podía ya: matarse; ¡oh, el hermano, el doloroso hermano descarnado que parecía hacerme señas desde la Eternidad! ¿no lo seguiré yo algún día? ¿quién sabe?

una biblioteca giratoria, baja como un aparador de música, ocupaba el centro del gabinete, con los libros de mis autores de preferencia, y, teniendo encima una gran lámpara de bronce, en que el cuerpo contorsionado de una mujer que parecía una serpiente, sostenía con su cabeza astuta, el globo de luz, cubierto por un inmenso *abat-jour* de seda verde;

en un ángulo, el más obscuro de la pieza, cerca a una *chaise-longue* de cuero marroquí, con entalles de un arte bárbaro, había un velador, cubierto por la tela roja y dorada de una casulla, que me había servido para modelo de decoración de un cuadro religioso, y encima, todos los útiles de fumador: en un cáliz auténtico, los cigarros, y, una patena, igualmente auténtica, servía de cenicero; ese cáliz y esa patena, los había obtenido en un Monte de Piedad, donde un capellán de monjas, los había empeñado dejándolos perder; el cáliz era de estilo bizantino y de un bello trabajo de orfebre medioeval; éste, como la patena, era de plata dorada, y habiendo per-

dido el oro habían tomado un bello color de *cristopher* cándido y luciente; eran dos *bibelots* que yo estimaba más que por su origen sagrado, por la dulce voluptuosidad que me daba su profanación; cada vez que yo, arrojaba la ceniza de un cigarro, en aquella patena donde había estado el cuerpo de un dios, me parecía que esa ceniza que caía allí, amortajaba todas las divinidades, y eso me hacía feliz;

un diván en cuero rojo, liso, ocupaba el otro ángulo del aposento detrás de un biombo de laca, ornado de tres paisajes admirablemente reproducido: un *Corot*, blondo de sol, dorado como el fondo de un ícono ruso; un *Millet*, gris y melancólico, como el crepúsculo en una landa bretona, y, entre ellos un Watteau divino, un rincón del parque de Versailles, donde al fin del estanque, apoyados en un cisne de piedra, se besaban dos enamorados, ella una marquesita radiante, rubia, como un *Amor*, del Grocio, y él, un adolescente de gorgueras, sobre cuya palidez de efebo, parecían temblar las tres perlas simbólicas de los Valois;

los muros, estaban todos ornados de trabajos exclusivamente míos; dibujos, acuarelas, pasteles, grandes esbozos de paisajes y algu-

nas aguas fuertes; no había extraño a mi pincel, sino el retrato de Severo Coral, el suicida, encima del escritorio, y el de Sara Coral, la monja histérica, frente al diván mirándome con sus intensos ojos de pasión;

era en ese diván que yo soñaba cuando el veneno encantador del narcótico circulaba deliciosamente, llenando mi cerebro de visiones, sobre las cuales lucían como dos estrellas remotas, los ojos intensamente demoniales de la monja;

aquel gabinete de trabajo, se comunicaba con un pequeño salón, por el cual se salía al comedor;

en la otra ala del edificio, atravesando el gran Salón, estaba mi dormitorio, comunicando con un pequeño apartamento de Manlio, compuesto de un saloncito de estudio, su cuarto de lecho, el baño, y el gimnasio; lo demás de la casa, estaba inhabitado, o pertenecía a la servidumbre;

tanto los balcones del Salón como los de mi escritorio y los de nuestros aposentos, daban sobre el jardín, que tocaba a tres lados del edificio;

en aquel jardín que habíamos hallado como una dehesa inculta también hubo una súbita y absoluta transformación;

una vez pasada la fiebre estética de instalación y decoración de la casa, la arboricultura y la floricultura, me poseyeron;

mientras Manlio, hecho un gran cazador ante el Eterno, escalaba breñas o se hundía en los esteros, persiguiendo liebres, o haciendo hecatombes de patos silvestres, yo, con el jardinero siciliano que había traído exclusivamente para eso, resucitaba el jardín con arborescencias exóticas, y combinaciones floriculturales, de una idealidad anómala y visionaria;

sobre grandes *pelouses*, de un verde intenso, que recordaban los jardines públicos de Londres o Liverpool, y que bordeaban como encajes grises de Bohemia, musgos perfumados y cambiantes con ductilidades traidoras de pieles de felinos, había, con diminutos claveles rojos, escrito proverbios enteros de las lenguas nonosilábicas de Oriente, trazados en caracteres chinos; y, sobre otros prados amarillos, hechos de girasoles enanos, que semejaban hongos de hierro dorado, había con mimosas de un verde vago de crisoberilio, trazado notas enteras de una gama musical, como para enseñanza, y, encanto, de los tenores alados que poblaban el jardín... en campos de violetas de un azul apasionado y obscuro,

grandes cruces de clavellinas encarnadas, fingían inmensos pectorales de rubíes en el pecho de un obispo; entre innumerables macetas de tuberosas de un verde azuloso de cimófanos, grupos de azalias pálidas parecían fragmentos de perlas, incrustados por un lapidario milagroso, en el corazón de una esmeralda de Muso; las hortensias, como racimos de turquesas, se mezclaban a los mirtos florecidos, que semejaban arbustos de coral, recién extraídos del fondo del océano;

en las avenidas sombreadas por grandes árboles, los rosales, como pajes palatinos, ofrecían todo el esplendor y la rica variedad de sus pétalos cambiantes; Rosas de Albania, de carnaduras inverosímiles de un rojo escuálido de durazno, se mezclaban a la palidez suave de las *Reinas de Holanda* a la lividez enfermiza de las rosas te, y, al cinabro violento de las *Emperatrices*, y, *las Guayanas*, que parecían corazones sanguinolentos, pedazos de una entraña de res, arrojados sobre el prado, y, entre todas ellas, brillaban por su tristeza insólita de flores contra natura, las rosas injertas, de un verde de herrumbre, como aquel que tiñe los jazmines sujetos a la evaporización de sal de amonio; lirios de un azul cándido, de un blanco virginal, de un rosa

tierno, de un amatista prelático, daban la ilusión de una bandada de mariposas del monte dormidas sobre el prado; las magnolias de Zelandia extendían sus blancuras cloróticas sobre el moaré obscuro de los geranios de Australia, que semejaban abejas de terciopelo con grandes antenas de oro, y a los claveles amarillos de Ceilán, que eran como topacios languidecientes, cerca a la blancura nupcial y penetrante, de los malabares y los jazmines del Cabo; una variedad infinita de orquídeas y de helechos, mezclaban sus ramas insumisas y perversas, a las enredaderas devoradoras, que en una feria de campanillas policromas enfestonaban el bosque, y a las hojas metálicas y sanguíneas de las parásitas, que abrían en la penumbra su follaje verdoso y convulsivo...

y, más abajo, tras un muro enfestonado de convólvulos, se veía la huerta, resucitada también por el abono y el arado; la horticultura me proporcionaba en ella nuevos placeres, y, como Diocleciano de la pérdida de su trono, yo también trataba de consolarme de la pérdida de mis manos, mirando el esplendor de mis lechugas; ¡qué ser tan miserablemente complexo y tan abyectamente tornadizo es el hombre!

y, cuando Manlio regresaba, cargado de caza para la mesa, yo tenía ya para mostrarle con orgullo, alguna nueva legumbre, con que ornamentar nuestra comida;

limitadas o dominadas nuestras neurosis por la fuerza del trabajo, sacudida la vieja inercia, tonificados y lenificados nuestros nervios, comíamos apetitosamente;

después, entrábamos al Salón sin luz, aclarado por el reflejo de los astros lejanos, que entraba por los balcones abiertos, con los perfumes capciosos del jardín y del llano, ya dormidos en el silencio que venía;

S'asseoir immensément du côte de la nuit..

y, Manlio se sentaba al piano, o tocaba el violín, de pie, en medio de la estancia, como envuelto en la luz untuosa y difusa, que lo vestía todo como de una gasa de plata;

y, tocaba, mirando el campo y el cielo, como inspirado por la magnificencia de las cosas, engrandecido por ese soplo de soledad que venía de las montañas lejanas y del cielo inmenso, en un largo estremecimiento de admiración, que hacía lúcido el misterio de las cosas, en una silenciosa evocación de esplendores, que engrandecía en el mutismo de la

hora, en el silencio dócil y sometido de la Noche;

era como una alma de idealidad, desnuda ante un esplendor de cielo, en la gloria de lo astros;

notas misteriosas y aladas, de una inabarcable armonía, se desgranaban por el espacio mudo, como si cada estrella fuera un ruiseñor en la soledad;

un manto de melodías emocionantes cubría la tierra como la caricia de una nueva voluptuosidad en la Naturaleza; las grandes brisas del espacio se plegaban como alas de mansedumbre, sobre los árboles, en la tristeza insondable de los paisajes mudos... se diría que todas las alondras de la tierra cantaban en un concierto de amor, en un éxtasis de adoración; la armonía encadenaba el alma instable de las cosas en una magnificencia de sueño... un mundo de pensamientos se removían en el alma obligándola a volar y a sumergirse más allá de sí misma... y, la música cantaba, y, la música vibraba, y la música, gemía... en la calma rutilante que sus notas prolongaba; en la aurora que nimbaba los paisajes más lejanos; en los cielos extrahumanos, donde el silencio, escuchaba inclinado y taciturno, la divina melodía; en el espacio

nocturno donde todo agonizaba, donde todo se moría... la música gemía...

... ...

el violín callaba...

Manlio venía hacia mí, se arrodillaba a mis pies, ponía su cabeza en mis rodillas y vencido por su emoción, sollozaba largamente...

¿por quién?

¿por qué?

en la garganta de aquel niño yo veía sollozar mi vida;

y, sintiendo aquella angustia llorar sobre mis rodillas, me parecía que era mi corazón palpitante que gritaba allí;

y, no lo consolaba;

el consuelo es una infamia que mancha la magnificencia del sufrir.

*

Tal como yo lo había deseado, mi vida se deslizaba en la soledad más absoluta;

desde mi llegada de Europa, yo no había ido nunca al pueblo, donde la caridad aldeana me devoraba con una hosquedad toda bestial;

la leyenda batía sus alas a pleno viento;

el *Silencio*, era un antro habitado por endriagos, y, yo, un demoníaco, un *detraqué*, cavernoso y lujurioso, que celebraba la misa negra, en orgías neronianas, y, en cuyo ritualismo de bestia, mancillaba todas las inocencias;

mi hijo, era un maníaco como yo, que violentaba como un sátiro todas las niñas del campo, y, cuyo instinto sanguinario, disparaba sobre los hombres, cuando no encontraba

bestia sobre las cuales disparar en sus cazas de Nemrod adolescente; éramos, dos bellas flores de crimen, que el patíbulo esperaba para adornarse con ellas;

cuando se supo que yo había hecho de la vieja capilla de la hacienda, un pesebre para mis caballos de silla; que sobre el mismo altar donde antes se celebraba el Sacrificio, había colocado las canoas donde las bestias devoraban su alimento, ante los ojos tristes del Cristo restaurado por Giovannelli, el cual parecía encoger los pies enclavados, temeroso de ser mordido por los brutos; y, que las pilas bautismales, donde había sido bautizado yo, y, tantos otros de mi raza, llenas de agua que no era bendita, servían para bebedores de animales, y, que los ángeles de piedra que los sostenían, servían para amarrar los cabestros de las bestias; cuando se supo que el antiguo templo del Señor, había sido convertido en establo, por mi herejía sistemática y soberbia, la cólera se exacerbó hasta el delirio, y el obispo me excomulgó, ruidosa y públicamente, en una pastoral que leyó el cura, para que los vecinos me negaran el techo, el agua y, la sal, si yo llegaba a pedirlos; felizmente, mi casa bien construída, mis bodegas bien repletas, mis sementeras próvidas, y, mis arcas con

dinero, me alejaban de esa contingencia; reí de la farsa episcopal y curialesca sin temor a nadie ni a nada; yo no había hecho bien a nadie, nadie tenía por que hacerme mal a mí; porque yo ponía un cuidado especial en no hacer el bien, para que nadie se viera en la obligación precisa de aborrecerme; no dando la limosna, no haciendo el beneficio, no sembraba la ingratitud; si nadie me debía nada, ¿por qué me iban a aborrecer? siendo duro y, hasta cruel como era, todos se apresuraban a servirme; y, hasta me amaban... así es la bestia humana;

como sucede siempre, tratándose de lo que hiera o amengüe a los hombres superiores, mi desgracia hacía la ventura de mis contrarios; verme inhábil para seguir triunfando, era ya para ellos una forma de triunfo; verme ya incapaz de adquirir nueva gloria, era para ellos un principio de la gloria misma; verme caído en el camino de la inmortalidad, era como una aproximación de ellos hacia ese Sol Eterno; lo solo que amaban en mí, era mi infortunio, porque ése era su regocijo; mi mutilación era su salvación, por eso amaban mis manos laceradas... no las amaban por lo que habían producido, sino por lo que ya no podían producir; no pudiendo negar ni adqui-

rir mi gloria pasada, se complacían en calumniarla; mi talento no era a sus ojos sino fortuna; se hablaba de mi vida, como de algo pavoroso, que no podía contarse; yo había mermado mi patrimonio a causa de una vida de crápula que me había hecho célebre; yo había matado a un hombre cuya hermana había seducido; había arrojado vitriolo al rostro de una mujer que me importunaba, y, había huído de París perseguido por la Justicia, porque mis orgías habían sobrepasado a las de Sardanápalo, y, mis vicios habían eclipsado los de Calígula; en fin, era un degenerado trágico, un deplorable espécimen de teratología moral;

a la cabeza de los ganapanes del dicterio, iban en grupo cerrado, mis antiguos camaradas de escuela, los cuistres adocenados cuya compacta ignorancia y cretinismo invulnerable, se extendía como un olor de establo por la parroquia analfabeta y bestial;

esas marmotas atrofiadas, de mentalidad embrionaria, que habían quedado adheridas al terruño, sembrando coles, o habían trepado por los andamios estercolarios de la política rural, donde colgados del rabo hacían visajes de monos y, gestos de adoración, disputándose las bellotas del erario nacional, no perdo-

naban mi gloria, tan noblemente adquirida; para ellos yo era un *dérraciné*, un sin patria, que no amaba mi país, puesto que nunca había hecho el retrato de un Presidente, ni había copiado los de los bárbaros enchamarrados, crapulosamente inmundos, que se agrupaban al pie del Capitolio Nacional, llamándose libertadores, después de haber sido torcionarios de la ergástula y apellidándose héroes, después de haber temblado en el miedo más cómicamente abyecto que recuerda los siglos; yo, no amaba mi patria, porque no había envilecido la indignación de mi pensamiento, reproduciendo sus tumultos pretorianos, sus rebeliones de libertos, en que los esclavos se ponían de pie para tener la rara voluptuosidad de caer más pronto de rodillas, y, arrastrarse más plácidamente por el lodo, ebrios de su inexorable degradación; para aquellas focas de pantano, tan idiotamente venenosas, mi celebridad era hija del reclamo sabiamente combinado; yo había engañado y deslumbrado los grandes maestros de las academias romanas; había conquistado a fuerza de agapas pantagruelescas, el elogio de los pintores y de los críticos de Arte; había atraído la atención sobre mis cuadros, por sus extravagancias de demencia; había mixtificado

con mis *pastiches*, el buen gusto de los conocedores de Arte, y, de los negociantes de las grandes capitales europeas; había ofrecido y *regalado*, mis cuadros a los millonarios americanos que los poseían: había *pagado*, para que el *Museo de Bellas Artes*, poseyese mis telas; y por último, había comprado el Jurado del Salón de París, para que me discerniese un premio... y, en aquel país, donde los padres eran capaces de vender los hijos por nacer, esas leyendas de soborno y de venalidad, eran plácidamente aceptadas por los bonzos de la mediocridad, felices de devorar el heno de la infamia, que aquellos truhanes escrofulosos arrojaban a su apetito de rumiantes inconscientes, obsesionados por la Envidia;

entonces, tuvo lugar un episodio divertido, que sacudió mi monotonía, y, el negro enojo, que ya empezaba a pasar sobre mí;

se acercaba en la aldea la época de la zambra eleccionaria, y como los arrendatarios del *Silencio* y *San Gervasio*, otra hacienda mía, eran por numerosos, cuasi una legión, los políticos urbanos, cazadores de sufragio, se creyeron en el deber de cortejarme;

yo, no figuraba en el inventario de ningún partido, y, no pudiendo clasificarme, resol-

vieron sondearme, a ver a qué bando alquilaba la majestad de mi rebaño;

los conservadores, con el Cura a la cabeza, se creyeron autorizados para enviarme una circular dirigida a los *propietarios* y *personas* notables, del lugar, en la cual, con un fausto enorme de retórica rural, me excitaban a votar y hacer votar las quinientas, o seiscientas cabezas de ganado humano de que yo disponía, en favor de los candidatos cuya lista me adjuntaban; y, terminaban, suplicándome coadyuvara a hacer de tal ilustre podredumbre, el óleo perfumado de la salud pública; los cerdos crapulosos de la piara católica, me instaban a obrar así en nombre del *Orden* ¡del orden en nombre del cual, ellos sembraban el desorden y el tumulto, haciendo asonadas todas las noches, apedreando las casas de los liberales, y, asesinándolos en las tabernas!

guardé como un documento inconmensurable de la asnalidad imperante, la circular de esos orfeonistas evangélicos, y, no les respondí siquiera;

los liberales, vinieron a pedirme el sufragio de mis siervos, enviándome su propio candidato, ese perfecto idiota que es Caracciolo Torrealba;

¡qué de años hacía que no había visto yo, aquel cretino excrementoso! ¡desde los bancos de la escuela! era el mismo hipócrita taimado, lleno de inmundicias interiores, con su aire untuoso de sacristán equívoco y su sonrisa imbécil de seminarista concupiscente; nada habría podido desinfectar aquella alma de lacayo, que martirizada de ciertos conocimientos, había escalado el diarismo, después de haber deshonrado la métrica, siempre estéril, siempre rencoroso, ese innoble granuja, consumido por la envidia como por una tisis voraz, continuaba en ser el enemigo personal del triunfo ajeno, el detractor gratis y apasionado de todo mérito, el cultivador paciente de todos los hongos envenenados de la calumnia; nada calmaba la desesperación de aquella pulga, puesta en el lecho de la gloria para inquietarla; nada desarmaba la estupidez interesada, de aquel inmundo aborto hecho de pústulas y guano fétido;

desde la escuela me odiaba aquel repugnante Tartufo, que sentía cerca a mí el escorzar de todas las inferioridades;

no me sorprendió verlo llegar al *Silencio*, la mañana de un domingo, porque ya lo sabía yo, en jira eleccionaria por aquellos contornos;

trabajo me costó ocultar el reculante disgusto que la llegada de aquel Barnum electoral, me ocasionaba, pero, venciéndolo sin embargo, logré ser atento para aquel filisteo de la diatriba, que venía a pedirme sufragio, después de haber sido el escriba asalariado contra mi gloria;

lo humillé con mi olvido y con mi opulencia; lo harté de manjares y de vinos; y, cuando partió, iba seguro de haberme conquistado y se creía ya diputado, merced a los seiscientos votos que yo había de darle;

di orden a mi Mayordomo, para que el día de las elecciones, todos los peones y arrendatarios, se reunieran en los patios del *Silencio*, para ir bajo el cayado de él, a depositar su voto de ciudadanos de un país libre... todas estas mentiras pestíferas me divertían enormemente;

mandé hacer sigilosamente, las papeletas de voto, que había de poner en manos de la irremediable imbecilidad de mis *Súbditos;*

el domingo dicho, a la hora dada, todo el rebaño agrícola estuvo en los patios de la hacienda, y, marchaba con el Mayordomo, a ejercer su derecho de elector; llevando en la mano la papeleta roja, que según Caracciolo

Torrealba, era el distintivo de los suyos; y, todos votaron;

¡cuál sería la extrañeza del Jurado, al ver que salían de las urnas, con una mayoría abrumadora dos nombres completamente desconocidos! los de los ciudadanos, Pantaleón Malaguisa, y Bruno Santaquiva... Pantaleón era el marido de Dolores, mi cocinera, el pobre viejo que regaba las legumbres, y, cuidaba los pájaros; y, Bruno, era el idiota alcohólico, encargado de dar el pienso a los caballos y barrer las pesebreras;... tan ilustres ciudadanos, se vieron defraudados de sus curules y vieron declarar nula su elección, por el crimen de no saber leer ni escribir; y yo, que no podía como Calígula, hacer Cónsul a mi caballo, me vi privado del placer de hacer legisladores a mis propios siervos; pero, me consolé de mi derrota, con el placer inmenso que me daba, haber podido dar un bofetón en pleno rostro, al infame y nauseabundo: Sufragio Popular;

esta farsa inocente, que exasperó la cólera de los ilustres cerdos escamosos de la aldea, me proporcionó ratos de verdadero regocijo, que destendieron la hiperestesia terrible de mis nervios;

la aldea se apartó de mí, más, mucho más, con su aliento de hebetud, y, de idiotía, y, yo volví a sentirme solo, solo, bien lejos de las cabezas viperinas y odiosas de los hombres, de sus máscaras innobles y bestiales, de su inmunda y feroz promiscuidad;

y, me di a vivir la vida de mi pensamiento, la intensa vida interior, la vida de mi *yo trascendental;*

y, yo quería olvidar, olvidar en un sudario de sueños, después de haber visto morir mi alta vida de gloria, olvidar, sepultar bajo las rosas del olvido, tantas visiones, tantas inspiraciones, sobre las cuales se tendía el gesto fatal de mis dos manos inútiles;

era para eso que me intoxicaba de morfina; para eso, para olvidar la inspiración, persistente, intolerable, que asesinaba mi vida con la intensidad de sus visiones;

la inspiración, que era en mí como el rut en un eunuco; una fusión de cantáridas en los labios de Abelardo;

¡la inspiración que mis manos truncas no pueden traducir!...

¡horas de inspiración! ¡horas mortales!

Des souffrances sans nombre, et des maux sans
[mesure
Mais l'esprit reste sain dans le corps délabré,
Et, se sentant mourir sombre et désespéré.

¡qué espantoso abandono es la vida del hombre sobre la tierra!...

*

He ahí que en mi soledad, en el imperio deleitoso que ya me había formado, la neurosis hacía de nuevo su aparición tremenda;

mi temperamento marcado de antemano por la herencia mórbida, era una presa fácil a la neuropatía, a la inminencia fóbica, que avanzaba con toda su corte de manías, de folías y de *tics;*

por la reacción natural en los temperamentos nerviosos, a la fiebre de la acción, había sucedido una depresión que era un anonadamiento; disgustado de todo, la vida se me aparecía en su inmenso horror, y con un deseo vehemente de quitármela, no tenía el valor de hacerlo; una sensación dolorosa de vivir era lo único que reinaba en mi ánimo; el hundimiento de mi energía se acentuaba casi

hasta su desaparición; mi voluntad hacía naufragio; yo, no era un ser, era como un harapo, que temblaba de horror a todos los vientos de la vida; el implacable azote se vengaba de mí, de los pocos rayos de luz que había aparecido en mi cerebro; ¿será verdad que la neurosis es un tributo impuesto por los dioses celosos, a los hombres más alejados de la animalidad primitiva?

el desequilibrio forzado de mis centros sensitivos, me sometía a languideces sin nombre, a tristezas sin objeto, a angustias iracundas, en cuyo fondo tenebroso, temblaba mi corazón, como una antorcha, agitada por huracanes en una niebla profunda;

la insondable melancolía reinaba en mi espíritu, y, sentía que el *mal de la vida*, me mataba;

las neuralgias repetidas, las amnesias, las visiones penosas, las alucinaciones, hacían de mis días un martirio, y, de mis noches un limbo de horror;

yo, veía que las desigualdades de mi humor me hacían insoportable, para los seres que me rodeaban, y, huía de ellos, como de la luz, del movimiento, y, de la vida...

crisis de obsesiones paroxísticas me asaltaban a menudo, sentía como si me vaciasen

el cerebro con bombas pneumáticas invisibles como si manos violentas me apretasen la garganta para estrangularme, y, patas de elefantes, se apoyasen en mi epigastro, y, aplastasen mis entrañas; y, en ese estado de eretismo nervioso, la *idea fija*, hacía su aparición: en vano me debatía con angustia, ensayaba expulsarla, me empuñaba, me dominaba, me vencía... hasta caer lloroso, aterrado, en vociferaciones y en síncopes;

la *agorafobía*, no me dejaba dar un paso; sentía el vacío en mi cerebro y fuera de él; las perspectivas temblaban y se borraban a mis ojos; el abismo de Pascal, comenzaba a mis pies;... tenía seguridad de caerme, de hundirme, si daba un paso... sólo en las tinieblas podía andar, en la obscuridad mi pie era seguro; era la luz, la que me daba la sensación del vacío; odié pues la luz, cubrí todos los intersticios para librarme de la luz, como de la infección de una epidemia... otras veces, ni aun en la obscuridad podía andar, porque tenía la sensación completa de romperme; mover un brazo, un pie, alzar la cabeza, habría sido marchar a mi desmoronamiento, y, a mi ruina;

y, entonces, quedaba extendido largo a largo en el diván de mi estudio, en una semiin-

consciencia pavorosa, en un estado angustioso de turbación mental, en el cual se sucedían las más horribles visiones;

todas mis alucinaciones de la vista, del oído, del olfato, se hacían tangibles; yo sentía voces extrañas, que hablaban cerca de mí, me decían insultos, me cuchicheaban cosas obscenas; yo, las oía, yo, veía sombras confusas moverse delante de mí, y los objetos cambiar de lugar para perseguirme; yo recuerdo un día, que estaba en ese estado de semisomnolencia, haber visto la calavera del suicida y el retrato de Severo Coral, hacerse señas y hablarse; yo, vi moverse los labios del retrato; yo, vi abrirse la boca descarnada del cráneo, y, luego, la calavera vino a mí, lentamente, lentamente, caminando en el vacío, como en la ilusión de la cabeza parlante, y llegó cerca a mi rostro, y, se puso sobre él, de modo que sus ojos verdes, sus espantosos ojos de vidrio, estaban sobre mis pupilas, y, miraban hasta el alma, con una fijeza tiránica implacable... y, luego, sacó una lengua inmensa, roja y larga como una llama, la lengua de un oso hormiguero, pero cortante como una espada, y, después de haberme devorado las narices, me introdujo esa lengua hasta el cráneo, y empezó a chupar, a extraer len-

tamente, dolorosamente, toda la masa encefálica hasta haber devorado mi cerebro... y, me sentí morir, me desmayé, bajo esta succión mortal... cuando volví en mí, la calavera reía, estaba quieta sobre el cristal del escritorio, como si no acabase de vaciarme la vida;

otra noche de invierno, de un frío glacial, había hecho prender para calentarme, el brasero que había en medio de la pieza; era una enorme araña de hierro negro, con las patas y los ojos de cristal rojo, caldeado; cuando se prendía, los ojos lucían como fanales, y, las patas, como ramas enmarañadas de una zarza encendida; aquella noche, yo miraba fijamente el insecto ardido, que me obsesionaba con su aspecto de monstruo colérico, y, tentacular, cuando vi que la inmensa araña se movía; sus ojos se hicieron más rojos, más amenazantes, como si fuesen a saltarse de las órbitas negras; las patas luminosas comenzaron a moverse, con esa nerviosidad de las arañas, cuando ven la mosca; y, el monstruo avanzaba, avanzaba con el lento movimiento de sus patas de escarabajo ígneo; y su forma repugnante y negra se proyectaba inmensa, como la de un oso erizado, hasta los últimos confines que ella misma iluminaba con sus llamas internas; y, llegó hasta el pie del sofá,

y, sus ojos felinos y enormes me miraron dormir, y, alzó una pata llameante hasta mis pies, y, luego otra, y otra, y otra... hasta que se encaramó encima, y, empezó a andar sobre mí, desgarrándome el cuerpo con sus garras penetrantes, hasta que se me puso sobre el pecho con un peso de mole... y, yo, veía la forma negra, que crecía, crecía y me asfixiaba... luego con un tubo suctor, como el de los zancudos, pero un tubo luminoso y largo, me picó dolorosamente la vena yugular, y, empezó a chupar mi sangre con una delicia tan voluptuosa, que sus ojos enormes se incendiaban aún más, y, ella misma crecía, crecía, crecía, hasta hacerse roja, gelatinosa, como una enorme ampolla de sangre que me asfixiaba... y, poco a poco, bajo el efecto de aquella succión horrible, me sentí morir... mis extremidades se helaron, me hice inerte y sentí escapárseme la vida, con la última gota de sangre, blanca y acuosa, que el horrible monstruo me extrajo del corazón...

cuando desperté, el día siguiente, el brasero estaba en medio del aposento, quieto, negro, apagado... sin memoria de haber agotado toda mi sangre y toda mi vida; ¡oh, el cándido monstruo negro, olvidadizo y voraz!

otro día, un gran sapo de metal verde, con

ojos de ágata, que yo hacía llenar de agua hirviendo para calentarme los pies, saltó también sobre mí, cuando dormía; yo lo vi saltar, yo sentí la impresión fría, glutinosa, de aquella verdura de esputo, extenderse sobre mí, como un cartílago fétido, cubriéndome de un frío mortal, y los ojos de ágata mirarme glaucos, inmensos, saltados como prontos a reventarse y a llenarme el rostro de un veneno nauseabundo y viscoso;... pronto aquella inmensa verdura de víscera podrida se extendió por todo mi cuerpo, como una vejiga de pus helada, como un inmenso tumor ceroso y acuoso extraído de un vientre muerto y puesto sobre mi corazón... y, me sentí desaparecer bajo ese gluten fétido y opaco, como bajo una gran pústula verde que me cubría todo, todo... y, después, me vi acuoso, glauco, de un glauco neutro, como si estuviese extendido, bajo las aguas, en el fondo de un pantano muy hondo, con aquel batracio inmenso, por única losa de sepulcro, aplastándome el corazón...

¡oh, los misterios de sensualidad refinada, de obscenidades dolorosas y vergonzosas, que el retrato de la monja perversa, iniciaba y realizaba en mí, durante mi sueño! yo, la veía claramente descender del cuadro, qui-

tarse pieza por pieza, las burdas telas monacales, hasta quedar desnuda como una flor de mármol; sus ojos se alumbraban de perversidades, sus labios temblaban, gesticulando la promesa y el deseo de los besos más repugnantes y culpables...

yo, inerte no podía moverme, ni ir a ella, ni poseerla, ni torturarla, ni hacerla gemir desfallecida entre mis brazos... entonces, era ella quien venía a mí, con una mirada de loca enfurecida y ofrecía a mi boca el cáliz de sus labios y el ánfora de sus senos, y, su boca culpable me devoraba... y, me violentaba y me poseía con una rabia de fiera... y, poco a poco, el cuerpo blanco se obscurecía hasta hacerse negro, frío, gomoso, como en estado coloide, y, aquel algo obscuro y repugnante, torpe, sin ojos, abría una boca enorme de voracidad; ¡oh, aquella masa negra y viscosa, aquella cabeza estúpida y sin vista, que se veía en el suelo!... era una sanguijuela... una sanguijuela descomunal, que se movía como una serpiente, y avanzaba sobre mí, su enorme cabeza ciega y devoradora... y, me despertaba de esas pesadillas, rendido, roto, extenuado, como si hubiese dormido veinte noches, sobre el vientre de una misma mujer...

estas crisis de alucinación, se terminaban

casi siempre por gritos agudos, por grandes vociferaciones de angustia, a las cuales acudía Manlio, lleno de terror melancólico, para tomarme en sus brazos y libertarme del horror de las visiones; y, me abrazaba, llorando él también, y se estrechaba contra mi corazón, y decía cosas incoherentes y temerosas, y callaba ganado por el contagio y minado por la herencia...

la herencia y el contagio, los dos azotes inexorables, devastaban su corazón; el medio y la intoxicación acababan de arrasarla... sí, porque el niño tomaba éter, él, mismo me lo confesó, quejándose de las neuralgias, que le impedían dormir...

mi voluntad aletargada, mi energía desaparecida, no tuvieron fuerzas para decirle nada, para prohibirle nada...

y, lo veía desaparecer, lo veía hundirse a mi vista, en ese abismo en que yo moría, y, no podía apartarlo, no podía salvarlo...

nos hundíamos, lenta, angustiosamente, los dos, en la misma muerte...

la emotividad mórbida lo sometía a él, como a mí, a grandes crisis de lágrimas inmotivadas; el delirio de la melancolía; la *panofobia*, o miedo de todos y de todo, nos asaltaba con igual intensidad... y, él, como yo,

huía de la gente y de la luz; había renunciado a la pesca y a la caza, a todo ejercicio al aire libre, y se había encerrado también, sin luz ni aire, en el delirio de su neurosis, con una caja de perlas de éter al alcance de su mano;

y, así íbamos, no en carrera hacia la muerte, sino en un deslizamiento lento y angustioso hacia ella...

así, como dos hombres que han caído en el mismo río, que los llevan las mismas olas, que juntos se sienten ahogar, se ven morir, y se miran dolorosamente, antes de desaparecer, engullidos por el abismo;

teníamos momentos de reacción, llamadas vanas a la energía, tendencias estériles a la acción, gritos desesperados, gestos impotentes hacia la salvación, y, hacia la Vida, ¡treguas ficticias de un mal irremediable!

desgarrados por aquella túnica de Neso, nuestros cuerpos enflaquecidos, se sentían desaparecer, minados y llevados por el mismo viento de muerte que azotaba nuestros espíritus;

como por una especie de envenenamiento de la célula cerebral, nuestros insomnios eran completos, y sólo la absorción diaria de los narcóticos, nos proporcionaban un sueño dé-

bil, intermitente, exaltado, lleno de alucinaciones y de demencias;

en las noches, nuestras voces, nuestros gemidos, las palabras de nuestros delirios, se oían como un solo grito de angustia en la soledad;

en aquella casa se había casi cesado de comer, nadie iba al comedor; nuestros estómagos se hacían atónicos y rehusaban todo alimento; nuestros corazones tenían palpitaciones intermitentes, que nos hacían ponernos de pie, abrazarnos y mirarnos uno a otro, desolados, seguros de que íbamos a morir;

buscando en nosotros mismos fuentes de inquietud y de dolor, permanecíamos días enteros sollozando, espiando los ruidos, oyendo cosas horribles, esperando el peligro, llenos de un presentimiento aciago de la muerte, estrechados el uno contra el otro, esperando que entraran a matarnos... no nos habríamos defendido; habríamos muerto abrazados como dos lianas de dolor estéril;

y, así permanecíamos días y días, incapaces de movimiento, inmóviles, en el lecho, en una obscuridad completa, en una semiinconsciencia, que era como una atonía mental, atravesada por crisis sobreagudas de sensibili-

dad, por delirios melancólicos, llenos de cosas negras dentro y, fuera de nuestro ser;

a veces me pasaban días sin que yo viera a Manlio, sin que supiera de él, sino por las voces de su delirio, por sus gritos de angustia, que escuchaba en la noche...

y, él, no sabía de mí, sino por los mismos mensajeros de dolor;

nuestra razón naufragaba en esa lucha con el Espectro, y podíamos decir todos los días, al despertar, como el infortunado Maupassant, que murió estrangulado por él:

«Me despierto del reposo corto y turbado. ¡Felices aquellos que no se despiertan! Salgo de un mar poblado de sueños, donde mi pensamiento triste y sumergido, privado del timón de su razón, flota a merced de las olas. El día es demasiado corto y la noche es un Sol, comparado al color de mi suerte lamentable...»

perdidos así en el mar de nuestras turbaciones psíquicas, quise reconstruir nuestra ruina física, reconstituirnos, con el uso de los licores fuertes, el *Champagne* y el *Cognac*, y, bebíamos para fortificarnos, *Champagne* helado, mucho *Champagne;* nuestros cerebros

débiles, no oponían sino una resistencia insignificante al poder del alcohol; y, a los pocos sorbos de licor, ya estábamos ebrios...

y, entonces, brillaba uno como sol artificial sobre nuestra vida; éramos alegres, gozosos, bulliciosos... Manlio tocaba y cantaba cosas incoherentes, bufas, arrevesadas, y, yo, lo oía encantado, embriagado por el licor, por el canto, por el perfume de las flores con que llenábamos el Salón, flores sobre el piano, flores sobre la consola, sobre las mesas, cestas de flores sobre los sofás, por todas partes flores, pétalos, corolas, un mundo de matices y de perfumes... y, luces, luces, por todas partes luces: lámparas, bujías, grandes cirios como de altar, todo lo que brillara, todo lo que alumbrara, todo lo que deslumbrara... y, así nos hallaba la aurora, rendidos, ebrios, entre las flores, cerca a los cirios que aun ardían...

pero, esto que parecía nuestra salvación, era nuestra pérdida, nuestra ruina, la catástrofe más cercana, más inminente, más inexorable;

el alcohol, despierta de una manera terrible, la locura, dormida en los cerebros marcados del estigma ancestral;

... ...

una noche, habíamos bebido mucho, el

Champagne frappé, nos había comunicado una alegría intensa, emocionante; las luces innúmeras nos llenaban de claridades; las flores eran enervantes...

Manlio, copiando un grabado de Nerón, había tenido el capricho de coronarse de rosas, muchas rosas blancas, que le caían por el cuello y por los hombros, de donde pendía a guisa de manto real, la cobertura del piano, de seda lila, sostenida en el hombro por una magnolia, como un agrafe de alabastro; sobre la espalda y en la cauda del manto improvisado, era una nieve de geranios, heliotropos, y jazmines cándidos... y, a sus pies, un pedestal de rosas rojas, rojas como sangre, rojas como fuego, cual si fuese de veras el divino hijo de Agripina, hundiendo sus plantas en las entrañas de un hombre despedazado, o en las cenizas ardidas del incendio de Roma;

así, de pie, la mirada perdida en el cielo lejano, Manlio tocaba el violín, con el arco enfestonado de mirtos, a cuyo extremo, un ramo de nardos brillaba como un broche de azahares...

nunca la inspiración había sido más alta, en aquel niño sublime, que temblaba bajo las flores, en una verdadera fiebre de armonía,

en un éxtasis de genio, inspirado y radioso, coronado de aureolas de milagro, bello y augusto, como una divinidad...

de súbito, se hizo intensamente pálido, sus ojos se abrieron desmesuradamente, dió un grito agudo, como el de un pájaro herido, y cayó al suelo, sin sentido; ¡inerme en esa inmensidad de pétalos rojos y de corolas cándidas, en esa alba de blancuras ideales, en los cambiantes de la seda lila, que semejaba un manto de plata, coronado de rosas, cerca a su violín silencioso, que era como un escudo roto, el arco en la mano convulsiva, temblando, como un tirso florecido; parecía bien un vencedor augusto, asesinado en su propio carro de Triunfo!...

yo quise ir a él, socorrerlo, gritar, pero una atonía glacial me clavaba en el sillón y sólo un débil grito inarticulado salió de mi garganta...

el niño estaba allí rígido; la faz violácea; la boca contorsionada llena de espumarajos; los ojos fijos, sin miradas; el pecho inmóvil, sin respiración

¡era la Epilepsia! el *temblor de tierra del hombre* como decía Paracelso, el terrible azote atávico, que hacía su aparición inexorable y siniestra, en aquella naturaleza ya prepara-

da para la herencia, por el contagio, por el miedo, y exaltada por el delirio tóxico, que hacía destrozos en un temperamento eminentemente alcoholizable...

en mi bruma, en mi inconsciencia, en mi letarguía, la vista de aquel rostro contorsionado, me hizo recordar el de mi madre, sujeta a crisis nerviosas, que ahora y sólo ahora me explicaba...

el cuerpo de Manlio comenzó a agitarse por fuertes sacudidas, se contorsionaba, se doblaba como un arco, daba saltos enormes de equilibrista, temblaba como un pez en tierra; la convulsión lo contraía de tal modo, que se diría que iba a romperse... las contorsiones, ganando la faz, la habían hecho deforme, lleno de gestos horribles, crujiendo los dientes, los ojos extraviados; la horrible, la espantosa baba cubriéndole el rostro todo...

de golpe, en uno de esos saltos, su cabeza dió contra el grifo de hierro, que sostenía la barcaccia del Bernini y una honda, una profunda herida, apareció en la frente, y la sangre brotó, impetuosa, inmensa, roja, cubriéndole la faz...

el niño había rodado hasta mis plantas, sangriento y convulso...

y, yo lo veía agitarse y morir agotado por la hemorragia...

a la vista de este horror, una carcajada histérica, sonora, estridente, salió de mi garganta, agitándome también en un temblor convulsivo;

y, contorsionándome en el sillón, reía, reía, reía;

los sirvientes acudidos a aquel ruido se llevaron a Manlio ensangrentado;

yo, lo vi partir, como un muerto que se llevan... y, reía, reía, reía...

y, mi carcajada sonaba en el aire como un lamento...

*

La enfermedad de Manlio, cambió otra vez de nuevo el método de nuestra vida;

ya no bebimos;

convencido de que el alcohol es el veneno más activo del sistema nervioso; que acumulado en los tejidos de los centros cerebromedulares, hace degenerar la célula nerviosa, creando la más terrible de las neurosis convulsivas, es decir la terrible, la espantosa Epilepsia, dejamos en absoluto de beber;

incapaces de remontar la pendiente mental que nos llevaba al abismo, volvimos a entregarnos a nuestros narcóticos habituales, y en sus limbos tristes, en sus marasmos sin luz, asistíamos inertes, impotentes, al naufragio inminente de nuestro ser cerebral;

ya no hubo más alegría, más músicas, más cantos;

enclaustrados de nuevo, la luz murió para nosotros; las flores se secaron sobre los vasos y en el suelo, entre la sangre de Manlio; el violín estaba roto, el piano mudo... ya no había más perfume, que el de los venenos que nos consumían; no había más luz que la que agonizaba lentamente en nuestros cerebros, no había más ruido que el de nuestros gritos de delirio...

vencidos por el Destino, moríamos en silencio;

... ...

un día, un rumor extraño sonó en el patio y en los corredores; y, risas y voces de mujeres, claras, límpidas, sonoras, llegaron hasta mí, y, oí pronunciar mi nombre; Dolores, aterrada, hizo irrupción en la pieza... pero, no había tenido aún tiempo de explicarse, cuando ya el tumulto estaba en el salón, y las voces decían...

—¡Pero, qué obscuridad! ¿aquí no vive nadie? esto parece una casa en duelo;

—¡Uf! qué olor a éter, parece que aquí hubieran operado a alguien; yo, me asfixio, decía una voz más fresca, más rítmica, más musical que la primera;

—Abre las ventanas... ¿dónde está ese hombre? ¡Flavio! ¡Flavio!...

¡ay! a través de tantos años, reconocí esa voz que me llamaba;

era la de Aureliana;

¿qué venía a hacer aquí?

¿por qué venía a interrumpir mi soledad?

y, la otra mujer, esa que se escuchaba gorjear como un pájaro asustado en las tinieblas del salón, ¿quién era?

dije a Dolores abrir el salón, suplicar a esas señoras que me esperaran y avisara a Manlio;

me puse un sencillo traje de casa, y salí a recibirlas;

Aureliana, me tendió los brazos y retrocedió asombrada ante la ruina que veía;

demacrado, los ojos hundidos, cavernosos del morfinómano; encorvado, la cabeza blanca, ella vaciló en reconocerme; al fin me abrazó conmovida, con los ojos húmedos de llanto;

ella se conservaba aún muy bien, en un gran resplandor de belleza otoñal; las formas opulentas, la cabellera negra, los ojos vivaces, la boca fresca; vestía con gran lujo, según los últimos modelos capitalinos;

desprendiéndose de mis brazos, me presentó la joven que la acompañaba;

—Aquí tienes a Germania, mi hija; acércate niña, no seas tonta, abraza a tu tío;

la joven no se hizo rogar, y, me estrechó en sus brazos fuertes, musculados y sin embargo suaves, como si fuesen hechos de aljófar;

el olor de su seno, perfumado de esencias, me subió al cerebro casi desvaneciéndome;

nada más tenebrosamente bello, que la belleza de Germania;

ni las tziganas que recorren los caminos de Bohemia; ni las gitanas que van a la aventura por los senderos asoleados de la Andalucía; ni las vírgenes moras, que se ocultan tras de los grandes velos, en los minaretes de Tánger; tuvieron la piel más obscura, ni los ojos ni los cabellos, de un negro más intenso, que los de aquella niña escultural y enhiesta, que semejaba una Isis de bronce, un *lirio negro*, magnífico y oloroso, lleno de tinieblas y de presagios...

el sortilegio de sus ojos, no lo han tenido jamás ojos iguales; ni el gesto imperioso de sus labios, lo tuvieron las bocas taciturnas de las emperatrices de Nubia; ni el resplandor de sus ojos conquistadores, brilló igual en el rostro de Cleopatra, ardido por los soles del desierto; ¡era el *lirio negro*, el lirio tenebroso que crece en las riberas del Nilo, cerca a la blancura silente de los sagrados Ibis, pensativos;

mis ojos se deslumbraron a la vista de ese ídolo javanés, todo bañado de esplendores rojos, que le venían del sol;

Germania, reía, y sus dientes menudos, parecían corazones de almendras, caídos en un vaso de sangre;

sus ojos, como deslumbrados por todo lo que veían, se fijaban sin embargo en mí, con una persistencia extraña; ¿me hallaba demasiado viejo? ¿había una diferencia enorme, entre lo que su madre le había pintado y lo que yo era? El Flavio Durán, agotado y triste, que veía ante ella, ¿era muy remoto, del Flavio Durán, que su mente de virgen había soñado?

esta idea me desconcertó horriblemente; tuve vergüenza de mí, vergüenza de mi traje, y me miré al espejo;

tuve miedo al verme; se diría que era un espectro de la elegancia;

conservaba mi mismo aire de hombre de gustos refinados y actitudes de salón; mi alta talla, encorvada, había perdido su esbeltez, pero no su distinción; los cabellos canos, iban bien a mi rostro aun joven, de una palidez de cera, como la de todos los morfinómanos, y, hacían de un brillo melancólico, mis ojos hechos aún más tristes, por el uso del veneno fatal;

mi vestido de cámara; un *smocking* gris *capitoné* en seda azul, pantalones del mismo color y zapatos de fieltro gris, acolchados de seda roja, para cuidar mis artritis intermitentes, era de un bello efecto de negligé, adecuado y sobrio; es verdad que mi marcha era torpe y me apoyaba para andar, en un bastón de ébano, cuya empuñadura, formada de una sola pieza de coral en forma de cuerno, servía como amuleto, y preservativo contra la *jettatura* y los reumatismos de las manos, ¡ay, los pedazos de manos que me quedaban! y, que mi cuello demacrado, desapareciendo en una corbata de seda roja, enrollada a doble vuelta y anudada con un alfiler enorme, que era un camaleón muy tosco, de acero negro, cuya cabeza la formaba un solo granate, rojo como la cabeza de un áspid, me hacían aparecer, sufriente, inútil, como un hombre a quien empieza a invadir el terrible azote cerebral contemporáneo, la horrible psicosis del siglo, el mal de Heine: la parálisis;

pero, el hombre de mujeres, que era yo, reaccionó a la vista de esos dos seres de hermosura, como un general moribundo, abre los ojos y se incorpora al sonido de un toque de clarín;

un hálito de juventud y de fuerza pasó por

mi temperamento agotado y, por mi cerebro aletargado y brumoso, a la vista de esas dos hembras, al contacto y al perfume de esos dos cuerpos, otoño y primavera de una raza en la cual había ya mordido mis dientes, como en una fruta jugosa, apta a apagar la sed de mi sexualidad;

Germania, vestía un traje amarillo claro, en cuyas palideces de marfil, destacaba su rostro moreno, sus ojos y sus cabellos de tinieblas, con el mismo efecto raro y sombrío, de ciertos retablos de Vírgenes negras, con mantos de moaré y coronas de oro, que se ven en algunos oratorios de monjas, en los conventos de Sicilia, y, de Andalucía; era como una Sulamita tentadora, envuelta toda en gasas de Tiro, exasperando con su belleza excitante, la cenilidad impotente del Rey-Profeta; se diría una esfinge de basalto, revolcada en las arenas de oro del desierto;

¿por qué, mi corazón tembló a su vista, como en los años juveniles ya lejanos?

¿por qué una luz desoladora brotó en mi cerebro, iluminando los paisajes, que parecían ya arrasados y asolados por la Muerte?

¿por qué volvió a vivir mi corazón?

¿por qué?

¡oh, la interrogación inacabable!...

¡como un viejo Herodes galvanizado, mi cuerpo se estremecía y mi alma se orientaba hacia aquella Salomé terrible, que parecía hecha de todo lo negro del deseo, y, de todo lo negro de la noche!

y, sentía que ella se enroscaba a mi alma, como una serpiente negra, cuyas escamas fueran como pétalos de una pasionaria de betún;

y, mi alma vió como escrita en la sombra negra, con tinta negra, una palabra negra del Misterio... y, no la descifró;

¡todo eso fué como un relámpago en la noche!...

las dos mujeres se agitaban y se movían a mi redor, como grandes pájaros de mar, azotando un peñasco mudo;

Aureliana, no agotaba su charla:

—Ayer llegamos al *Oquedal*, decía; y, ¿cuál no sería nuestra sorpresa al saber por el Mayordomo, que tú estabas aquí? no quise escribirte porque según las noticias que me dieron, una de tus excentricidades consistía en no leer ninguna carta; así le dije a Germania: mañana vamos a ver a Flavio; ella tenía un poco de miedo porque le habían dicho que tú, estabas loco, pero como es una admiradora fanática tuya, porque ella pinta muy

bien, esta mañana a las cinco, ya estaba en pie gritándome:

—Vamos, vamos, Mamá, que hoy es uno de los días más felices de mi vida; hoy voy a conocer a mi Maestro, al gran Pintor; quiero verlo aunque sea verdad que está loco, aun que me mate; yo adoro su genio;

—Y, henos aquí, mi querido, en peregrinación a tu casa, a donde hemos llegado más muertas que vivas, y, no nos han ofrecido todavía una sed de agua;

aturdido por aquella charla, como un hombre que al salir de un desierto, oyese los rumores de un tren en marcha, me disculpé como pude y llamé a Dolores;

entretanto, Aureliana y su hija, abrían todos los balcones, registraban el Salón, abrían el piano;

—¡Qué insoportable olor a éter y a morfina! esto parece una farmacia, decía la madre;

Germania, silenciosa, miraba el retrato de Erminia Martolet, que estaba sobre el piano;

—¡Qué bella Venus! dijo Aureliana, que era en pintura como en todo, bestia como una grulla;

—No, no es Venus; este es un estudio del natural; ¿no es cierto? dijo la joven, dirigiéndose a mí;

—Sí;

—¿Cómo del natural? ¿qué es eso?

—Pues, copiado de la persona misma;

—Y, ¿una mujer se pone así para que la retraten?

—Sí, señora;

y, sacando sus impertinentes de oro y concha de perla, Aureliana miró fijamente el retrato;

—¿Quién es ella? chico;

—Una señora de París;

—Ah, ésta es la mujer aquella, que la otra sorprendió, en tu estudio y la quemó con vitriolo, ardiéndote a ti las manos? ¿aquella del escándalo, de la cual hablaron tanto los diarios?

yo, como un hombre a quien arrancan el vendaje de una herida, sentí un escozor interno que me hizo guardar silencio;

Germania se había callado, pálida, apoyada en su sombrilla, mirando el retrato con tenacidad;

Aureliana, insistía;

—¿Es ella? dinos;

—Sí;

—Muy chiquita y muy, flaquita, dijo la madre, con un ceño de desdén, pensando acaso en la exuberancia de sus carnes grasas de yegua normanda;

la hija miró el retrato, con una mirada intensa, que parecía de odio, de envidia, de rencor, de un tumulto de cosas informes y confusas, que le subían del alma y, que ella misma no podría explicarse;

un estremecimiento como el que remueve las aguas pálidas de un estanque, pareció agitarla, recorriendo el oro obscuro de su piel, y los carbunclos de sus ojos de orgullo, negros, como el fondo en donde duermen los restos calcinados de las ciudades malditas...

y, volviéndose a mí, con un gesto grave, de evocación litúrgica, como un gran tulipán negro lleno de rayos de luna, me dijo con una voz baja y vibrante, donde parecía soñar muchos sueños, encadenados o dormidos:

—Es, muy bella; ¿la habéis amado mucho?

no supe qué contestar a esa pregunta, que en otros labios habría hallado de una imprudencia intolerable;

¿por qué en los suyos me regocijó?

¿por qué quise ver en ella algo como una voz de celos retrospectivos, un eco de cosa nacientes y futuras?

Aureliana, me sacó de esta perplejidad, con otra pregunta, no menos imprudente, aunque sí menos delicada;

—Y, ¿tus manos? muéstranos tus manos...

¿por qué tuve vergüenza de mostrarles el horror de mis muñones rojos, y repugnantes disimulados por la ciencia bajo mis guantes amarillos?

—Ah, no las miréis; ¿no veis como son deformes? dije mostrando la que parecía apoyar en el bastón, el cual en realidad, no manejaba sino con el resto de la mano ardida;

las dos mujeres, no se atrevieron a tocar;

en ese momento entraron con algunos refrescos;

—Y, ¿Manlio? pregunté al sirviente;

—Él, suplica al señor, que lo dispense, porque está enfermo;

—No, dile que venga, porque he de presentarlo a las señoras, que almorzarán hoy con nosotros;

—¡Ah! es verdad; no habíamos pensado en tu hijo, exclamó Aureliana, ¡pobre niño! me dicen que lo estás volviendo extravagante y loco como tú, ¿qué edad tiene?

—Diez y seis años, ya muy avanzados hacia los diez y siete;

—¿Es italiano? ¿o francés?

—Italiano;

—¿Quién es la madre?

—Una mujer;

—Se comprende;

y, Aureliana rió, aunque no debió encontrar la respuesta muy gentil;

Germania callaba... y, sus ojos sombríos, como sepulcros de Eternidad, miraban hacia el campo, como si no prestase atención ninguna a nuestra conversación; y, lo que había en ella, de oculto y de terrible, parecía soñar profundamente;

tomado que hubieron los refrescos, quisieron conocer la casa, que encontraron llena de suntuosidad;

el gusto provincial, y, la mente limitada de Aureliana, no le permitían apreciar ciertos detalles, que el talento cultivado y, el gusto artístico de Germania, lo revelaban al momento;

las molduras y los diversos estilos de los muebles; el trabajo y la ciencia profunda de los mármoles; las preciosas cinceladuras de los bronces; pero, más que todo, las pinturas del Beccafumi, y del Peruzzi, la encantaron; muy inteligente en la pintura, pero, poco erudita, oyó con una atención apasionada, la ligera disertación que hube de hacerle, sobre esa maravillosa época del arte toscano del Doscientos a la Decadencia; sobre la escuela de Simón Martini, del Duccio, del Bartoli, de los dos Lorenzetti, de Matteo de Giovanni, y sobre todo de ese gran movimiento de

renovación y de liberación, iniciado por Sano di Pietro, contra el arcaísmo inveterado y el hieratismo ataráxico de las figuras, siendo el primero que implantó el verismo de los rostros y dió pupilas humanas a sus Madonas, que sintieron, por el milagro de aquel pincel, circular la sangre y la vida en sus cuerpos anemiados, hasta entonces simples figuras de Paraíso, carentes de humanidad;

ella, oía extasiada, mientras su madre bostezaba hasta dar sueño a un avaro en quiebra;

al entrar al gabinete de trabajo, Aureliana retrocedió dando un chillido, ante el pobre mono, embalsamado, que le tendía sus dos manos negras y peludas; y, no bien repuesta de ese susto, ya dió otro grito de espanto ante la calavera que había en el escritorio;

—Vámonos de aquí, este es un cementerio, decía aterrada, y, se agarraba a las faldas de su hija;

ante la profanación de la patena y el cáliz, los pelos se le pusieron de punta, y juró que iba a robarme esos dos objetos, para substraerlos al sacrilegio;

cuando vió el retrato de Severo Coral, gritó:

—Mira, hija, mira: éste es el loco aquel que se mató por la abuela de las Villenas; míralo qué feo;

¿no es verdad que tiene cara de loco? y, que lo era... ¡si vieras tú lo que escribía! pobrecito! murió sin confesión; Dios lo haya perdonado, ya que mi abuelo no lo perdonó jamás;

y, ante el retrato de Sara Coral, se puso de rodillas y se santiguó diciendo:

—Ven a rezar aquí, que esta es la monja santa que hacía milagros, y la que va a conseguir la salvación de todos nosotros;

Germania, no me pareció de una religiosidad semejante a la de su madre, pues mientras ésta gazmoñaba al pie de aquel Ídolo de Lujuria, que había sido la monja epiléptica; aquella tomaba de mi biblioteca central y hojeaba, un libro de Baudelaire, del cual ensayaba traducir los versos opacos y rectilíneos, como pequeños ídolos faraónicos, cincelados en metal blanco;

más fácil le fué, leer de *Sagesse*, unas líneas en la amplia y armoniosa libertad del verso verlainiano:

'Mon amour est le feu qui devore à jamais
Toute chair insensée, et l'évapore comme
Un parfum.....

y, alzó los ojos y me miró, con una mirada en que aparecía su alma desnuda, como un

gran lis en una landa desierta, con el triste desfallecimiento de un corazón ensangrentado;

yo, temblé bajo el horror de mis grandes duelos, como si hubiese oído sonar clarines triunfales, en una noche divina, bajo pórticos lejanos, ornados de grandes rosas de victoria;

—Ven acá, a traducir esta oración, dijo su madre, que se había puesto de pie y ensayaba en vano, deletrear, unas pocas líneas que yo había escrito al lápiz, al pie del retrato y que formaban uno de los más espléndidos cuartetos del inmortal autor de las *Letanías*, ¡verso admirable con que yo saludaba todos los días la monja tenebrosa!

Germania se acercó a leerlo, y, con voz baja, pausada, leyó una a una las palabras allí escritas:

Luxure, fruit de mort à l'arbre de la vie!
Luxure, avenement des sens à la splendeur!
Je te salue, ô tres occulte, et tres profonde
Luxure, idole noir et terrible.....

—Y, ¿qué es eso? dijo Aureliana, que una de las pocas virginidades que conservaba era la del francés;

yo, renuncié a traducírselo;

Germania, quedó silenciosa, cual si sintiese las olas de un mar muy hondo pasar por su corazón;

en el momento en que la salutación terrible de esos versos, despertaba y gritaba grandes cosas negras y rojas en el fondo de sus entrañas de virgen, yo vi lucir en sus ojos, como en los ojos de su madre, el mismo resplandor orgiástico, la misma luz de ninfomanía que dormitaba como un rayo, tras de los párpados semicerrados de la monja lésbica;

el morbo impuro, el terrible morbo ancestral, circulaba por su sangre y agitaba su linfa con el ardor del germen hereditario;

¿qué era su madre?

¿qué era ella?...

este pensamiento me dejó hondamente soñador;

Germania alzó a mí sus ojos aún más negros, como si los alzase del fondo de un pantano, llenos aún de brumas y de lodo;

¿qué acababa de decirle el alma de la monja?

¿qué había dicho a su corazón?

¿de qué secreto, de qué intimidades de claustro y de dormitorio, le había hablado, despertando en ella el recuerdo del colegio recién abandonado?

mi mirada fué tan certera, tan honda, que Germania enrojeció...

en aquel momento llamaron a almorzar;

al atravesar el salón, encontramos a Manlio, que venía hacia nosotros;

hacía días que yo no veía a mi hijo, y quedé asombrado ante los destrozos que el mal había hecho en él, marchitando y palideciendo las rosas de su belleza adolescente;

la blancura de su rostro, como la de todos los eterómanos, era una blancura diáfana, cuasi transparente, como si fuese hecho de cristal; el brillo de sus ojos intensos y como febricitante, era un brillo anormal y parecía conservar en ellos algo del estupor, del estrabismo, con que se hicieron casi blancos, aquella noche fatal, al caer entre las flores, herido por la epilepsia; vestía un traje londonés, azul marino, zapatos grises de cuero de gamo, como de ciclista, y, anudaba al cuello, también a doble vuelta, una corbata color de cereza madura, sujetada por su alfiler de predilección: un gran pelícano de oro muerto, cuyo corazón era un granate enorme;

enrojeciendo, por la ereutofobia, natural a su edad y a su enfermedad, vino a saludar a las señoras, y, me abrazó a mí;

Aureliana, fué efusiva con él, Germania un poco más reservada;

en el comedor, sonaban extrañas las voces femeniles; nuestra misma presencia parecía como una resurrección; las flores, las vajillas, los vinos, brillaban con resplandores nuevos, como si nos diesen la bienvenida, felices de ver otra vez surgir la vida, en aquella casa de agonía y de muerte;

las buenas gracias de Manlio y su cortesía exquisita; cautivaron pronto las dos mujeres; estuvo espiritual, decidor, casi alegre; sus ojos hechos vivaces, se clavaban en Germania, como detallando aquella belleza de bayadera, que parecía importada de las costas de Malabar; acaso, voces de su sangre materna, le recordaban la belleza obscura y tenebrosa de las pastoras nómadas en los profundos valles latinos;

ni él, ni yo, probamos los vinos, y, cuando sirvieron el *Champagne*, ambos, por un movimiento instintivo y semejante, alejamos el vaso, y, nos miramos con horror, heridos del mismo espanto, cual si viésemos surgir ante nosotros toda la decoración de aquella escena, en que él rodó a mis pies, herido por el terrible mal que nos acechaba;

y, la angustia de nuestros ojos, dijo bien, la angustia de nuestros corazones;

después, volvimos al Salón, donde Germania tocó el piano;

ya el horror, el invencible horror, había caído otra vez sobre mi corazón, donde la reconstrucción de la terrible escena, se operó brusca e inexorablemente, a la virtud evocadora de la música...

y, vi mentalmente a mi hijo, coronado de rosas, palpitante de inspiración, caer como herido de un rayo, revolcándose a mis pies, flagelado por el terrible azote que devastaba nuestra raza...

y, no hubo una sola convulsión de un músculo, una sola contracción de las facciones, que el recuerdo implacable no reprodujera íntegro, amplificados, desmesurados, en el espacio inerme de mi imaginación terrificada...

y, las manchas de sangre, que aun manchaban la alfombra, se engrandecían a mis ojos, negras, inabarcables, como una mar de sombra y de dolor, un Estigia de infinita, de imperecedera desolación, donde aparecían y desaparecían, lívidas, desprendidas del tronco, como guillotinadas, cabezas trágicas, cabezas de dementes, que se hundían engullidas por el abismo, devoradas por el Terrible Mal, por el fantasma inextinguible, que vagaba allí, sobre nuestras cabezas, pronto a herir en nosotros los últimos vástagos de un linaje,

condenado por la fatalidad, fulminado por no sé qué extraña maldición de furias ancestrales...

y, en ese tumulto de visiones, yo miré a Germania... ella era también flor de esa raza, y, debía sentir un día en su sangre la furia de ese fango, y en su cerebro los vuelos ciegos y desencadenados de ese huracán, que llevaría a nuestras almas todas, la horrible plenitud del vértigo, y, de la noche...

ella continuaba en tocar, grave y seria, con no sé qué de misterioso y obscuro, como en la tiniebla de un irrevocable pasado, tenebrosa y armoniosa, como una melodía en el crepúsculo...

y, tuve piedad de ella, de su juventud llena de cosas ardientes y sagradas, de su belleza profunda, donde dormían cosas divinas...

tuve piedad de su madre, cuya carne experta y pesada, había sentido el trabajo creciente del morbo, sacudiendo todo su ser, como una selva en Octubre;

tuve piedad de Manlio, en quien tantas cosas monstruosas se cumplían... y, tuve piedad de mí, que veía aquel naufragio de almas, náufrago yo también, parado en el umbral de la irremediable noche...

Aureliana, se puso de pie para despedirse,

y, eso disipó la terrible angustia que sofocaba mi corazón;

Manlio, hizo uncir el *phaetón*, y fué a acompañarlas él mismo, guiando la jaca mora, a la cual el largo reposo había hecho arisca;

yo, quedé en la puerta viéndolas partir;

y, cuando las miré perderse en el último recodo del camino, y vi sus sombrillas claras, desaparecer como dos flores llevadas por el viento, toda mi antigua tristeza revivió, y, me vi solo, solo, en la floración de miserias que llenaban mi vida...

y, por primera vez sentí el dolor de la soledad... y, por primera vez, la soledad me pesó como un fardo;

¿a causa de qué?

la imagen de Germania se alzó en mí, misteriosa y triste como una evocación en quien se encarnara un Destino... Muda y augusta como un símbolo, en la soledad de un extraño templo...

y, vi la miseria de ser solo, en la soledad de un sueño sin esplendores...

y, lloré mi soledad...

*

Se diría, que el Destino había infundido una alma, a aquella casa de la Muerte;

ella brillaba, ella vibraba, como si hubiese sido tocada de improviso por una tempestad de Vida;

el *Silencio*, perdió hasta la significación de su nombre, convertido como fué en un nido de ruidos gozosos y cantantes;

Aureliana y Germania, tomaron posesión de él, como de un terreno conquistado y expulsaron de allí nuestra tristeza;

el sol volvió a entrar flameante y radioso por las ventanas abiertas, llenando las estancias de sus incendios divinos; la brisa volvió a purificar la atmósfera viciada, expulsando los últimos rastros del éter y la morfina, que la llenaban antes, y dejando entrar libremen-

te los enormes ruidos del campo, que sonaban a nuestros oídos hechos al silencio, como el rumor lejano de muchedumbres en tumulto; otra vez los cálices de flores, se abrieron en la penumbra, como un saludo de almas fraternales, que venían a hacernos compañía: otra vez la música con sus melodías de mundos interiores, volvió a agitar nuestras almas, despertándolas a las puras emociones, iluminándolas de dulces claridades, despertándolas valerosamente, a la visión luminosa y vibrante de las cosas ideales; otra vez la vida, volvió a brillar como un arco iris, sobre la inmensa mar de angustia donde agonizaban nuestras almas;

y, todo por ellas, por ellas, que como hadas de venturanza, entraron en nuestra vida expulsando de ella los fantasmas;

bajo el pretexto de que su casa era muy pequeña y estaba en refacción, y, de que la soledad la enojaba y la mataba, Aureliana hizo del *Silencio*, su cuartel general; a él trasladó sus dioses lares, es decir sus útiles de costura, y bordando tapicería o haciendo *crochet*, se le veía por los corredores y el jardín, con su charla sempiterna y su movilidad asombrosa, mientras Germania, ensayaba música con Manlio, hacía el dibujo o pintaba ba-

jo mi dictado, si no se absorbía en la lectura interminable, en mi cuarto de estudio, del cual había hecho su sitio predilecto;

desde las siete de la mañana ya llegaban abriendo puertas y ventanas, haciendo trabajar las escobas y, plumeros, y fatigando el servicio, no acostumbrado a la iracundia de semejantes faenas;

bajo el pretexto, muy justo y muy verdadero, desde luego, de que siendo nosotros hombres solos, ella tenía el deber de vigilar nuestra casa y no dejarnos robar, como nos robaban ignominiosamente, Aureliana tomó sobre sí, el manejo de la casa;

yo, la dejaba hacer, sin fuerza ni deseo de oponerme para nada;

además, como mi prima no era una virtud que resistiera sitio y antes bien, saltaba las murallas para venir ante el enemigo, y, mahometana a ese respeto, si la montaña no iba hacia ella, ella venía hacia la montaña, vino hacia mí, con el pretexto de consolar mi soledad y volvimos al placer como en los tiempos antiguos;

Aureliana conservaba todos sus antiguos ardores, y, con gran sorpresa suya, encontró en mí, a quien creía agotado, un amante perfecto, que fatigó su temperamento y acabó de

exacerbarlo, iniciándola en las fantasías, las perversidades y los refinamientos, con que la corrupción de las viejas civilizaciones, salpimenta y duplica, los goces del Amor;

ella, fué encantada y a los arrebatos de su pasión carnal, unía ternuras de sentimentalidad, que me aterraban...

... ...

... ...

pero, mi alma era arrebatada, como por una águila de fuego, a otras regiones, como una crisálida alzada de un sepulcro, y llevada en el soplo y el esplendor del sol;

iba en un peregrinaje divino, hacia otro astro, emergido en el silencio, bajo cielos de extrañas idealidades...

y, oía las grandes voces de la pasión, pasar en mis luminosos éxtasis, como un gran soplo de renovación, llamándome a la Vida; la vieja llaga de mi corazón se abría y sangraba;

y, después de haber sufrido tanto, después de haber llorado tanto, he ahí que de nuevo resurgía mi corazón;

era una Anunciación mi vida entera; ¡una divina Anunciación que era un cántico!

y, he ahí que mi alma resucitaba en una apoteosis gloriosa, y se alzaba en una Transfiguración, que cantaban todas las campanas

de la pasión, sobre las torres invisibles del milagro;

yo, amaba;

amaba a Germania, la virgen tenebrosa y enigmática que me atraía con el sortilegio de un abismo... y, me llamaba con mirajes de inmensidad...

y, la veía alzarse ante mí, traído por el destino, para ponerse en mitad de mi sendero, terriblemente enigmática como el Misterio, sombríamente negra como la boca del abismo;

y, me aproximaba a ella, tomado del mismo vértigo que me había asaltado ante esas pendientes escabrosas y trágicas, por donde se había precipitado mi alma en el dolor;

y, sentía bien el despertar de mis sentidos, la borrasca fatal, desperezarse como una ala de buitre, allá en las profundidades obscuras y apaciguadas de mi ser;

y, sentía subir la pasión, en mí, negra, inmensa, tempestuosa, como una marea de equinoccio; no me hacía ilusiones sobre mi corazón; lo sabía débil, voltario, pronto a caer de rodillas, en el momento preciso, ante la hembra que el Destino pusiera en mi camino para acabar de anonadarme;

sentía que la fatalidad del amor, pesaría

aún sobre mi existencia, y que el terrible drama de mi corazón no había llegado a su fin;

sí, lo sentía porque el amor estaba ya en mí, como un tigre despierto en su guarida;

el amor inmediato, súbito, irreflexivo, violento, como habían sido todos los amores de mi vida;

el golpe de rayo, que me incendiaba como una zarza de milagro a la primera mirada, de los ojos de aquellas mujeres que habían de serme fatales;

el mismo resplandor que me cegó y me hizo caer de rodillas ante la primera aparición de Delia, de Eleonora, de Erminia Martolet; ofreciéndoles mi corazón, como una flor de fuego arrancada a las entrañas del sol;

el mismo arrebato estúpido, irrazonado, indominable, que me hizo ir atado como un esclavo, a la belleza encantadora y fatal de aquella creatura de misterio y de amor, que devoraron mi vida...

el mismo vértigo que me había llevado a precipitarme por todas las cimas del horror y de la tragedia;

¡el mismo!...

¡el vórtice, el terrible vórtice, volvía a abrirse ante mis pies, llenándome con voces de abismo y gritos de desolación!...

sin embargo, ese amor, me llenaba de luces interiores, y, era como un gran sol en mi corazón; era la grande Epifanía de mi vida llenándome de fuego de divinidad...

por él me sentía indisolublemente atado a la vida; por él vivía;

él, era el Cristo de mi resurrección, y el dedo luminoso que había curado todas las lepras de mi ser;

sobre la magnificencia de mi sueño, mi corazón se dormía, como un petrel, con las alas abiertas, sobre una nube de tormenta...

no hay sobre la tierra, una ventura, que no sea la forma obscura de la Nada.

*

Aquella tarde, después de la comida, bajamos al jardín;

el sol canicular había muerto, y la noche invadía el bosque a lentos golpes de sombra, como el flujo de las aguas sobre una playa calmada;

en la verdura negra de las plantas ardidas, cabrilleaban las últimas luces solares, con el reflejo intermitente y lustroso de una piel de pantera que juguetease en la sombra;

un perfume de almendras dulces y de mirtos en flor, impregnaba la atmósfera ya llena de un pesado vapor de fertilidad, que se escapaba de la tierra calurosa, recién tocada por la caricia intermitente de las aguas;

el ruido de la cequia remota, poblaba la soledad, de voces indefinibles, como mil confi-

dencias de almas, que desgranasen sus secretos en la sombra;

en la transparencia opalina del cielo remoto, las estrellas aparecían, como grandes lises de plata sobre un escudo de ámbar;

en la suprema belleza de aquella hora de estupor y de ensueño, las cosas melancólicas se pusieron a hablar a mi corazón, con grandes voces de meditación y de dolor, que más que del profundo valle, parecían brotar de los más sagrados abismos de mi ser;

una sed, de abstracción, de soledad, de recogimiento, me abrazó ante la visión serena y pura, que surgía de las cosas inmutables, y, la violencia de los tumultos, que subían en mi alma, dulcificados por el encanto turbador de la hora, llena de silencios voluptuosos y melancólicos;

me pretexté cansado y me senté en un banco de piedra a la sombra de un pino parasol, cuya gracia indefinible parecía cubrirme con el gesto suave de una caricia;

los otros, se alejaron lentamente;

Aureliana y Manlio, hablaban;

Germania, los seguía en silencio, volviendo por momentos la faz hacia mí, para mirarme;

en la sombra de la avenida, donde los rayos esterales fingían un mosaico, negro y ocre,

como un claro-obscuro, de Mantegna, ella misma parecía, un rayo de astro, iluminando con su divina juventud, el aire sutil, la penumbra recogida y apasionada que la circundaba;

en esa sombra semiluminosa, hecha como de una solución de índigo y oro; entre los rosales con claridades místicas, ella misma parecía una gran flor pensativa, cargada de sueños graves, emergiendo en el crepúsculo, indeciblemente lejana de las cosas de la vida;

y, cuando el reflejo blanco de su traje, se perdió tras de los últimos árboles, se habría dicho, el plegamiento de alas de una mariposa nocturna, sobre las hojas dormidas;

al verla perderse en la lejanía entenebrecida, mi alma llena de su presencia ausente, vió abrirse su imagen, como una rosa de oro, solitaria en los cielos del recuerdo;

y, ese recuerdo llenaba mi alma, como un perfume, y, como un flúido;

y, vi que su presencia llenaba de cosas ineluctables mi vida toda; y, pensé en lo grande y en lo triste de mi amor por ella; y, dejé mi pensamiento vagar por el espacio que esta pasión violenta y nueva habría al ala prodigiosa de sus sueños;

sentí todas las cosas obscuras y trágicas de mi Destino, moverse en mi corazón;

y, la inminencia de las cosas ocultas y terribles que cercaban mi vida, se me apareció en la inmensidad del porvenir, como una bandada de gavilanes, avanzando en vuelo triangular, prontos a devorar las alondras de mi sueño, que ya piaban saludando el brillo de una aurora;

y, en el silencio musical de la hora, la imagen de mi amor apareció a mis ojos, como aquella estatua de piedra, que soñó la hija de Edipo, y de la cual brotaba una fuente de lágrimas...

y, el horror de la profetisa de Albano, resurgió en mi mente, y vi ese horror retratado en sus ojos de loba y el trágico gesto de angustia en sus labios de Sibila;

¿cómo luchar contra mi Destino?

¿cómo?...

¿había de sucumbir sin esperanza, bajo el signo trágico que marcaba mi vida?

¿por qué, no luchar contra él, y reaccionar contra esa preocupación que me abrumaba como un mal sueño?

¿por qué siempre el amor había de ser fatal, como una maldición a mi existencia?

no, era preciso, desterrar esa idea, luchar contra ella; vencer, amar;

¿qué era mi vida sin el Amor?

¿a dónde iba yo solitario en la existencia, arrastrándome por los linderos del delirio hacia la Muerte?

yo, que había sufrido tanto por el amor, ¿no podría salvarme por él? mis amores habían sido desgraciados, acaso porque habían sido irregulares, tempestuosos y anómalos; ¿por qué no legitimar alguna vez las pasiones violentas de mi corazón?

¿por qué, no buscar en un amor puro y legal, el equilibrio, la estabilidad que faltaban a mi vida?

¿por qué no vivir como vivían los otros?

yo, no era ya un joven; ¿por qué no pensar con seriedad, en una vida arreglada que acaso llegaría a salvarme?

¿qué sería pues, el matrimonio para mí? sería una resurrección; por él, encontraría lo que me faltaba en la vida: el objeto de vivir; mi vida física y mi vida moral, resurgirían en una nueva floración; en mi casa entraría la alegría como un sol; la Muerte, huiría; ¿por qué no hacerlo? era rico, libre, iba a cumplir cuarenta años; aun podía escapar por ese me-

dio al delirio y a la obsesión de la muerte; ¿qué me faltaba para hacerlo? querer;

Germania, ¿me amaría? ella no tenía aún veinte años; la gran diferencia de edad, ¿no la asustaría?

yo, había creído leer en sus ojos algo extraño, algo que no era la aversión, ni siquiera la indiferencia; ¡oh, si me amara!

y, luego, pensando en la soledad que volvería a extenderse sobre mí, si ella rechazaba mi amor, tuve una de esas crisis insostenibles de tristeza, que hacían asomar el llanto a mis ojos;

incliné el rostro sobre una de mis manos mutiladas, y lloré lloré amargamente, pensando en el horror de mi vida solitaria, en mi destino trunco, en ese laberinto de dolores, ¡que no tenía más salida que la muerte!... ¡ay! ¡era tarde, tarde, que yo me había hallado con la cifra fatal de mi Destino! era ahora, después de mutilado, después de vencido, cuando ya no podía luchar, ni podía escapar, que venía a descubrir el secreto trágico de mi raza, el terrible morbo, que se aposentaba en mi sangre, llevándome a carrera tendida hacia la epilepsia, hacia la parálisis, o hacia la locura... ¡siempre hacia la Muerte!...

¿cómo podría escapar de mi Destino?

¿cómo salir de esta encrucijada, a cuyo fin el grande y trágico rostro de la Demencia, me miraba fijamente?

¿cómo?

aterrado, sequé mis lágrimas y quise ponerme de pie para huir al horror de mis visiones;

Germania, estaba inmóvil cerca de mí;

ella, me había visto llorar; ella, lloraba también...

me tendió su mano enguantada, que yo besé como un símbolo;

—¿Por qué llorar? me dijo entonces, con una voz profunda, agitada como un eco de tormenta;

—Porque soy un vencido;

—¡Un vencido! ¿de qué?

—De la Vida;

—¿Habéis renunciado a ella?

—Y, ¿qué podría yo hacer de mi Vida?

—Vivirla;

—Vivirla, y, ¿para qué? ¿para quién?

ella volvió a mirar y de su rostro obscuro, brotaba mucha luz, como de un diamante negro oculto en la sombra;

la intensidad de sus miradas, era sólo igual a la intensidad de sus palabras...

—Y, ¿no amáis a nadie?

—¿A quién queréis que ame?

—A vuestro hijo;

—No se manda su corazón;

—¿Habéis renunciado a amar?

—Y, ¿vos?

ella se estremeció y sin desconcertarse dijo:

—¿A qué hablar de mi corazón?

—Y, ¿para qué escudriñar el mío?

—¿El vuestro? ah, porque el vuestro ha vivido siempre bajo mis ojos; porque vuestra historia ha sido la leyenda dolorosa y gloriosa, en que ha abrevado mi corazón; porque vuestro nombre ha sido un ícono para mí, durante mi triste adolescencia; porque lejos os veía vivir, y, cerca no me resigno a veros morir... y, luego como si dialogara consigo mismo:

—Ya se ha realizado el gran sueño de mi vida, dijo; ya os he conocido, ¿por qué me ha sido dado veros llorar? ¿por qué?

—Porque la sinceridad del alma no se conoce sino en el dolor; las lágrimas son una revelación;

—Y, ¿qué revelaban vuestras lágrimas?

—Lloraban mi soledad;

—Y, ¿no la habíais amado tanto?

—Sí, hasta ahora...

—¿Y...?

—Ahora comienzo a odiarla... yo amaba mi sombra; yo amaba mi aislamiento; ah, ¿por qué los habéis interrumpido?

—Flavio, dijo ella, mirándome con tristeza; la Vida es una cosa grave, ella es sabia y es santa; son siempre sagradas las cosas de la vida ¿por qué maldecís mi felicidad? ya se ha realizado el gran voto de mi vida; ya os he conocido... he ahí lo menos diez años que esperaba este momento! ¿por qué maldecirlo? diez años que he vivido de vuestro arte, y de vuestra vida, admirando vuestro genio, gozando vuestras glorias, llorando vuestros dolores, esperando la hora de vuestra aparición... y, he ahí que cuando ella llega, me culpáis por haberla deseado... eso equivaldría, a que el Cristo hubiera dicho a las mujeres de Betania: ¿qué me queréis? ¿por qué me habéis aguardado? ¿por qué esperar anhelante la hora de mi aparición? ¿por qué habéis creído en mí?

¿por qué me habéis amado?...

—Germania, Germania, ¡bendita seáis! clamé yo cayendo de rodillas ante ella y besando la orla de su traje; y, mis dos muñones se tendieron hacia ella, como para aprisionarla;

comprendí que la hora decisiva de mi des-

tino había llegado, y obligándola a sentarse a mi lado, le dije con calma:

—Germania, ¿queréis ser mi esposa?

como si toda la intensidad de su vida, hubiese refluído entonces hacia su corazón, quedó silenciosa un momento, como abrumada por todas las cosas tumultuosas que debieron venir a su alma, y, después, alzando hacia mí, sus ojos, de una obscuridad y, una potencia magnética incomparables, me dijo gravemente:

—Sí...

y, me tendió su mano;

yo, la llevé a mis labios, poniéndome otra vez, casi de rodillas ante ella...

—Dejadme callar, le dije yo; dejadme que mi turbación pase en silencio; soy impotente a dominar la sensación de ventura que me ahoga; vos me salváis; ¡bendita seáis!

ella, sonreía melancólicamente, inclinando sobre mí, la frente llena de aureolas de belleza;

el ruido de voces cercanas nos hizo ponernos de pie;

Aureliana y Manlio, se acercaban;

Germania, conmovida hasta las lágrimas, bajó el velo negro sobre su rostro;

y, así, en pie, apoyada en su sombrilla, ba-

ñada por un rayo de luna que atravesaba los ramajes, parecía una estatua de jaspe, sobre la cual hubiesen puesto la cabeza de basalto de una esfinge;

y, regresamos a la casa;

Aureliana charlaba; Germania conmovida aún se había encerrado en un mutismo de emoción, que intensificaba su mirada, hecha como una luz de pedernal, ardiente y radiosa; marchaba adelante, con su madre, y, mi alma seguía sus huellas, como un lucero en el lago, sobre el surco abierto por las alas tenebrosas de un cisne negro de Australia;

¡cuánto había vivido mi corazón en pocas horas!

¡cómo había cambiado de súbito mi Destino!

¡oh, la triste fragilidad de las cosas de los hombres! ¡la débil nube de arcilla, que disuelve en el espacio el viento del crepúsculo; la fragilidad de nuestros sueños, es hecha de su propia grandeza!

¡sueños de imposible y de inmensidad! ¡no se encadena lo infinito!

*

¿De dónde venía en esa hora de ventura la infelicidad de mi corazón?

venía de mi pasado;

venía de Manlio, que amaba perdidamente a Germania, y venía de Aureliana, que me amaba locamente a mí;

todas las faltas de mi juventud se alzaban para acusarme;

¿qué son las victorias del hombre sobre la tierra?

se puede vencer un corazón, no se vence su vida; ella se alza hosca, tenaz, inexorable, cerca a la miseria de cada triunfo... ella es el sepulturero que remueve y arroja al viento toda ceniza de ilusión;

no hay victoria definitiva, sino la victoria de la Muerte;

¡la Muerte! he ahí la gran pacificadora, que se ofrecía de nuevo a mi corazón! hela ahí venir, con la túnica verde de la Esperanza, tendiéndome los brazos;

¿mi *única* esperanza?

no;

la vida me era hostil, pero yo ensayaría vencer la Vida;

lucharía contra ella;

el hombre es el prisionero de su pasado; él, aparece delante de nosotros, está detrás de nosotros; nos envuelve como una atmósfera, a cada paso que damos, el pasado surge como una vida; se puede luchar con el presente, desafiar el porvenir; pero, ¿cómo se vence su pasado? inasible e invencible, él, nos tiene entre sus brazos; y, nos asfixia y nos tritura;

he ahí mi pasado que se alzaba para castigarme;

he ahí los placeres de mi carne que se alzaban florecidos contra mi ventura;

¿qué querían castigar en mí? el bien de haberles hecho bien;

si yo hubiera asfixiado a Manlio en mi estudio; cuando su madre lo trajo rebelándose a lactarlo y me lo entregó para siempre; si lo hubiera dejado morir de inanición, o lo hubie-

ra arrojado al Tíber, no se alzaría hoy ante mí, celoso de mi parte de ventura;

si yo no hubiera accedido a calmar, los ardores ninfomaníacos de Aureliana, si no la hubiese hecho feliz, con mis condescendencias apasionadas, no se alzaría hoy contra mi felicidad;

era por haber sido bueno, que era desgraciado;

la bondad es la debilidad irredimible;

si sembráis el bien, sólo cosecharéis el mal; sus espinas desgarrarán vuestras manos;

no hagáis el bien... se alzará en vuestro camino para asesinaros;

¡no lo hagáis! ¡no lo hagáis!

... ...

... ...

Manlio, aceptaba su suerte desarmado, taciturno, con una resignación sombría;

no demostraba rencor contra mí, sino una amargura pensativa y dolorosa;

toda su sangre italiana, hervía de venganzas; pero, era contra Germania, que la soñaba; he ahí lo que me inquietaba; ¿de qué no sería capaz este niño apasionado y desventurado, que llevaba en la mezcla y en las enfermedades de su sangre, todos los gérmenes de la degeneración, de la locura y del crimen?

en él, el delito no sería sino una impulsión natural e irresponsable; su sangre materna, salvaje y vindicativa, lo llevaba hacia la *vendetta*, con la furia de un lobezno, que muerde por instinto; la sangre de su padre, la sangre degenerada, y enferma le había intoxicado con los gérmenes del mal, los gérmenes impulsivos y de la debilidad cerebral, bastantes para hacer de él, un criminal irresponsable; sabido es que los neuróticos, los histéricos, los epilépticos, llenan hoy todo el escalafón del crimen;

la semilla de la flor del cadalso, nace en los llanos tristes de la histeria;

el crimen es una neurosis;

¿con qué fuerzas resistiría este niño la impulsión del crimen si llegaba a soplar en su cerebro enfermo?; he ahí lo que me horrorizaba;

yo había visto lucir un reflejo de sangre en sus ojos: el mismo de los *accoltellatori* romanos, cuando estaba frente de Germania;

y, él había osado amenazarla de muerte;

cuando yo lo llamé para reprenderlo, por esa villanía, me respondió simplemente:

—Si tú fueras, únicamente *otro rival*, yo te pediría cuenta; pero eres mi padre; contra ti,

no puedo nada; te llevas la mujer que amo; ¿qué más quieres? déjame tranquilo;

y, se alejó, soberbio y despectivo;

desde aquel día no lo vi más;

encerrado en su apartamento, entregado de nuevo al uso del éter, no se hacía ver ni sentir, y, se consumía lentamente, sin desarmarse ni desarmar a los demás; yo le veía morir tranquilo;

su veneno me libertaría de él;

tardaba mucho en desaparecer;

los furores de Aureliana, no eran silenciosos como los de Manlio, revestían el aspecto de verdaderas crisis de nervios; gritaba, vociferaba, tenía ataques histéricos, que concluían siempre por grandes escenas de llanto;

su cólera contra mí, no tenía límites;

desde el día en que confesé mi amor a Germania, y, obtuve de ella, la promesa de ser mía, me aparté definitivamente del lecho de su madre; no volví más a él; aquella cohabitación impura, repugnó ya a mi naturaleza; me parecía que los besos dados a Aureliana, eran robados a los labios de Germania, y los guardaba todos para ella... yo, creía que aquel acto impuro, celebrado tan cerca del lecho de la virgen, la mancillaba, y, no volví;

Aureliana, rebelde contra su suerte, hizo

todo por detenerme; no aceptaba el abandono; lloró, suplicó, se humilló, primero... gritó, insultó, amenazó al fin; todo fué en vano...

furiosa, enloquecida, ciñéndome con sus brazos como garras, mirándome en los ojos, con una pasión de hiena, me gritó:

—¿Tú amas a Germania? ¿tú?

—Sí, le dije, feliz de confesarle mi secreto;

—¿Tú? ¿tú? decía retrocediendo pálida como una muerta;

—¿Tú amas a Germania, tú? repetía con una voz de delirio con una faz de idiota, como estupidizada por la catástrofe de sus sueños;

luego reaccionando, hecha otra vez furiosa, me gritó:

—¡Tú no la tendrás nunca, miserable! no la puedes tener; no será nunca tuya; ¡nunca!

—Ya lo ha sido, dije con una mentira impudorosa, que habíamos ya pactado con Germania, para el momento de esa explicación;

—¡Ya, ya! balbució la infeliz mujer, retrocediendo espantada, los ojos desorbitados, temblorosa, llena de un terror mortal...

—¿Ya, la has profanado? repetía; ¿tu sangre se mezcló a su sangre? ¡horror! ¡horror!... y, retrocedía temblando, como si una visión de drama antiguo se alzara ante ella;

—¿Por qué callé, Dios mío! ¿por qué? si hubiera hablado, yo habría evitado este horror, este crimen...

—¿Qué?, dije yo, asaltado de una mortal e imprevista angustia;

—¿Qué?, volví a gritarle, tomándola violentamente por las muñecas y sacudiéndola con furia;

—¡Sí, yo habría evitado ese incesto!

—¿Cómo?

—¡Germania, es tu hija!... me gritó con un gesto de ferocidad, como quien arroja una saliva al rostro de un adversario...

—¡Mi hija!... gemí yo, estupefacto; ¡mientes, miserable! ¡mientes! tú haces una comedia;

—No, yo no miento; aquel anciano impotente que fué mi esposo, no pudo fecundar jamás... Germania fué hecha por ti, aquella noche de horror en que se ahogó Delia... es ella quien nos castiga...

¡Delia!... el nombre de la muerta olvidada, no había sido hasta hoy pronunciado por nosotros; ¿por qué surgía en ese momento de horror? ¡ah, el pasado! el inexorable pasado, ¡cómo nos estrangula!

—Tú mientes, le dije después de un momento de silencio; tú mientes;

—Yo, no miento, Flavio; yo, no miento;

—Sí, mientes, para evitar que yo me case con Germania; son tus celos los que hablan por tu boca... nada podrá tu mentira, porque yo me casaré con ella;

—No te casarás;

—¿Quién lo impedirá?

—Yo.

—¿Cómo?

—Gritando al pie del altar y en los tribunales la verdad; yo impediré ante Dios, y los hombres la continuación de un crimen semejante;

—¡Infeliz! ¿no véis que Germania, va a ser madre?

—¡Que lo sea! yo diré que el último de mis arrendatarios la fecundó;

—¡Miserable! grité tomado de un acceso de cólera súbita; tú no hablarás, porque yo voy a matarte; tú callarás, porque yo voy a arrancarte la lengua;

y, me arrojé sobre ella, la tumbé al suelo, y, le apreté la garganta para estrangularla;

la locura ancestral hacía su aparición en mí;

a los gritos de Aureliana, Germania apareció;

su figura suave y llorosa hizo en mí el efec-

to de una ducha; me desarmé como un tigre ante el domador, como un poseído, ante la sugestión del exorcista;

Aureliana, furiosa, gritó entonces ante ella la tremenda acusación;

—¿Y, qué? dijo Germania; yo *también*, he sido su querida;

ante esta palabra *también*, el pudor de la madre hizo su aparición, y Aureliana, bajando la cabeza, se sonrojó;

pero, la hembra, apareció pronto frente a la otra hembra, a la *rival* y, fué entonces una lluvia de invectivas y violencias;

después, una crisis de nervios la atacó, y, cayó al suelo revolcándose, echando espuma por la boca;

¡cerré los ojos aterrado!

¡era el mal! ¡el terrible mal! ¡la aparición del Azote formidable!

la servidumbre acudió para llevarla a su lecho;

cuando ellos desaparecieron, Germania quedó allí un momento, y, acercándose a mí, me tomó las manos con furor, y me besó en los labios diciéndome:

—¡Yo te amo! ¡yo te amo! seré tuya, nadie podrá impedirlo; nadie...

y, desapareció;

y, quedé, mudo, hebetado!...

¿era pues el incesto inevitable, el crimen antiguo que me tendía los brazos? ¿era el incesto, la flor de Edipo, la rosa bituminosa de Lot, que abría sus hojas en nuestra sangre, y hacía su aparición en nuestra pobre raza enferma y castigada, raza de Atridas campestres?

¿el incesto? no, ¡jamás!

el incesto, o la Muerte;

he ahí el dilema que me ponía el Destino...

no, yo, no iría hacia el Incesto;

volvería a mi camino abandonado, y seguiría en carrera vertiginosa hacia la Muerte...

Verso la Morte! Verso la Morte!

*

El silencio, volvió a extenderse sobre el *Silencio* como un epitafio sobre un muerto;

y, el tedio y el dolor, volvieron a alzar su imperio, en aquella casa de la Muerte;

la soledad sin cantos, sin ruidos, sin palabras, se extendió sobre la casa maldita, y el jardín en duelo, y el valle en desolación...

era el llano de las melancolías, donde erraba como un Luis de Baviera, misterioso, el fantasma terrible; la locura;

un viento de demencia bajaba de los cielos violetas, sobre el llano verde, y ajaba los rosales que, ellos también parecían ofrecerse, a las manos de Ofelias invisibles, para ser desflorados por ellas...

y, a ese viento, nuestras almas se doblaban, azotadas por él, como aquellas que el loco

teológico del Arno, hace desfilar en las estrofas férreas de su *Infierno*, bajo su ojo cruel, impasible, de beluario;

Manlio, encerrado y murado en su apartamento, absorviendo cantidades enormes de éter, no daba más señales de vida, que los gritos de sus delirios furiosos, que en la noche asordaban el valle, y perturbaban mi sueño;

las crisis de epilepsia redoblaban con una frecuencia y una intensidad que anunciaban ya cercanas la parálisis o la Muerte;

yo, no tenía ni el deseo, ni el valor de verlo;

lo dejaba morir abandonado, como un perro rabioso en su cubil;

y, yo también moría;

redobladas mis dosis de morfina, las neuralgias, las alucinaciones, las crisis de delirio violento, volvieron a asaltarme, y las amnesias constantes, los síntomas de hemiplejias faciales, las afasias intermitentes, eran ya como los pródromos ordinarios de la Ataxia;

un paso más, y el rayo definitivo me anonadaría;

Aureliana, presa de delirios obscenos, en la forma más repugnante de la histeria femenil, se entregaba a excesos cuya violencia habrían

de matarla un día; el terrible mal, se abría en ella en el fondo de su sexo, como una flor que sudara pus; era el amor del macho, el furor uterino, la forma vergonzosa de su histeria... a ese estado violento y convulsionario, seguían crisis de anonadamiento hipocondríaco, en que su cerebro hacía naufragio...

y, del *Oquedal* al *Silencio*, era el mismo espectáculo, aterrador y angustioso, de una raza entera, agonizando en la locura, bajo una misma obscura y terrible maldición, y el cumplimiento inexorable de leyes misteriosas y fatales...

el mismo horrible gesto de demencia, hecho sobre el valle de la Desolación...

sólo Germania, se había salvado; sólo ella permanecía en pie, en medio de esa ruina de almas, abatidas a sus pies...

y, sin embargo, su obstinación en amarme, ¿no era una forma de neurosis? ¿no era una demencia?

sí, porque ella me amaba, con un amor desconcertante, terrífico y negro... ¡un abismo en Amor!

ella me escribía, ella había hecho escapadas al furor de su madre, para verse conmigo, y, ella me había dicho mirándome en los ojos, con una luz de infierno en la mirada:

—Yo seré tuya...

y, yo la esperaba...

... ...

... ...

... ...

el llano gemía afuera, como un lobo melancólico, que muriera de tristeza; la noche rugía como una tigre en celo; se diría que el alma de Hecuba se lamentaba, y su lamento hacía nacer imprecaciones de uno al otro extremo de la tierra...

el viento sonaba como una cólera de pueblos; el rayo vibraba como una cólera de dioses... y, la tempestad rugía, como queriendo devorar el valle...

¡noche de horror! ¡oh noche imponderable!...

y, yo esperaba...

esperaba a Germania...

y, la esperaba, roto de angustia, porque yo la amaba...

yo amaba a mi hija...

más culpable que Lot, porque él, poseyó sus hijas sin amarlas;

yo, amaba la mía;

yo, deseaba ahitar la iniquidad de mis lujurias, en esa que era carne de mi carne, y,

poner mi sangre en aquella que era sangre de la mía;

la enormidad de mi crimen sobrepasaba a la enormidad de mi locura; lo monstruoso estaba en mi corazón;

y, ¿dónde estaba Dios que no me anonadaba?

¿por qué no me fulminaba, antes de que mi hija se doblara en mis brazos, al beso de mi estupro bestial?

... ...

pero, ¿era ella mi hija?

he ahí, lo que ella y yo, no queríamos creer para poder amarnos;

y, ¿qué?

nos amábamos;

a nadie pediríamos perdón de nuestra falta...

... ...

... ...

y, ella llegó;

yo, sentí en el corredor, el estremecimiento de sus pasos, como una caída de pétalos...

y, fuí a abrirle;

y, ella cayó en mis brazos;

oh, la emoción de su cuerpo divino, reposándose en mí, vestida en rojo, como un arbusto de coral, con venazones blancos;

venía desfallecida;

la tomé en mis brazos, la llevé en peso hasta mi alcoba, y, la acosté sobre un sofá;

allí me arrodillé a sus pies... y, la besé en los labios, en la garganta y en el seno;

la desvestí dulcemente, lentamente, como a un niño dormido;

fué con mis dientes, que yo arranqué alfiler por alfiler de su tocado, y, en cada punto descubierto yo le ponía un beso;

y, fué con mis manos mutiladas y adiestradas, que hice saltar los agrafes de su corsé, y fué con ellas que aprisioné sus senos que se escapaban, y que mis labios, devoraron con ósculos torturadores;

y, fué así como la descalcé de sus zapatos y de sus medias, y besé los dedos de sus pies, rojos y blancos, que parecían capullos, y, mis labios subían lentamente hasta las rodillas, besando sus piernas que parecían iluminadas por un cercano rayo de sol...

entonces se puso de pie, y todos sus vestidos ya desceñidos, rodaron hasta el suelo, formándole un pedestal de blancuras, que semejaban una mar de espuma...

metí mis brazos por debajo de los suyos y la levanté;

salió entonces como de aquella como concha marina, encogiendo las piernas, con el mismo movimiento casto y gracioso, de los ángeles que sostienen las pilas, bautismales en la basílica de San Pedro;

la puse en tierra... y, quedó en pie, inmóvil, en su túnica blanca... a la orilla del lecho, como a la orilla de un gran mar desconocido...

y, me miró con ojos insondables de deseo...

yo, fuí hacia ella...

... ...

en aquel momento, Manlio apareció en la puerta del aposento...

venía lívido, temblando de furor, los ojos extraviados;

¿estaba ebrio?

¿estaba loco?...

—¿Qué vienes a hacer aquí? le grité yo estupefacto de horror, viendo brillar un revólver en su mano;

—Vengo a impediros cometer un crimen; me dijo; vengo a matar esa mujer; y, disparó sobre Germania;

ésta dió un grito y cayó de rodillas;

loco de cólera, me precipité sobre la manoplia cercana, y, tomando como estaba acos-

tumbrado a hacerlo, un sable de caballería, cortante como una navaja de afeitar y cuya empuñadura estaba hecha expresamente para poder engarzar allí mi mano, y manejarlo con destreza; lo agité en el aire, y lo dejé caer con toda la fuerza de mi cuerpo y de mi alma sobre su cabeza... el niño se abatió a mis pies, con el cráneo despedazado... y, un torrente de sangre y pedazos de masa encefálica llenaron la alfombra...

lleno de espanto, dejé caer el sable y volví a mirar a Germania;

ésta, estaba en pie, mostrándome con el dedo el lugar donde se había clavado la bala, que había pasado por sobre su cabeza sin tocarla...

Manlio expiraba ante nosotros, mirándome dulcemente, fijamente, tiernamente... como llamándome para perdonarlo;

Germania, en pie me esperaba triunfal y sonriente...

la vista de la sangre, aguijoneó terriblemente mi sensualidad; y le tendí mis brazos...

ella me abrazó, me atrajo contra su pecho, se prendió a mis labios, con una ansia voraz, enlazó todos sus miembros a mi cuerpo, como

una llama, y, rodamos abrazados sobre el lecho...

¡y fué mía!...

y, nos amamos así, frenéticos, delirantes, ante los ojos del muerto, que se cerraron lentamente sobre nosotros...

FIN

799

Lector:

Si este libro te agradaba, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

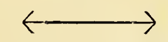
Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.

Obras de

Publicadas por



Vuelo de
De los Viñ
nidad.
Libre Esté
María Ma
Sombras d
El Final d
Salomé.
La Ubre d
Ibis. (Edici
Las Rosas
(Edición d
Flor del Fango. (Edición definitiva.)
Cachorro de León.
La Simiente. (Edición definitiva.)
Sobre las viñas muertas. (Edición definitiva.)
Alba roja. (Edición definitiva.)
Aura o las Violetas. (Edición definitiva.)



PRECIO PROVISIONAL

3'00 pesetas cartoné.

3'50 » tela : :